

La música del amor

La ex bailarina Natasha Stanislaski era la dueña de una tienda de juguetes en una pequeña ciudad. Era feliz con su vida sencilla y no tenía la menor intención de volver a enamorarse. Por eso, no quería tener ninguna relación con el profesor de música Spence Kimbal... o eso era lo que se decía ella misma...

Prólogo

Natasha caminaba hacia el dormitorio con el brillo del triunfo y una fiera determinación en la mirada. Así que Mikhail y Alexei pensaban que sería divertido disfrazar al perro con su traje nuevo de ballet. Pues acababan de descubrir, reflexionó, lo que les sucedía a los hermanos pequeños cuando eran descubiertos poniendo sus sucias manos en algo que no les pertenecía.

Seguramente Mike iba a cojear durante el resto del día.

Y lo mejor de todo era que su madre los había obligado a lavar el corpiño y la falda con sus propias manos. Y a tender ambas prendas para que se secaran. Así que, pensó con un creciente placer, era probable que sus amigos del barrio los vieran realizando esas tareas que consideraban femeninas.

Se sentirían humillados.

Mamá, se dijo, siempre había sabido hacer justicia. Su castigo era incluso mejor que la patada en la espinilla que ella misma le había dado a su hermano.

Natasha se volvió hacia el espejo de la pared del dormitorio e intentó tranquilizarse descendiendo en un plié. A los catorce años, disfrutaba de un cuerpo tan esbelto como el de sus hermanos, en el que apenas se insinuaban las curvas de los senos y las caderas. Las clases de ballet habían endurecido sus músculos y articulaciones para adaptarlos a las demandas del baile, la habían convertido en una adolescente disciplinada y habían proporcionado a su corazón el más grande de los gozos.

Natasha sabía que las clases eran caras, y lo mucho que sus padres trabajaban para que ella y sus hermanos pudieran disfrutar de lo que más desearan. Y porque lo sabía, se preparaba casi religiosamente y se esforzaba más que ninguna de las alumnas con las que compartía las clases.

Algún día sería una gran bailarina y, cada vez que bailara, daría las gracias por aquel regalo.

Imaginándose a sí misma con un vaporoso tutú y mientras escuchaba cómo se elevaba la música, cerró los ojos, unos hermosos ojos de color castaño dorado, y alzó su delicada barbilla. El pelo caía en una cascada de rizos negros por sus espaldas, meciéndose delicadamente mientras ella se alzaba sobre las puntas y giraba con una lenta pirueta. Al abrirlos, descubrió a su hermana en el marco de la puerta.

-Están a punto de terminar de lavarlo -anunció Rachel.

Como le ocurría casi siempre al mirar a Natasha, se sentía sobrecogida por una mezcla de orgullo y envidia. Orgullo de que su hermana fuera tan hermosa, de que pareciera tan adorable cuando bailaba. Y envidia porque, a los ocho años, tenía la sensación de que nunca cumpliría los catorce y de que jamás sería tan bonita y grácil como ella.

A Natasha nunca se le caían los lazos, haciendo de su pelo una alborotada melena. Y además llevaba sujetador. Eran pequeñas, sí, pero al menos estaban allí.

Todas las ambiciones y deseos de Rachel se centraban en tener catorce años.

Natasha apenas sonrió, mientras se volvía haciendo otra pirueta.

-¿Y se están quejando?

-Un poco -Rachel sonrió-, cuando mamá no los oye. Y Mike dice que le has roto la pierna.

-Estupendo. Se merece tener una pierna rota por haberme quitado mis cosas.

-Solo era una broma -Rachel se dejó caer en la cama-. Sasha estaba tan ridículo con el corpiño y la falda rosa...

-Una broma -admitió Natasha. Se acercó al tocador y tomó un cepillo-. Sí, a lo mejor también es una broma divertida lanzarlos al lago Swan -sonrió con dureza y comenzó a cepillarse con movimientos bruscos-. En fin, solo son chicos.

Rachel arrugó la nariz. Para ella los chicos eran prácticamente lo peor.

-Los chicos son estúpidos. Gritan mucho y huelen mal. Es mucho mejor ser chica -a pesar de su indumentaria: unos vaqueros desgastados, una camiseta enorme y una gorra de béisbol sobre su despeinado pelo, lo creía absolutamente.

Miró a su hermana con gesto ilusionado.

-Podemos intentar vengarnos.

Natasha se había dicho a sí misma que ella estaba por encima de esas cosas, pero estudió a Rachel con creciente interés. Rachel podía ser la más pequeña de la familia, pero era un auténtico demonio.

-¿Cómo?

-La camiseta de béisbol de Mike -que Rachel codiciaba en secreto-. Creo que Sasha estaría muy guapo con ella. Cuando salgan a tender la ropa, podemos quitársela.

-Nadie sabe dónde la esconde cuando no la lleva puesta.

-Yo lo sé -una enorme sonrisa iluminó el bonito rostro de Rachel-. Lo sé todo. Te lo diré y te ayudaré a vengarte si...

Natasha arqueó una ceja. Era un demonio muy inteligente. Aunque tuviera el aspecto de un ángel.

-¿Si?

-Si me dejas tus pendientes de oro, esos aros pequeños con estrellas grabadas.

-La última vez que te dejé un par de pendientes me perdiste uno.

-No lo perdí. Simplemente, todavía no lo he encontrado -parte de ella estaba deseando enfurruñarse, pero tendría que esperar hasta que el trato estuviera cerrado-. Conseguiré la camiseta, te ayudaré a vestir a Sasha y mantendré ocupada a mamá. Pero tú tendrás que dejarme los pendientes durante tres días.

-Un día.

-Dos.

Natasha dejó escapar un suspiro.

-De acuerdo entonces.

Con una disimulada sonrisa, Rachel le tendió la mano.

-Los pendientes primero.

Sacudiendo la cabeza, Natasha abrió el joyero y los sacó.

-¿Cómo puedes tener tanta capacidad para engatusar a los demás con solo ocho años?

-Cuando eres la pequeña es completamente necesario -tomó los pendientes y se miró satisfecha en el espejo-. Todo el mundo consigue lo que quiere antes que yo. Si yo fuera la mayor, estos pendientes serían míos.

-Bueno, pues no lo eres, así que son míos. No los pierdas.

Rachel elevó los ojos al cielo y estudió su reflejo en el espejo. Estaba convencida de que aquellos pendientes le hacían parecer mayor. Quizá como de diez años.

-Si vas a ponértelos, quizá sería mejor que te recogieras el pelo -Natasha le quitó la gorra y comenzó a cepillar los rizos de Rachel-. Te haré una coleta para que se vean bien.

-No encuentro mi pasador.

-Puedes usar uno de los míos.

-¿Cuándo tú tenías ocho años, te parecías a mí?

-No lo sé -pensando en ello, Natasha se inclinó hacia ella, de modo que sus rostros quedaban cara a cara en el espejo-. Tenemos los ojos casi iguales y la boca muy parecida. Pero tu nariz es más bonita.

-¿De verdad? -la idea de que pudiera tener algo más bonito o mejor que su hermana mayor le parecía increíblemente emocionante-. ¿Lo dices en serio?

-Claro que sí -como comprendía perfectamente a su hermana, le acarició cariñosamente la mejilla-. Algún día, cuando seamos mayores, la gente se volverá a mirarnos cuando caminemos por la calle-. «Esas son las hermanas Stanislaski», dirán, «¿no son guapísimas?».

Aquella imagen hizo reír a Rachel, que comenzó a saltar entusiasmada por la habitación que compartían.

-Y después verán a Mikhail y Alexi y dirán, «oh, oh, allí vienen los hermanos Stanislaski, y eso siempre significa problemas».

-Y tendrán razón -Natasha oyó que la puerta de atrás se cerraba y alzó la mirada hacia la ventana-. ¡Allí están! Oh, Rachel, es perfecto.

Los dos chicos, agachando mortificados la cabeza, se arrastraban hacia el tendedero mientras el perro corría a su alrededor.

-Parecen tan avergonzados -dijo Natasha con satisfacción-. ¡Mira qué rojos están!

-Eso no es suficiente. ¡Tenemos que conseguir esa camiseta! -con los pendientes balanceándose en sus orejas, Rachel agarró la gorra y salió de la habitación.

Los chicos jamás derrotarían a las hermanas Stanislaski, pensó Natasha, y corrió tras ella.

1

-¿Por qué todos los hombres atractivos están casados?

-¿Esa es una pregunta con doble intención? -Natasha colocó una muñeca de porcelana ataviada con un vestido largo de terciopelo sobre una minúscula mecedora y se volvió hacia su ayudante-. De acuerdo, Annie, ¿a qué hombre atractivo te refieres en particular?

-A ese hombre alto, rubio y maravilloso que está en el escaparate de la tienda al lado de una mujer elegantísima y una niña preciosa -Annie exhaló un pesado suspiro-. Parecen la familia perfecta.

-Entonces quizá entren a comprar el juguete perfecto.

Natasha miró el conjunto de muñecas victorianas con sus respectivos accesorios y asintió con un gesto de aprobación. Parecía exactamente lo que quería... un grupo atractivo, elegante y antiguo. Las muñecas disponían de hasta el último detalle: desde un abanico con puntillas hasta una minúscula taza de porcelana china.

Para ella, la juguetería no solo era un negocio, sino también un inmenso placer. Todo, desde el más diminuto sonajero hasta el más enorme oso de peluche, había sido elegido con la misma atención al detalle y a la calidad. Natasha insistía en tener lo mejor en su tienda, ya fuera una muñeca de quinientos dólares, con su propio abrigo de pieles, o un coche de carreras del tamaño de una mano y de dos dólares de precio. Y cuando la elección del objeto deseado era la correcta, estaba encantada de teclear en la máquina registradora la cuantía de la venta.

En los tres años que llevaba abierta la tienda, Natasha había conseguido convertir La Casa de la Diversión en uno de los rincones más emocionantes de aquella pequeña localidad situada en la frontera de Virginia del Oeste. Había necesitado trabajo duro y mucha persistencia, pero su éxito era resultado directo de su innata comprensión del mundo infantil. Ella no pretendía que los clientes salieran de la tienda con un juguete. Lo que quería era que salieran con el juguete que mejor se adaptaba a cada cliente.

Tras decidir que debería realizar algunos cambios, Natasha se acercó hacia los cochecitos en miniatura.

-Creo que van a entrar -comentó Annie mientras intentaba domar su corto pelo castaño rojizo-. La niña prácticamente está gritando que la dejen entrar ¿Quieres que abramos?

Siempre precisa, Natasha miró el reloj con forma de payaso sonriente que tenía sobre la cabeza. -Todavía faltan cinco minutos.

-¿Y qué son. cinco minutos? Tash, te estoy diciendo que ese hombre es increíble -deseando verlo de cerca, Annie se acercó al pasillo en el que estaban colocados los juegos de mesa-. Oh, sí. Un metro noventa de alto y unos ochenta kilos, y los hombros más perfectos que he visto en mi vida dentro de un traje. Oh, Dios, y es tweed. Jamás había visto a un tipo capaz de hacerme salivar con un traje tweed.

-A ti puede hacerte salivar hasta un hombre dentro de una caja de cartón.

-La mayor parte de los tipos que conozco parecen cajas de cartón -apareció un hoyuelo en su mejilla. Miró alrededor del mostrador, hacia los juguetes de madera, para comprobar disimuladamente si el hombre continuaba frente al escaparate-. Debe haber pasado algún tiempo en la playa este verano. Su bronceado es fabuloso y tiene unos mechones rubios que tiene que haberle aclarado el sol. Oh, Dios, le está sonriendo a su hija. Creo que estoy enamorada.

Natasha, que en aquel momento andaba reproduciendo un atasco en miniatura, sonrió.

-Tú siempre crees que estás enamorada.

-Lo sé Annie suspiró-. Me gustaría ver de qué color tiene los ojos. Tiene uno de esos maravillosos rostros delgados y angulosos. Estoy segura de que es terriblemente inteligente y ha tenido que sufrir mucho en esta vida.

Natasha le dirigió una rápida y divertida mirada por encima del hombro. Annie, alta y flacucha, tenía el corazón tan dulce como un merengue.

-Estoy segura de que a su mujer la fascinaría tu capacidad para la fantasía.

-No es un privilegio de las mujeres, sino una obligación, fantasear sobre los hombres como ese.

Aunque Natasha no podía estar menos de acuerdo, dejó que Annie hiciera las cosas a su modo.

-De acuerdo, entonces, abre cuando quieras.

-Una muñeca -dijo Spence, dándole un pequeño tirón de orejas a su hija-. Me habría pensado dos veces lo de mudarme a esta casa si hubiera sabido que había una juguetería a menos de media manzana.

-Si fuera por ti, le comprarías la tienda entera.

Spence le dirigió una breve mirada a la mujer que estaba a su lado.

-No empieces, Nina.

Nina, una atractiva rubia, se encogió de hombros y miró a la pequeña.

-Lo único que quería decir es que tu padre te mimó por lo mucho que te quiere. Además, te mereces un regalo por haber sido tan buena durante la película.

La pequeña Frederica Kimball comenzó a hacer pucheros.

-A mí me gusta mi casa nueva -deslizó la mano en la de su padre automáticamente, alineándose con él contra el mundo entero-. Tengo un jardín y un columpio para mí sola.

Nina miró al hombre y después a la pequeña. Ambos alzaban la barbilla con idéntica determinación. Al menos desde que ella podía recordarlo, jamás había ganado una discusión con ninguno de ellos.

-Supongo que entonces yo soy la única que no parece encontrar ninguna ventaja a que hayáis decidido abandonar Nueva York -el tono de su voz se suavizó mientras acariciaba el cabello de la pequeña-. No puedo evitar el estar un poco preocupada por ti. En realidad lo único que yo quiero es que tú y tu papá seáis felices.

-Y lo somos -para mitigar la tensión, Spence levantó en brazos a Freddie-.
¿Verdad, pequeñuela?

-Y está a punto de ser mucho más feliz todavía -dispuesta a ceder, Nina tomó la mano de Spence y le dio un ligero apretón-. Están abriendo.

-Buenos días -eran grises, advirtió Annie, reprimiendo un largo y soñador «ah». Arrinconó su fantasía en el fondo de su mente y se dispuso a atender a los primeros clientes del día.-¿En qué puedo ayudarlos?

-Mi hija está interesada en una muñeca -Spence dejó a la niña en el suelo.

-Bueno, pues has venido al lugar adecuado -cumpliendo con su deber, Annie dedicó su atención a la pequeña. Realmente era una cosita preciosa, con los mismos ojos grises de su padre y el pelo rubio y liso-. ¿Qué tipo de muñeca te gustaría?

-Una muñeca muy bonita -respondió Freddie inmediatamente-, pelirroja y con los ojos azules.

-Estoy segura de que tenemos lo que quieres -le ofreció una mano-. ¿Te gustaría echar un vistazo?

Tras mirar a su padre buscando su aprobación, Freddie le dio la mano a Annie y comenzó a caminar con ella alrededor de la tienda.

-Maldita sea... -Spence se descubrió a sí mismo maldiciendo.

Nina le estrechó la mano por segunda vez.

-Spence...

-Me he hecho falsas ilusiones pensando que no importaba, que ella ni siquiera lo recordaría...

-Que quiera una muñeca pelirroja y de ojos azules no significa absolutamente nada.

-Pelirroja y de ojos azules -repitió Spence, sintiendo el peso de la frustración una vez más-. Exactamente como Angela. Se acuerda de ella, Nina. Y eso sí importa -hundió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar.

Tres años, pensó. Habían pasado casi tres años ya. Freddie todavía llevaba pañales. Pero se acordaba de Angela, la hermosa y negligente Angela. Ni el más liberal de los críticos habría considerado a Angela como una verdadera madre. Ella nunca había acunado o cantado a su hija, nunca la había mecido ni tranquilizado.

Estudió el rostro de una muñeca de porcelana vestida en tonos azules. Tenía unos dedos diminutos y ojos inmensamente soñadores. Ángela era igual, recordó. Eetéreamente bella. Y fría como el hielo.

Spence se había enamorado de ella de la misma forma que un hombre podría enamorarse de una obra de arte; admirando la perfección en las formas y buscando incesantemente lo que tras ellas se ocultaba. Entre ambos habían creado aquella pequeña y maravillosa niña que se había abierto camino durante los primeros años de vida prácticamente sin el apoyo de sus padres.

Pero él iba a congraciarse con ella. Spence cerró los ojos un instante. Pretendía hacer todo lo que estuviera en su mano para darle a su hija el amor, la seguridad y la estabilidad que se merecía. Para brindarle una vida real. La palabra parecía banal, pero

era la única que se le ocurría para describir lo que quería para su hija: el lazo firme y sólido de una familia.

Ella lo adoraba. Y Spence sintió que cedía la tensión de sus hombros al pensar en cómo brillaban los enormes ojos de Freddie cuando la arropaba por las noches, en su forma de apretar los bracitos cuando lo abrazaba.

Quizá nunca pudiera perdonarse a sí mismo el haberse dejado arrastrar por sus propios problemas, por su propia vida durante los primeros años de vida de Freddie, pero las cosas habían cambiado. Incluso aquella mudanza la había hecho pensando en el bienestar de su hija.

La oyó reír y el resto de la tensión se disolvió en una oleada de puro placer. Para él no había música más dulce que la risa de su hija. Podría componer una sinfonía entera a partir de aquella risa. Todavía no la molestaría, se dijo. Dejaría que disfrutara de todas aquellas muñecas antes de recordarle que solo una podía ser suya.

Ya más relajado, comenzó a prestar atención a la tienda. Al igual que las muñecas que él había imaginado para su hija, era bonita y luminosa. Aunque pequeña, entre aquellas paredes se encontraba todo lo que un niño podía desear. Una gran jirafa dorada y un perro de ojos tristes colgaban del techo. Trenes de madera, coches y aviones, todos ellos pintados de colores llamativos, demandaban la atención de los pequeños desde una mesa que compartían con elegantes miniaturas de muebles. Una antigua caja sorpresa, con muñeco de muelle incluido, reposaba al lado de una estación espacial. Había muñecas, algunas preciosas, otras encantadoramente feas, juegos de construcción y juegos de té.

Aquel desorden, ya fuera estudiado o producto del descuido, hacía mucho más atractivo el lugar. Aquella era una tienda para fingir y desear, una atiborrada cueva de Aladino diseñada para iluminar la mirada de los niños. Para hacerlos reír, como reía su hija en aquel momento. Ya empezaba a imaginar que iba a ser difícil evitar que Freddie quisiera visitar regularmente el establecimiento.

Aquella era una de las razones que le habían hecho mudarse a una ciudad pequeña. Quería que su hija fuera capaz de disfrutar de las ventajas de las tiendas locales en las que los dependientes pronto aprenderían a llamarla por su nombre. Podría caminar de un extremo a otro de la ciudad sin las preocupaciones propias de la gran ciudad, como las drogas, los asaltos o los secuestros. No habría necesidad de instalar sistemas de seguridad ni de soportar atascos de tráfico. Ni siquiera una niña tan pequeña como su Freddie se perdería allí.

Y quizá, sin todas aquellas presiones, él mismo podría llegar a encontrar alguna paz.

Levantó la tapa de una caja de música; una caja de porcelana delicadamente pintada que albergaba en su interior la figura de una gitana de pelo negro como el azabache ataviada con un vestido rojo de volantes. En las orejas, llevaba dos aretes dorados y en las manos una pandereta de la que colgaban cintas de colores. Ni siquiera en la Quinta Avenida habría podido encontrar algo tan perfectamente trabajado.

Se preguntaba de dónde habría sacado el propietario aquel objeto que curiosos

dedos infantiles podrían llegar a alcanzar e incluso romper. Intrigado, giró la llave y observó girar a la figura alrededor de una diminuta hoguera de porcelana.

Tchaikovsky. Reconoció el movimiento instantáneamente y su refinado oído apreció la calidad del tono. Se trataba de una melancólica e incluso apasionada pieza, pensó, asombrado de haber encontrado un objeto tan primoroso en una juguetería. Entonces alzó la mirada y vio a Natasha.

La miró fijamente. No pudo evitarlo. Ella permanecía a unos metros de distancia, con la cabeza alta y ligeramente inclinada mientras lo observaba. Tenía el pelo tan oscuro como el de la gitana y enmarcaba su rostro con una nube de alborotados, rizos que llegaba hasta sus hombros. Su piel era oscura, de un hermoso dorado que realzaba el sencillo vestido rojo que llevaba.

No era una mujer frágil, pensó. Aunque fuera pequeña, transmitía fuerza y poder. Quizá fuera su rostro, con aquellos labios llenos y sin pintar y sus marcados pómulos. Sus ojos eran casi tan oscuros como su pelo y estaban rodeados de largas y espesas pestañas. Incluso desde la distancia, Spence lo sintió. Sexo, fuerte y puro. El halo del sexo la rodeaba al igual que a otras mujeres las rodeaba la fragancia de un perfume.

Por primera vez desde hacía años sintió sus músculos tensarse de puro deseo.

Natasha lo vio, lo reconoció y se resintió. ¿Qué clase de hombre era capaz de entrar en una tienda con su mujer y su hija y mirar a una mujer con una pasión tan desnuda?

Desde luego, no el tipo de hombre que a ella le gustaba.

Decidida a ignorar aquella mirada tal como había ignorado otras en el pasado, se acercó a él. -¿Necesita ayuda?

¿Ayuda?, pensó Spence sin comprender. Lo que él necesitaba era oxígeno. Hasta ese momento, no había comprendido lo literal que podía llegar a ser la expresión acerca de la capacidad de las mujeres atractivas para quitarle la respiración a un hombre.

-¿Quién es usted?

-Natasha Stanislaski -le brindó la más fría de sus sonrisas-, la propietaria de la tienda.

Su voz pareció quedarse flotando en el aire. Una voz ronca, vital, con algunos matices que delataban sus orígenes eslavos y añadían erotismo a su tono. Olía a jabón, a nada más, pero Spence encontró aquella fragancia infinitamente seductora.

Como no decía nada, Natasha arqueó las cejas. Podría haber sido divertido impresionar de tal manera a un hombre, pero en aquel momento estaba ocupada y, además, aquel hombre estaba casado.

-Su hija ha elegido tres muñecas. Quizá quiera ayudarla a tomar la decisión final.

-Sí, un momento. Su acento... ¿es ruso, quizá?

-Sí -se preguntaba si debería decirle que su esposa permanecía frente a la puerta de la entrada, aburrida e impaciente.

-¿Cuánto tiempo lleva en América?

-Desde que tenía seis años -le dirigió una mirada deliberadamente fría-. Aproximadamente la misma edad que debe de tener su hijita. Perdóneme.

Spence la agarró del brazo antes de darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo. Y aunque él mismo fue consciente de la incorrección de su gesto, el veneno que vio en la mirada de su interlocutora lo sorprendió.

-Lo siento, iba a preguntarle por esta caja de música.

Natasha desvió la mirada hacia la caja mientras el ritmo de la música iba haciéndose más lento.

-Es uno de nuestros mejores objetos, está hecha a mano, aquí, en los Estados Unidos. ¿Está interesado en comprarla?

-Todavía no lo he decidido, pero he pensado que quizá no se había dado cuenta de que estaba en esa estantería.

-¿Por qué?

-No es el tipo de objeto que uno espera encontrar en una juguetería. Podría romperse con facilidad.

Natasha lo tomó y lo colocó en una estantería más alta.

-Y también se podría arreglar -hizo un claro y en ella, familiar movimiento con los hombros. Un gesto que más que despreocupación, transmitía cierta arrogancia-. Creo que los niños tienen derecho a disfrutar del placer de la música, ¿no le parece?

-Sí.

Por primera vez, una sonrisa iluminó su rostro. Fue una sonrisa, tal como Annie había advertido, particularmente efectiva. Natasha tuvo que admitirlo. A través de su enfado, sintió el inicio de la atracción. Entonces Spence añadió:

-De hecho, lo creo absolutamente. Quizá pudiéramos hablar sobre ello durante la cena.

Intentando contenerse, Natasha batallaba contra su creciente furia. Para ella, de naturaleza turbulenta y explosiva, era algo difícil, pero se recordó a sí misma que aquel hombre no solo iba acompañado por su esposa, sino que también su hija estaba en la tienda.

De modo que se tragó los insultos que estaban a punto de aflorar a sus labios, pero no antes de que Spence pudiera verlos reflejados en sus ojos.

-No -fue todo lo que ella dijo mientras se volvía.

-Señorita... -comenzó a decir Spence. Pero entonces Freddie corrió hacia él, llevando en brazos una enorme y andrajosa muñeca de trapo.

-Papá, ¿no es preciosa? -con los ojos brillantes, le mostró la muñeca, esperando su aprobación.

Era pelirroja, pensó Spence. Pero no era precisamente guapa. No, para su alivio, no se parecía ni remotamente a Angela. Como sabía que era precisamente eso lo que Freddie esperaba, se tomó algún tiempo en examinar su elección.

-Esta es -dijo al cabo de un momento-, la muñeca más bonita que he visto hoy.

-¿De verdad?

Spence se agachó para ponerse a la altura de su hija.

-Desde luego. Tienes un gusto excelente. Esta muñeca tiene una cara muy divertida.

Freddie abrazó a su padre, espachurrando la muñeca en medio de su abrazo.

-¿Puedo quedármela?

-Yo pensaba que era para mí -mientras Freddie reía, Spence levantó a la niña con la muñeca en brazos.

-Yo te la envolveré -dijo Natasha, en un tono mucho más dulce. Aquel hombre podía ser un canalla, pero era evidente que quería a su hija.

-Puedo llevarla en brazos -Freddie abrazó con fuerza a su nueva amiga.

-Muy bien. Entonces te regalaré un lazo para que se lo pongas en el pelo, ¿de qué color lo quieres?

-Azul.

-Un lazo azul -Natasha se dirigió hacia la caja registradora.

Nina miró la muñeca y elevó los ojos al cielo.

-Cariño, ¿eso es lo mejor que has encontrado?

-A papá le gusta -murmuró Freddie, agachando la cabeza.

-Sí, me gusta. Mucho además -añadió dirigiéndole a Nina una elocuente mirada. Dejó a su hija en el suelo y sacó la cartera.

Desde luego, la madre no tenía precio, decidió Natasha. Aunque eso no le daba a su marido derecho para intentar seducir a la dependiente de una juguetería. Tomó los billetes, preparó el cambio y buscó un largo lazo azul.

-Gracias -le dijo a Freddie-. Creo que su casa nueva le va a gustar mucho.

-La cuidaré -le prometió la niña mientras intentaba atar el lazo a la lanuda melena de la muñeca-. ¿La gente puede venir a mirar los juguetes o tiene que comprárselos?

Natasha sonrió, después tomó otro lazo y lo ató al liso pelo de la niña.

-Puedes venir a mirar cuando quieras.

-Spence, de verdad, tengo que irme -Nina sostenía ya la puerta abierta.

-Bien -Spence vaciló. Aquella era una ciudad pequeña, se recordó. Y si Freddie podía volver a mirar juguetes, también podría hacerlo él-. Ha sido un placer conocerla, señorita Stanislaski.

-Adiós -esperó a que las campanillas de la puerta terminaran de tintinear después de que se cerrara la puerta para murmurar todo tipo de juramentos.

Annie asomó la cabeza por encima de una torre de piezas de construcción.

-¿Perdón?

-Ese hombre.

-Sí -con un pequeño suspiro, Annie salió al pasillo-. Ese hombre.

-Viene con su mujer y su hija a un lugar como este y me mira como si estuviera dispuesto a comerme.

-Tash -con expresión de dolor, Annie se llevó una mano al corazón-, por favor, no me excites.

-Yo lo encuentro insultante -rodeó el mostrador y golpeó con la mano un saco de

boxeo-. Me ha invitado a cenar.

-¿Qué dices? -Annie la miró con inmenso placer, hasta que Natasha la fulminó con la mirada-. Tienes razón. Es insultante, sabiendo que es un hombre casado. Aunque su mujer parecía tan fría como un pescado.

-Sus problemas matrimoniales no son asunto mío.

-No... -el pragmatismo batallaba contra sus fantasías-, imagino que no has aceptado.

De la garganta de Natasha escapó un sonido atragantado mientras se volvía.

-Por supuesto que no he aceptado.

-Claro, por supuesto -se precipitó a añadir Annie.

-Ese hombre es irritante -dijo Natasha, apretando el puño como si estuviera aplastando algo con él-. Venir a mi tienda y hacerme proposiciones, ¡qué valor!

-¡Que te ha hecho proposiciones! -escandalizada y emocionada al mismo tiempo, Annie agarró a Natasha del brazo-. Tash, no te ha hecho proposiciones, ¿verdad?

-Me las ha hecho con la mirada. El mensaje era bastante evidente.

La irritaba la frecuencia con la que los hombres la miraban, fijándose solo en sus cualidades físicas. Solo les interesaba su aspecto, pensó disgustada. Había tolerado sugerencias, proposiciones y propuestas desde antes de poder comprender del todo lo que significaban. Pero desde que lo comprendía, no estaba dispuesta a soportar ni una más.

-Si no hubiera venido su hija con él, lo habría abofeteado -complacida con aquella imagen, golpeó el saco otra vez.

Annie ya había visto furiosa a su jefa suficientes veces como para saber cómo podía tranquilizarla.

-Es una niña muy dulce, ¿verdad? Se llama Freddie, ¿no te parece un nombre bonito?

Natasha tomó una larga y firme bocanada de aire mientras se frotaba el puño con la otra mano.

-Sí.

-Me ha contado que acababan de mudarse a Shepherdstown, vienen de Nueva York. Dice que esa muñeca será su primera amiga.

-Pobrecita -Natasha conocía perfectamente los miedos y ansiedades que sufría una niña al sentirse de pronto en un lugar desconocido. Inclino la cabeza, decidida a olvidarse de su padre-. Debe de tener la misma edad que JoBeth Riley -una vez olvidado el enfado, Natasha regresó tras el mostrador y descolgó el teléfono. No le haría ningún daño hacerle una llamada a la señora Riley.

Spence permanecía en la ventana de la sala de música, con la mirada fija en un lecho de flores. Tener flores al alcance de la mirada y un pequeño y accidentado terreno del que tendría que ocuparse en su propia casa era una experiencia completamente nueva

para él. No había cortado la hierba en toda su vida. Sonriendo para sí, se

preguntó cuándo tendría que intentar hacerlo.

Había también un arce alto y frondoso, de hojas oscuras. En unas cuantas semanas, imaginaba que las hojas serían más grandes y de color mucho más brillante. En su apartamento, situado al oeste de Central Park, había podido disfrutar del paso de las estaciones, pero no de la misma forma, comprendió.

La hierba, los árboles y las flores que veía ante él le pertenecían. Estaban allí para que él los disfrutara y cuidara. Allí podría permitir que Freddie saliera a tomar el té con sus muñecas sin tener que preocuparse cada vez que la perdiera de vista. Disfrutarían de una vida agradable, de una vida sólida para ambos. Lo había sentido cuando había ido a hablar de su postura con el decano... y lo había vuelto a sentir cuando había entrado en aquella casa enorme y laberíntica con la ansiosa agente de la inmobiliaria pisándole los talones.

No había tenido que hacer ningún esfuerzo para vendérsela, pensó Spence. La casa se había vendido sola desde el momento en el que Spence había puesto un pie en ella.

Mientras observaba a un colibrí revolotear alrededor de una petunia, supo, con más convicción que nunca, que había tomado una decisión correcta al abandonar la ciudad.

Disfrutar de una breve aventura en el mundo rural. Las palabras de Nina se repitieron en su cabeza mientras observaba los rayos del sol reflejados en las iridiscentes alas de aquella ave. Era difícil culparla por haberlo dicho, por pensar así cuando lo había visto vivir en medio de una vorágine. Spence no podía negar lo mucho que había disfrutado en aquellas animadas fiestas que duraban hasta el amanecer, o de las elegantes cenas de media noche, tras asistir a una sinfonía o un ballet.

El había crecido en un mundo de glamour, prestigio y riqueza. Durante toda su vida, había habitado en un ambiente en el que solo lo mejor era aceptable. Y le había gustado, tenía que admitirlo. Veranos en Monte Carlo, inviernos en Cannes. Fines de semana en Aruba o en Cancún.

El no pretendía olvidarse de aquellas experiencias, pero podía desear, y lo hacía, haber aceptado antes las responsabilidades de la vida.

Lo había hecho ya. Spence observó al colibrí alejarse como una bala color zafiro. Y tanto para su propia sorpresa como para la de la gente que lo conocía, estaba disfrutando de esas responsabilidades. Freddie lo había convertido en un hombre diferente. Ella marcaba todas las diferencias.

Estaba pensando en ella cuando la vio corriendo con su nueva muñeca en brazos. Tal como Spence había imaginado, iba derechita hacia el columpio. Era tan nuevo que la pintura blanca y azul resplandecía bajo la luz del sol y el asiento de cuero todavía brillaba. Con la muñeca en el regazo y el rostro hacia el cielo, Freddie comenzó a columpiarse al tiempo que cantaba alguna canción que solo ella conocía.

El amor se agarraba en su interior como un puño de terciopelo, sólido y doloroso. En toda su vida, jamás, había conocido nada tan arrollador y básico como la emoción que Freddie llevaba a su vida por el mero hecho de existir.

Mientras se balanceaba hacia delante y hacia atrás, acunaba a su muñeca y le susurraba secretos al oído. Le gustaba que Freddie se hubiera decidido por una muñeca de trapo. Podía haber elegido cualquiera de las muñecas de porcelana, pero había optado por alguien que parecía tan ruda como necesitada de amor.

Había estado hablando de la juguetería durante toda la mañana. Spence sabía ya que tendría que regresar. Oh, no pediría nada, pensó. Al menos no directamente. Utilizaría su mirada. Lo divertía y desconcertaba al mismo tiempo que su hija, con solo cinco años, fuera ya toda una experta en aquel peculiar y efectivo ardid femenino.

Pensó en la tienda... y en su propietaria. Allí no había encontrado ardides femeninos, sino el más puro desdén. Hizo una mueca de disgusto al recordar su propia torpeza. Le faltaba práctica, se recordó burlándose de sí mismo y se frotó el cuello. Y lo que era más, no era capaz de recordar haber experimentado jamás una atracción tan intensa. Se había sentido como si hubiera sido atravesado por un rayo, pensó. Y un hombre tenía derecho a farfullar un poco tras haber sido prácticamente carbonizado.

Pero su reacción... Frunció el ceño y reprodujo mentalmente la escena. Aquella mujer se había puesto furiosa. Había estado condenadamente cerca de ponerse a temblar de rabia antes de que él hubiera abierto la boca, y parecía dispuesta a darle una patada en pleno rostro.

Ni siquiera se había tomado la molestia de rechazar de manera educada su invitación. No, se había limitado a pronunciar una sola y dura sílaba, aderezada con la más fría escarcha. Había reaccionado como si Spence le hubiera pedido que se acostara allí mismo con él.

Pero la verdad era que Spence deseaba hacerlo. Desde el primer instante, había sido capaz de imaginarse a aquella mujer en algún lugar remoto y oscuro, en el que el suelo estuviera cubierto de musgo y el follaje de los árboles ocultara la vista del cielo. Allí podría disfrutar del calor de aquellos labios llenos y sedosos. Podría entregarse a la pasión salvaje que aquel rostro prometía. Sexo salvaje, sin límite ni razón.

Buen Dios. Sorprendido, Spence intentó recuperar la compostura. Estaba pensando como un adolescente. No, admitió Spence, hundiendo las manos en los bolsillos. Estaba pensando como un hombre que había pasado años sin una mujer. No estaba seguro

de si quería darle las gracias a Natasha Stanislaski por haber desatado aquellas necesidades otra vez o si debería estrangularla por ello.

Pero estaba seguro de que iba a verla otra vez.

-Estoy haciendo el equipaje -Nina se detuvo en el marco de la puerta y suspiró. Era evidente que Spence volvía a estar absorto en sus propios pensamientos-. Spence -dijo, elevando la voz mientras cruzaba la habitación-. He dicho que estoy haciendo el equipaje.

-¿Qué? Oh -consiguió esbozar una distraída sonrisa y obligó a sus hombros a relajarse-. Te echaremos de menos, Nina.

-Te alegrarás de verme marchar -lo corrigió ella y le dio un beso en la mejilla.

-No -en aquella ocasión la sonrisa fue completamente sincera. Nina lo advirtió y limpió los restos que la pintura de labios había dejado en su mejilla-. Te agradezco todo lo que has hecho para ayudarnos a instalarnos. Soy consciente de lo ocupada que estás.

-No podía permitir que mi hermano se enfrentara solo a la vida salvaje de Virginia del Oeste -le tomó la mano, en una rara muestra de sincera preocupación-. Oh, Spence, ¿estás seguro de lo que has hecho? Olvida todo lo que te he dicho hasta ahora y piensa en lo que estás haciendo. Es un cambio tan grande para vosotros dos. ¿Qué posibilidades te ofrece este lugar en el tiempo libre?

-Cortar la hierba -sonrió de oreja a oreja al ver la expresión de su hermana-. Sentarme en el porche. Quizá incluso me ponga a componer otra vez.

-Podrías componer en Nueva York.

-No he escrito ni dos notas en casi cuatro años -le recordó.

-De acuerdo -se acercó al piano e hizo un gesto con la mano-. Pero si querías cambiar de vida, podrías haberte ido a Long Island, o incluso a Connecticut.

-Me gusta este lugar, Nina. Créeme, esto es lo mejor que podía hacer por Freddie y por mí.

-Espero que tengas razón -sonrió con cariño-. Aunque yo sigo creyendo que estarás de vuelta en Nueva York en menos de seis meses. Y en ese tiempo, como única tía de la niña que soy, espero ser capaz de apreciar sus progresos -bajó la mirada hacia su mano y se enfadó al ver que se le había astillado de forma casi imperceptible una uña-. La idea de que vaya a una escuela pública...

-Nina.

-No importa -alzó la mano-. No tiene sentido empezar a discutir cuando estoy a punto de marcharme. Y soy consciente de que es hija tuya.

-Sí, lo es.

Nina tamborileó con los dedos la brillante superficie del piano.

-Spence, sé que todavía te sientes culpable por Angela. Y no me gusta.

La sonrisa de Spence se desvaneció.

-Algunos errores tardan mucho tiempo en olvidarse.

-Ella no te hacía feliz -dijo Nina con rotundidad-. Tuvisteis problemas desde el principio de vuestro matrimonio. Oh, ya sé que no te mostrabas muy comunicativo al respecto -añadió al ver que su hermano no respondía-, pero había cosas demasiado evidentes para no darse cuenta de lo que ocurría. No era ningún secreto que Ángela no quería a la niña.

-Y no creo que yo fuera mucho mejor. Solo quería a esa niña porque de alguna manera podía llenar los vacíos de mi matrimonio. Esa es una carga muy pesada para una niña.

-Cometiste errores, los reconociste y rectificaste. Angela no se sintió culpable en toda su vida. Si ella no hubiera muerto, te habrías divorciado y te habrías quedado con la custodia de Freddie. El resultado habría sido el mismo. Sé que parece muy frío. La verdad a menudo lo es. No me gusta pensar que has hecho este movimiento, que has

cambiado tan drásticamente de vida porque estás intentando enmendar errores que cometiste hace mucho tiempo.

-Quizá haya parte de eso en mi decisión. Pero también hay mucho más -tendió la mano y esperó hasta que Nina se acercó a él-. Mírala -señaló hacia la ventana, hacia el lugar en el que Freddie continuaba columpiándose libre como un colibrí-. Es feliz. Y yo también lo soy.

2

-No tengo miedo.

-Por supuesto que no -Spence miró el valiente reflejo de la mirada de su hija en el espejo mientras le trenzaba el pelo. No necesitaba que le temblara la voz para darse cuenta de que estaba aterrada. El mismo sentía en la boca del estómago una piedra del tamaño de un puño.

-Es posible que lloren algunos niños -los ojos de Freddie ya estaban llenos de lágrimas-. Pero yo no lloraré.

-Te vas a divertir mucho -no estaba más seguro de ello que su hija. Y el problema de ser padre era, se dijo, que se suponía que tenía que estar seguro de todo-. El primer día de colegio siempre es un poco difícil, pero en cuanto te acostumbras a estar allí y conoces a todo el mundo, todo es mucho más divertido.

Freddie fijó en él su firme mirada.

-¿De verdad?

-La guardaría te gustaba, ¿verdad? -era una forma de eludir la pregunta, admitió para sí, pero no podía hacer una promesa que podría no ser capaz de cumplir.

-Casi siempre -bajó la mirada al tiempo que acariciaba con un dedo el peine amarillo con forma de caballito de mar que había sobre la cómoda-. Pero Amy y Pam no estarán allí.

-Harás nuevos amigos. Ya has conocido a JoBeth -pensó en aquel duendecillo moreno que se había presentado en casa con su madre un par de días atrás.

-Supongo que sí. Y JoBeth es simpática, pero... -¿cómo podía explicarle que JoBeth ya conocía al resto de las niñas?-. A lo mejor debería esperar hasta mañana.

Sus ojos se encontraron nuevamente en el espejo; Spence apoyó la barbilla en el hombro de su hija. Olía a aquel jabón verde pálido que ella adoraba porque tenía la forma de un dinosaurio. Freddie se parecía mucho a Spence, aunque sus rasgos eran más suaves, más finos, y para su padre la niña fuera infinitamente bella.

-Podrías, sí, pero entonces mañana sería tu primer día de colegio. Y todavía tendrías mariposas.

-¿Mariposas?

-Sí, exactamente aquí -le palmeó el estómago-. ¿No sientes como si tuvieras un montón de mariposas bailando ahí dentro?

Aquello la hizo reír.

-Algo así.

-Yo también las tengo.

-¿De verdad? -Freddie abrió los ojos como platos.

-De verdad. Yo también tengo que ir al colegio esta mañana, igual que tú.

Freddie toqueteó los lazos rosas que llevaba al final de las trenzas. Sabía que para su padre no era lo mismo, pero no lo decía porque temía preocuparlo. Freddie le había oído hablar una vez con tía Nina y recordaba lo impaciente que se había puesto cuando su tía se había quejado de que estuviera desarraigando a su sobrina durante sus años de formación.

Freddie no sabía qué eran exactamente los años de formación, pero sabía que su padre se había puesto muy triste e, incluso después de que la tía Nina se hubiera ido, conservaba aquella mirada de preocupación. Ella no quería preocuparlo o hacerle creer que tía Nina tenía razón. Si volvían a Nueva York, los únicos columpios que tendría serían los del parque.

Además, a ella le gustaba esa casa tan grande y su habitación nueva. Incluso mejor, el nuevo trabajo de su padre estaba más cerca, de modo que podría estar en casa todas las noches antes de cenar. Recordándose que no debía hacer pucheros, Freddie decidió que si quería quedarse en aquel lugar, tendría que ir al colegio.

-¿Estarás aquí cuando vuelva a casa?

-Creo que sí. Pero si no estoy yo, estará Vera -le dijo, pensando en el ama de llaves que desde hacía tanto tiempo los acompañaba-. Y podrás contarme todo lo que te haya pasado -después de darle un beso en el pelo, la hizo levantarse.

Freddie parecía sorprendentemente pequeña con aquel trajecito rosa y blanco. Mantenía la mirada firme, pero el labio inferior le temblaba. Spence luchó contra la necesidad de abrazarla y decirle que jamás volvería al colegio ni tendría que hacer nada que la asustara.

-Veamos lo que te ha preparado Vera para el almuerzo.

Veinte minutos después, estaba en la acera, sosteniendo la mano de Freddie entre la suya. Con casi más tristeza que su propia hija, contempló cómo se acercaba el autobús escolar subiendo trabajosamente la cuesta.

Debería haberla llevado personalmente al colegio, se dijo repentinamente asustado... al menos durante los primeros días. Debería haberla llevado él, en vez de meterla en aquel autobús lleno de desconocidos. Pero le había parecido mejor tratar todo aquel asunto como si fuera algo completamente natural, que desde el primer momento fuera tratada como una más del grupo.

¿Cómo podía dejarla marchar? Solo era una niña. Su niña. ¿Qué ocurriría si estaba equivocado? Aquello no era como equivocarse a la hora de elegir el color de un vestido para ella. Simplemente porque aquel era el día que había sido elegido y la hora que otros habían determinado, iba a tener que decirle a su hija que se subiera a ese autobús y se alejara de su lado.

¿Qué ocurriría si el conductor no tenía cuidado y se caía por un precipicio? ¿Y cómo podría estar seguro de que alguien iba a asegurarse de que Freddie no se confundiera por la tarde de autobús?

El autobús hizo un ruido infernal y de pronto se detuvo. Spence apretó

instintivamente la mano de su hija. Cuando la puerta del autobús se abrió, estaba casi preparado para huir con ella.

-Hola -dijo la acompañante del chófer con una enorme sonrisa. En los asientos, cantaban y gritaban unos cuantos niños-. Usted debe ser el profesor Kimball.

-Sí -tenía ya cientos de excusas para no subir a Freddie a ese autobús en la punta de la lengua.

-Yo soy Dorothy Mansfield. Los niños me llaman señorita D. Y tú debes de ser Frederica.

-Sí, señora -se mordió el labio, para evitar volverse en el regazo de su padre-. Me llamo Freddie.

-Caramba-la señorita D esbozó otra enorme sonrisa-, me alegro de oírlo. Porque Frederica me parece un nombre demasiado largo. Bueno, sube pequeña. Este es un gran día. John Harman, devuélvele ese libro a Mikey a no ser que quieras ir sentado detrás de mí el resto de la semana.

Con los ojos brillantes, Freddie puso un pie en el primer escalón. Tragó saliva y subió al segundo.

-¿Por qué no te sientas con JoBeth y con Lisa? -sugirió la señorita D amablemente. Se volvió hacia Spence guiñando un ojo y se despidió de él con la mano-. No se preocupe por nada, profesor. Cuidaremos de ella.

La puerta se cerró y el autobús continuó caminando hacia delante. Spence solo fue capaz de quedarse en la acera observando cómo se llevaban a su pequeña.

Spence no tuvo tiempo para holgazanear. De hecho, había tenido la sensación de que estaba devorando el tiempo casi desde el momento en el que pisó la universidad. Tuvo que examinar su horario de trabajo, encontrarse con sus colegas, examinar instrumentos y preparar clases de música. Tuvo una reunión en la facultad, una comida rápida y docenas y docenas de papeles que leer y digerir. Era una rutina familiar que había comenzado ya tres años antes, cuando había ocupado un puesto en Juilliard School. Pero al igual que Freddie, era el chico nuevo de la ciudad, y también él iba a tener que acostumbrarse a aquel nuevo escenario.

Estaba preocupado por su hija. La imaginaba a la hora del almuerzo, sentada en el comedor de la escuela, una habitación que olería a mantequilla de cacahuets y a cartones de leche. Estaría encogida al final de una mesa llena de amigas, sola, triste, mientras los otros niños reían y bromeaban con sus amigos. Podía imaginársela en el recreo, separada del resto, mirando anhelante mientras los demás corrían, gritaban y trepaban como arañas por la jungla del gimnasio. El trauma le produciría tal inseguridad que la haría desgraciada durante el resto de su vida.

Y todo porque la había hecho subir a aquel maldito autobús amarillo.

Para el final del día, se sentía tan culpable como si hubiera maltratado a un niño y estaba convencido de que Freddie regresaría a casa deshecha en llanto, destrozada por los rigores del primer día de colegio. Más de una vez, se había preguntado si al fin y al cabo

Nina no tendría razón. Quizá Spence debería haber dejado a su hija en paz y

haberse quedado en Nueva York, donde por lo menos Freddie tenía amigos y estaba en un entorno familiar.

Con el maletín en una mano y la chaqueta al hombro, comenzó a caminar hacia su casa. Estaba a poco más de un kilómetro y medio y el tiempo permanecía desacomodadamente cálido para la época. Hasta que golpeará con fuerza el invierno, podía aprovechar para ir caminando a su casa desde el campus.

Y estaba completamente enamorado de la ciudad. Había tiendas preciosas, casas antiguas y aceras repletas de árboles en la calle principal. Era una ciudad universitaria y estaba igualmente orgullosa de su antigüedad y su dignidad. Las calles subían en cuesta y aquí y allá se descubrían lugares en los que las raíces de los árboles habían levantado las aceras. Pasaba algún coche de vez en cuando, pero la ciudad era suficientemente tranquila como para oír el ladrido de un perro o la música procedente de un aparato de radio. Una mujer que estaba quitando las malas hierbas que crecían entre las caléndulas, alzó la mirada al verlo pasar y lo saludó con la mano. Contento, Spence le devolvió el saludo.

Ni siquiera lo conocía, pensó. Pero aun así lo había saludado. La vería más veces, se dijo, quizá plantando bulbos en el jardín o barriendo la nieve del porche. Llegó hasta él la fragancia de los crisantemos. Y, por alguna razón, aquello lo inundó de felicidad.

No, no se había equivocado. Freddie y él serían felices en aquel lugar. En menos de una semana, habían conseguido convertirlo en su hogar.

Se detuvo en la acera para dejar que pasara un coche y fijó la mirada en el letrero de La Casa de la Diversión. Era perfecto, pensó Spence. El nombre perfecto. Conjuraba risas y sorpresas, al igual que el escaparate en el que se exhibían bloques de construcción, muñecas mofletudas y pequeños coches, anunciando la presencia de secretos tesoros en el interior.

En aquel momento no se le ocurría nada que deseara más que encontrar algo que pudiera llevar una sonrisa al rostro de su hija.

«La estás mimando demasiado».

La voz de Nina resonaba claramente en sus oídos.

¿Y qué? Miró rápidamente hacia el otro extremo de la calle y cruzó a la acera de enfrente. Su pequeña se había montado en aquel autobús amarillo con la valentía de un soldado antes de la batalla. No había nada malo en recompensarla con una pequeña medalla.

La puerta tintineó cuando entró. Llegó hasta él una fragancia tan alegre como el sonido de las campanas. Menta, pensó y sonrió. Le encantó oír los metálicos compases de The Merry-Go-Round Broke Down saliendo de detrás del mostrador.

-Es perfecto para ti.

Había olvidado, advirtió Spence, cómo podía cruzar el aire aquella voz.

Pero no iba a hacer el ridículo otra vez. En aquella ocasión sabía de antemano el aspecto que tenía Natasha Stanislaski, cómo hablaba y cómo olía. Había ido allí para comprar un regalo para su hija, no para flirtear con la propietaria de la tienda. Sonrió de par en par frente a un viejo oso panda. Quizá no hubiera ningún inconveniente en

hacer ambas cosas a la vez.

-Estoy segura de que a Bonnie le encantará -dijo Natasha mientras le llevaba el carrusel en miniatura a su cliente-. Es un regalo de cumpleaños precioso.

-Lo vio aquí hace unas semanas y desde entonces no ha hablado de otra cosa -la abuela de Bonnie intentó disimular una mueca al ver el precio-. Y supongo que es suficientemente mayor como para no romperlo.

-Bonnie es una niña muy responsable -continuó diciendo Natasha, y entonces vio a Spence en el mostrador-. En seguida lo atiende -la temperatura de su voz bajó cerca de veinte grados.

-Tómese todo el tiempo que necesite -lo enfadaba que su forma de reaccionar ante ella fuera tan intensa cuando los sentimientos de Natasha parecían ser exactamente los contrarios. Era obvio que había decidido que le desagradaba. Podía ser una experiencia interesante adivinar las razones de su antipatía, pensó Spence mientras observaba sus manos capaces y esbeltas envolviendo el carrusel.

Y hacerle cambiar de opinión.

-Son cincuenta y cinco dólares y veintisiete centavos, señora Mortimer.

-Oh, no, querida, en la etiqueta pone que son sesenta y siete.

Natasha, que sabía que la señora Mortimer tenía que hacer malabares con su pensión, se limitó a sonreír.

-Lo siento, ¿no le he dicho que estaba en oferta?

La señora Mortimer dejó escapar un ligero suspiro de alivio mientras contaba los billetes.

-Vaya, este debe de ser mi día de suerte.

-Y el de Bonnie -Natasha decoró el regalo con un bonito lazo rosa, recordando que era el color favorito de la niña-. Acuérdesse de desearle un feliz cumpleaños de- mi parte.

-Lo haré -la orgullosa abuela levantó el regalo-. Estoy deseando ver la cara que va a poner cuando lo vea. Adiós, Natasha.

Natasha esperó hasta que cerró la puerta para volverse hacia Spence:

-¿Puedo ayudarlo en algo?

-Ha sido un bonito gesto.

Natasha arqueó una ceja.

-¿A qué se refiere?

-Ya sabe a qué me refiero.

Tuvo la absurda urgencia de tomar su mano y besarla. Aquello era increíble, pensó. Tenía ya treinta y cinco años y estaba enamorándose como un adolescente de una mujer a la que apenas conocía.

-Pretendía haber venido antes.

-¿Ah, sí? ¿Su hija no está satisfecha con la muñeca?

-No, no es eso, Freddie adora a esa muñeca. Es solo que yo... -buen Dios, casi estaba tartamudeando. Cinco minutos con ella y se sentía tan torpe como un adolescente en su primer baile. Intentó tranquilizarse, no sin esfuerzo-. Tengo la

sensación de que la otra vez comenzamos con el pie equivocado. ¿Debería disculparme?

-Si quiere... -que fuera atractivo y un poco torpe, no significaba que tuviera que ponerle las cosas fáciles-. ¿Ha venido solo para eso?

-No.

Sus ojos se oscurecieron, aunque solo ligeramente. Al advertirlo, Natasha se preguntó si se habría equivocado con su impresión inicial. Quizá no fuera tan inofensivo como parecía. Había algo profundo en aquellos ojos, algo más fuerte y peligroso. Pero lo que más la sorprendía era que lo encontraba excitante.

Disgustada consigo misma, le dirigió una educada sonrisa.

-¿Quiere algo más?

-Quería comprarle algo a mi hija -al infierno con aquella maravillosa princesa rusa, pensó. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

-¿Y qué es lo que quería?

-No lo sé -aquello era completamente cierto. Dejó el maletín en el suelo y miró a su alrededor.

Relajándose un poco, Natasha salió de detrás del mostrador.

-¿Es su cumpleaños?

-No -se encogió de hombros. Se sentía ridículo-. Es su primer día de colegio y... me ha parecido tan valiente cuando se ha subido al autobús esta mañana...

Aquella vez la sonrisa de Natasha fue completamente espontánea y cálida. Y estuvo a punto de paralizar el corazón de Spence.

-No debería preocuparse. Cuando llegue a casa, le contará decenas de historias sobre todo lo que ha hecho. Creo que el primer día de colegio es mucho más duro para los padres que para los propios niños.

-Ha sido el día más largo de mi vida.

Natasha rio, fue un sonido ligeramente ronco, que resultaba imposiblemente erótico en aquella habitación llena de payasos y osos de peluche.

-Parece que es usted el que necesita un regalo. El otro día lo vi mirando la caja de música. Tengo otra que quizá le interese.

Y nada más decirlo, se dirigió hacia la parte trasera de la tienda. Spence hizo todo lo que pudo por ignorar el sutil movimiento de sus caderas y la delicada estela que dejaba su fragancia. La caja que Natasha le mostró era de madera tallada; sobre un pedestal, había un gato, una vaca y una luna creciente. Cuando comenzó a sonar Stardust se fijó en un perrito que reía a carcajadas y en un plato con una cuchara.

-Es preciosa.

-Es una de mis favoritas -decidió que un hombre que quería de tal manera a su hija no podía ser malo. Así que volvió a sonreír-. Creo que sería un hermoso recuerdo, algo que podrá conservar hasta que esté en la universidad y le recordará que su padre estuvo todo un día pensando en ella.

-Si consigue sobrevivir al primer grado -se tensó ligeramente al mirarla-. Gracias, es perfecto.

Era algo completamente extraño. Sus cuerpos apenas se habían rozado, pero

había sentido un sobresalto. Por un instante, se olvidó de que era un cliente, un padre, un marido, y pensó en él únicamente como hombre. Sus ojos tenían el color de un río en el crepúsculo. Sus labios, en los que se insinuaba apenas una sonrisa, eran imposiblemente atractivos, excitantes. Involuntariamente, se preguntó por la sensación de rozarlos contra los suyos. Por la sensación de sentir su rostro a punto de fundirse con el suyo y verse reflejada en sus ojos.

Retrocedió sorprendida y mantuvo la voz fría. -La envolveré.

Intrigado por aquel repentino cambio de tono, Spence se tomó su tiempo mientras la seguía al mostrador. ¿No había visto algo extraño en aquellos fabulosos ojos? ¿O había sido su propio deseo? Había sido algo muy rápido, como una ráfaga de calor derritiendo el hielo. Pero no podía encontrar ninguna razón que lo explicara.

-Natasha -posó una mano sobre la de Natasha cuando esta estaba comenzando a envolver el regalo.

Natasha alzó la mirada lentamente. Ya estaba odiándose a sí misma por haber notado que aquellas manos eran hermosas, de palmas anchas y dedos largos. Había también una nota de paciencia en la voz de aquel hombre que puso todos sus nervios en tensión.

-¿Sí?

-¿Por qué tengo la sensación de que te gustaría meterme en un puchero de aceite hirviendo?

-Está completamente equivocado -replicó.

-Pero no pareces muy convencida -sintió su mano flexionarse bajo la suya, suave y fuerte. La imagen de un puñal de acero envuelto en terciopelo le pareció completamente adecuada para describirla-. Pero tengo problemas para averiguar qué he hecho exactamente para enfadarte tanto.

-Entonces tendrá que pensar en ello. ¿Lo va a pagar en efectivo o con tarjeta?

Spence no tenía demasiada práctica con los rechazos. Y aquello fue un desagradable aguijonazo para su ego. Por hermosa que fuera, no tenía ganas de continuar golpeándose la cabeza contra un muro de ladrillo.

-En efectivo -en ese momento se abrió la puerta tras ellos y Spence le soltó la mano.

Tres niños, recién salidos de la escuela, entraron riendo. Uno de ellos, pelirrojo y con el rostro cubierto de pecas, se puso de puntillas en el mostrador.

-Tengo tres dólares -anunció.

Natasha disimuló una sonrisa.

-Vaya, hoy es usted un hombre rico, señor Jensen. El niño sonrió, revelando el hueco que había dejado el último diente caído.

-He estado ahorrando. Quiero el coche de carreras.

Natasha se limitó a alzar una ceja mientras contaba el cambio para Spence.

-¿Y sabe tu madre que estás aquí, gastándote tus ahorros? -su nuevo cliente permaneció en completo silencio-. ¿Scott?

Scott se balanceaba nervioso sobre los pies.

-No ha dicho que no pueda hacerlo.

-Y tampoco que puedas -conjeturó Natasha. Se inclinó sobre el mostrador y le tiró suavemente del pelo- Venga, ve a preguntárselo y, cuando regreses, el coche continuará en su sitio.

-Pero Tash...

-No querrás que tu madre se enfade conmigo, ¿verdad?

Scott pareció pensárselo un instante; Natasha comprendía que para él era una decisión muy difícil. -Supongo que no.

-Entonces ve a preguntárselo y yo te guardaré el coche.

La esperanza de Scott pareció renacer. -¿Me lo prometes?

Natasha se llevó una mano al corazón.

-Solemnemente -miró de nuevo a Spence y la diversión desapareció de su mirada-. Espero que Freddie disfrute del regalo.

-Estoy seguro de que lo hará -se encaminó hacia la puerta, enfadado consigo mismo por desear ser un niño de diez años al que acabara de caérsele un diente.

Natasha cerró la tienda a las seis. El sol todavía brillaba con fuerza y el aire era húmedo. Aquello le hizo pensar en las comidas veraniegas, bajo los frondosos árboles del bosque. Una fantasía mucho más agradable que la de la cena recalentada en el microondas, pero de momento poco viable.

Mientras caminaba hacia su casa, observó una pareja que entraba en un restaurante, dándose la mano. Alguien la saludó desde un coche y ella alzó la mano en respuesta. Debería haber parado en el pub de la localidad y entretenerse un rato con una copa de vino y la compañía de algunos conocidos. Encontrar a alguien con quien cenar era tan sencillo como asomar la cabeza por una docena de puertas y hacer la sugerencia.

Pero no estaba de humor para compañía. Ni siquiera para soportar la suya. Era el calor, se dijo a sí misma mientras doblaba una esquina, aquel calor inmisericorde que lo inundaba todo durante el verano y que no mostraba ningún síntoma de estar dispuesto a cederle el paso al otoño. El calor la ponía nerviosa. Y le hacía recordar.

Había sido durante un verano cuando su vida había cambiado irrevocablemente.

Incluso en aquel momento, años después de que ocurriera, a veces, cuando veía las rosas florecidas o escuchaba el embriagador zumbido de las abejas, revivía el dolor. Y se preguntaba qué podría haber sucedido. Cómo sería su vida si... Y se odiaba a sí misma por hacerse jugar a los deseos.

Todavía quedaban las rosas, rosas frágiles, rosadas, que sobrevivían a pesar del calor y la falta de lluvia. Las había plantado en el pequeño pedazo de césped que había frente a su apartamento. Cuidarlas le producía una mezcla de placer y dolor. ¿Y qué otra cosa era la vida, se preguntó mientras acariciaba un pétalo, sino ambas cosas? La cálida fragancia de la rosa la siguió mientras continuaba caminando hasta la puerta.

La casa estaba en completo silencio. Ella había pensado en tener un gato o un cachorro, para que así hubiera alguien que la recibiera cuando llegara a casa por las

noches, alguien que la quisiera y dependiera de ella. Pero no había tardado en darse cuenta de lo

injusto que sería dejar al pobre animal encerrado en casa mientras ella estaba en la tienda.

Se puso música, encendió el aparato mientras se quitaba los zapatos. Incluso aquello era una prueba. El Romeo y Julieta de Tchaikovsky. Podía verse a sí misma bailando aquellos románticos y arrebatadores compases, rodeada del brillo de los focos y sintiendo latir aquella música en sus venas, mientras se movía fluidamente, controlando sus movimientos sin darse apenas cuenta. Una triple pirueta para mostrar su pericia sin ningún esfuerzo.

Aquello pertenecía al pasado, se recordó Natasha a sí misma. Los arrepentimientos eran para los débiles.

Salió de la habitación, cambió su ropa de trabajo por un vestido suelto y sin mangas y colgó la falda y la blusa con la pulcritud que le habían enseñado. Era una costumbre de sus años de bailarina.

Había té con hielo en el refrigerador y una de esas comidas precocinadas para calentar en el microondas de las que dependía y a las que al mismo tiempo detestaba. Rio para sí mientras pulsaba el interruptor para calentarla.

Se estaba comportando como una anciana chiflada y malhumorada por culpa del calor, pensó. Suspirando, se llevó un vaso helado a la frente.

Aquel hombre la había sacado de quicio. Aquel día, durante algunos minutos, había llegado a gustarle incluso. Le había parecido tan dulce al preocuparse de su pequeña, al querer recompensarla por haber tenido el valor de enfrentarse a los primeros momentos del primer día de colegio. Le había gustado el tono de su voz, su forma de mirar y sonreír. Durante unos instantes, le había parecido un hombre con el que podría reírse, con el que podría hablar.

Pero de pronto todo había cambiado. Seguramente, en parte por culpa de ella, admitió. Pero eso no disminuía la parte de culpa de su cliente. Natasha había sentido algo que no había vuelto a sentir en mucho, mucho tiempo. El escalofrío de la excitación.

El tirón del deseo. Y eso le hacía enfadarse y avergonzarse de sí misma. Y le hacía enfurecerse con él.

El muy canalla, pensó mientras sacaba el plato del microondas. Coquetear con ella como si fuera una estúpida ingenua y después regresar a su casa con su esposa y su hija.

Y encima pretendía que cenara con él. Clavó el tenedor en la humeante pasta con gambas. Ese tipo de hombre esperaba siempre algo a cambio de una cena. Era el típico estúpido que pretendía seducir a una mujer con un buen vino y la luz de las velas. Voz dulce, mirada paciente y manos inteligentes. Y ningún corazón.

Justo igual que Anthony. Impaciente, apartó su plato y se acercó el vaso que ya empezaba a empañarse. Pero ya no tenía diecisiete años. Era mucho más sabia. Y más fuerte. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser una mujer a la que se pudiera

convencer con falsos encantos y palabras dulces. Y no era que aquel hombre fuera especialmente hábil, recordó con una rápida sonrisa. El... Dios, ni siquiera sabía cómo se llamaba y ya lo detestaba... Era un poco torpe, sí. Y aquello formaba parte de su encanto.

Pero se parecía mucho a Anthony, pensó. Alto, con el pelo rubio y aquellas maneras tan confiadas que, por otra parte, evidenciaban una falta total de principios morales y un corazón despiadado y mentiroso.

Lo que Anthony le había costado jamás podría ser medido. Desde aquella época, Natasha había procurado asegurarse de que ningún hombre pudiera hacerle daño otra vez.

Pero había conseguido sobrevivir. Alzó el vaso como si quisiera brindar por sí misma. Y no solo había sobrevivido, sino que, salvo las veces en las que la asaltaban los recuerdos, era feliz. Amaba la tienda y la oportunidad que le proporcionaba de estar rodeada de niños y hacerlos felices. En tres años ya los había visto crecer. Tenía una amiga maravillosa y divertida, Annie, conocidos con los que se llevaba estupendamente y una casa que le gustaba.

Oyó un golpe en el piso de arriba y sonrió. Los Jorgenson ya estaban a punto de cenar. Se imaginó a Don revoloteando alrededor de Marilyn, que estaba a punto de tener su primer hijo. Le gustaba que estuvieran allí, justo encima de ella, felices, enamorados y llenos de esperanza.

¡Aquello era una familia para Natasha, la familia que había deseado tener ella misma en su juventud, la que imaginaba cuando era adulta. Todavía podía ver a su padre preocupándose por su madre durante los embarazos. En cada uno de ellos, recordó Natasha, pensando en sus tres hermanos pequeños. Recordó también la absoluta felicidad de su padre cada vez que descubría que tanto su esposa como los bebés estaban sanos y salvos. Él adoraba a su Nadia. Incluso después de tantos años continuaba comprándole flores. Cuando llegaba a casa después del trabajo, besaba a su esposa, pero no con un gesto ausente, gastado por la costumbre, sino con un beso jubiloso y enérgico. Era un hombre locamente enamorado de su esposa después de casi treinta años de matrimonio.

Había sido su padre el que había impedido que se cerrara por completo a los hombres después del dolor causado por Anthony. Ver a su padre y a su madre tan unidos la había ayudado a mantener la pequeña y secreta esperanza de que algún día encontraría a alguien que la amaría honestamente.

Algún día, pensó, encogiéndose de hombros. Pero de momento tenía que preocuparse de su negocio, su casa y su propia vida. Ningún hombre, por hermosas que fueran sus manos o inteligente que fuera, iba a desestabilizar su embarcación. Pero en secreto esperaba que la esposa de su nuevo cliente no fuera capaz de darle a este nada más que tristeza.

-Un cuento más, por favor, papá -Freddie, con los ojos medio cerrados y el

rostro luminoso después del baño, utilizó la más persuasiva de sus sonrisas mientras se acurrucaba contra Spence en su enorme cama.

-Pero si ya estás dormida.

-No, no estoy dormida -le dio un beso, esforzándose en mantener los ojos abiertos. Aquel había sido el mejor día de su vida y no quería que terminara-. ¿Te he contado que el gato de JoBeth ha tenido gatitos? Seis gatitos, papá.

-Dos veces -Spence le pasó el dedo por la nariz. Sabía reconocer una indirecta cuando la oía, y recurrió a una respuesta propia de un padre-: Ya veremos.

Freddie sonrió somnolienta. Sabía, por su tono de voz, que su padre se estaba ablandando.

-La señorita Patterson es muy buena. Nos va a dejar jugar a adivinar palabras los viernes.

-Si tú lo dices -y él que se había pasado el día entero preocupado, pensó Spence-. Tengo la sensación de que te ha gustado el colegio.

-Es muy bonito -bostezó sonoramente-. ¿Ya has rellenado todos los formularios?

-Mañana mismo los tendrás listos -absolutamente todos ellos, pensó con un suspiro-. Creo que ya es hora de desenchufarte, preciosa.

-Un cuento más. Un cuento inventado -bostezó otra vez, confortada por el suave tacto del algodón de la camisa de su padre bajo su mejilla y la familiar fragancia de su loción.

Spence cedió, sabiendo que la niña se quedaría dormida antes de que hubiera llegado al final feliz. Tejió una historia sobre una princesa de pelo oscuro, llegada desde un lejano país y el caballero que intentaba rescatarla de su torre de marfil.

Tonterías, pensó Spence mientras añadía un hechicero y un dragón a su relato. Sabía que sus pensamientos estaban volando nuevamente hacia Natasha. Ella también era indudablemente bella, pero no creía haber conocido nunca una mujer menos necesitada de rescate.

Pero, por mala suerte, tendría que pasar por la tienda todos los días para ir a la universidad.

La ignoraría, se dijo. Y en cualquier caso, tenía que estarle agradecido. Aquella mujer le había hecho desear, sentir cosas que creía no poder volver a sentir nunca. Quizá, estando Freddie y él por fin instalados, podría empezar a hacer vida social otra vez. Había muchas mujeres atractivas y solteras en la universidad. Pero la idea de citarse con ellas no le producía ningún placer.

Salir con ellas, se corrigió Spence. Las citas eran para adolescentes y conjuraban visiones de películas de motos, pizzas y manos sudorosas. Él era un hombre adulto y ya era hora de que comenzara a disfrutar de la compañía femenina otra vez. De mujeres de más de cinco años, por supuesto, pensó, mirando la pequeña mano de Freddie unida a la suya.

¿Qué pensaría ella si llevara a una mujer a casa?, se preguntó en silencio. Aquello le hizo recordar el dolor que veía en los ojos de su hija cada vez que él y Angela salían de casa por las noches para ir al teatro o a la ópera.

Aquello nunca volvería a ocurrir, se prometió mientras le ahuecaba la almohada. Colocó a la andrajosa muñeca a su lado y la arropó. Posó la mano en uno de los postes de la cama y miró a su alrededor.

Freddie ya había dejado su impronta en la habitación. Las muñecas alineadas en las estanterías, con los libros entre ellas, y el elefante rosa al lado de sus zapatillas de deporte favoritas. La habitación olía a champú infantil y a lápices de colores. Una lámpara con forma de unicornio aseguraba que la niña no tuviera miedo si se despertaba en medio de la noche.

Permaneció allí unos instantes, descubriéndose tan consolado como su hija por aquella tenue luz y salió sigilosamente de la habitación, dejando la puerta abierta unos centímetros.

En el piso de abajo, encontró a Vera llevando una bandeja con el café. El ama de llaves, una mexicana de hombros y caderas robustas, daba la impresión de ser un compacto tren de mercancías cuando se trasladaba de habitación a habitación. Desde el nacimiento de Freddie, había demostrado ser, no solo eficiente, sino también indispensable. Spence sabía que a menudo era posible asegurarse la lealtad de una empleada con dinero, pero no su corazón. Y desde el instante en el que Freddie había entrado en casa envuelta en una toquilla blanca, Vera la había adorado.

Vera alzó la mirada hacia las escaleras y curvó los labios en una sonrisa.

-Ha sido un gran día para Freddie, ¿verdad?

-Sí, y uno que ha agotado hasta el último suspiro. Vera, no tenías por qué haberte molestado.

Vera se encogió de hombros mientras le llevaba la bandeja con el café al estudio.

-Ha dicho que tenía que trabajar esta noche.

-Sí, al menos un rato.

-Así que he decidido hacerle un café antes de retirarme y tumbarme a ver la televisión -dejó la bandeja en su escritorio-. Mi niña está encantada con la escuela y sus nuevos amigos -no añadió que había tenido que secarse las lágrimas en el delantal cuando había visto a Freddie metiéndose en el autobús del colegio-. Estando todo el día la casa vacía, he tenido tiempo de sobra para hacerlo todo. No se quede levantado hasta muy tarde, doctor Kimball.

-No -era una mentira educada. Sabía que estaba demasiado nervioso para dormir-. Gracias, Vera.

-¡De nada! -se llevó la mano a su pelo gris-. Quería decirle además que me gusta mucho este lugar. Temía dejar Nueva York, pero ahora soy feliz.

-No podríamos arreglárnoslas sin usted.

-Claro que sí -replicó ella, casi por respeto.

Durante siete años, había trabajado para el doctor Kimball, y había disfrutado del prestigio de trabajar para un hombre importante, un músico respetado, doctor en música y profesor universitario. Desde el nacimiento de su hija, le había tomado tanto cariño a la pequeña que estaba dispuesta a trabajar donde fuera.

Había protestado mucho por tener que abandonar el hermoso ático de Nueva

York por una vieja casa en una ciudad pequeña, pero Vera era suficientemente astuta como para saber que el señor lo había hecho pensando en Freddie. Esta había llegado a casa desde la escuela solo unas horas antes, riendo emocionada y enumerándole los nombres de todas sus amigas. Así que Vera estaba contenta.

-Es usted un buen padre, doctor Kimball.

Spence la miró antes de sentarse detrás de su escritorio. Era perfectamente consciente de que en otra época Vera lo había considerado un mal padre. -Estoy aprendiendo.

-Sí -colocó con naturalidad un libro en la estantería-. En esta casa tan grande no tendrá que molestarse por interrumpir el sueño de Freddie si toca el piano por las noches.

Spence alzó la mirada otra vez, comprendiendo que, a su manera, lo estaba animando a concentrarse otra vez en la música.

-No, no la molestaré. Buenas noches, Vera.

Después de una rápida mirada, con la que se aseguraba de que no había nada más que debiera ordenar, Vera salió del estudio.

Una vez solo, Spence se sirvió un café y estudió los papeles que tenía sobre la mesa. Los formularios de Freddie descansaban al lado de sus propios papeles. Tenía mucho trabajo por delante hasta que se iniciaran las clases la semana siguiente.

Y estaba deseando que comenzaran, a pesar de que intentaba no arrepentirse de que la música, que en otro tiempo sonaba con tanta facilidad en su cabeza, permaneciera todavía en silencio.

3

Natasha se ajustó el gorro, desando que permaneciera en su lugar más de cinco minutos. Estudió su rostro en el estrecho espejo que había sobre el fregadero de la trastienda antes de decidirse a añadir un toque de color a sus labios. No importaba que hubiera sido un día muy ajetreado, o que tuviera los pies destrozados por el cansancio. Aquella noche tenía que cuidarse a sí misma, tenía que recompensarse por el trabajo bien hecho.

Cada semestre, se matriculaba en uno de los cursos de la universidad. Procuraba elegir el que le pareciera más divertido, más intrigante y más original. Poetas del Renacimiento un año, Automotivación el otro. En aquella ocasión, iba a comenzar un curso sobre historia de la música que la mantendría ocupada dos tardes a la semana. Y aquella misma noche comenzaba la exploración de un nuevo tema. Todo lo que aprendía, lo atesoraba para su propio placer, al igual que otras mujeres atesoraban diamantes y esmeraldas. No tenían por qué ser saberes útiles. Para Natasha, tampoco era muy útil una gargantilla de diamantes. Simplemente, a la gente le gustaba poseerla.

Tenía un cuaderno para los apuntes, los lápices y los bolígrafos y una gran dosis de entusiasmo. Para prepararse, había hecho algunas excursiones a la biblioteca y había estado leyendo algunos libros durante las dos semanas anteriores. El orgullo no le permitía ir a clase sin saber nada. Y la curiosidad le hacía preguntarse si el profesor añadiría emoción a los hechos.

Había pocas dudas sobre las posibilidades de que aquel profesor en particular pudiera añadir dosis de emoción en otros aspectos. Annie había estado bromeando aquella mañana sobre el nuevo profesor del que todo el mundo hablaba en la ciudad, el doctor Spencer Kimball.

El nombre le parecía muy distinguido a Natasha, mucho más que la descripción que sobre sus supuestos eneanitos había hecho Annie. La información de Annie procedía de la hija de su prima, que estaba especializándose en Educación Elemental y tenía una asignatura de música. Un dios solar, había dicho Annie, haciendo reír a Natasha.

Un auténtico regalo de los dioses, musitó Natasha mientras apagaba las luces de la tienda. Conocía bien el trabajo de Kimball, las obras que había compuesto antes de que, inesperada e inexplicablemente, hubiera dejado de componer música. Y la razón era que, cuando formaba parte del cuerpo de baile de Nueva York, había llegado incluso a bailar su Preludio en Do menor.

Había pasado un millón de años desde entonces, pensó mientras caminaba. Estaba a punto de encontrarse con un genio, de escuchar sus puntos de vista y, quizá, descubrir nuevos significados para muchas de las obras que ya amaba.

Probablemente tuviera el carácter típico de los artistas, decidió, complacida al sentir la brisa sobre su cuello. O a lo mejor era un tipo excéntrico, que llevara incluso pendientes. No importaba. Ella pretendía trabajar duramente. Se tomaba todos los cursos que hacía como una cuestión de orgullo. Todavía le dolía recordar lo poco que sabía cuando tenía dieciocho años. Y lo poco que le importaba todo lo que no tuviera que ver con la danza, admitió. Ella misma había decidido cerrarse a otros mundos para poder dedicarse plenamente a uno solo. Y cuando se había alejado de aquel mundo, se había sentido tan perdida como una niña a la deriva en medio del Atlántico.

Había encontrado ella sola su propio camino hacia la orilla, al igual que su familia había descubierto en una ocasión la forma de cruzar desde la agreste Ucrania hasta las junglas de Manhattan. A Natasha le gustaba la mujer americana, independiente y ambiciosa, en la que se había convertido. Aquella mujer capaz de caminar por aquel enorme y antiguo campus con tanto orgullo como cualquier estudiante.

Se oía el eco de los pasos en el pasillo y susurros distantes que Natasha siempre había asociado con iglesias y universidades. De alguna manera, también había algo religioso en aquel lugar; la fe en el conocimiento.

Ella misma sentía aquella reverencia mientras se dirigía a clase. Cuando era una niña de cinco años y vivía en una pequeña granja en el pueblo, jamás se habría podido imaginar un edificio como aquel, y tampoco los libros o la belleza que albergaba.

Algunos estudiantes ya estaban esperando. Era una curiosa mezcla de alumnos, algunos muy jóvenes y otros de mediana edad. Todos ellos parecían vibrar con la emoción de los comienzos. Vio en el reloj que faltaban solo dos minutos para que dieran las ocho. Esperaba ver a Kimball allí, con el pelo revuelto, removiéndolo torpemente sus papeles, mirando a sus alumnos por detrás de los cristales de sus gafas y clasificándolos casi inconscientemente.

Sonrió con aire ausente a una mujer que llevaba unas gafas de pasta que la miraba fijamente, como si acabara de despertarse en medio de un sueño. Lista para empezar, se sentó, y alzó la mirada en el mismo instante en el que un chico se sentaba torpemente en el pupitre de al lado.

-Hola.

La miró como si acabara de darle un golpe, en vez de saludarlo amablemente. El joven se colocó las gafas con un gesto nervioso.

-Hola. Yo soy... soy Terry Maynard -terminó bruscamente, como si de pronto hubiera recordado su nombre.

-Natasha -sonrió otra vez. Aquel chico no debía de haber llegado todavía a los veinticinco años, era un indefenso cachorro.

-Yo no... te he visto antes por la universidad.

-No -la divertía ser confundida con una estudiante cuando tenía ya veintisiete años-. Solo me he apuntado a esta clase, por diversión.

-¿Por diversión? -Terry parecía tomarse la música muy en serio-. ¿Pero tú sabes quién es el profesor Kimball? -su más que evidente admiración hizo que prácticamente susurrara su nombre.

-He oído hablar de él. ¿Eres músico profesional?

-Sí. Y espero, bueno, algún día, espero llegar a tocar con la Sinfónica de Nueva York -se ajustó las gafas otra vez-. Soy violinista.

Natasha volvió a sonreír y Terry tragó saliva, moviendo notoriamente la nuez.

-Eso es maravilloso. Seguro que eres muy bueno.

-¿Y tú que tocas?

-Lo que me dejan -se echó a reír y se recostó en la silla-. Lo siento. No, yo no toco ningún instrumento. Pero me gusta mucho la música y he pensado que me gustaría esta clase -miró el reloj de la pared-. Si es que comienza alguna vez, eso es. Al parecer, tu estimado profesor llega tarde.

En ese momento, su estimado profesor corría por los pasillos, maldiciéndose a sí mismo por haber aceptado aquel horario. Para cuando había terminado de ayudar a Freddie con los deberes, ¿cuántos animales puedes encontrar en este dibujo?, había conseguido

convencerla de que las coles de bruselas estaban buenísimas, en vez de asquerosas y se había cambiado de camisa porque, con su cariñoso abrazo de despedida, su hija había transferido una misteriosa y pegajosa sustancia a la manga de su camisa, y a esas alturas, ya no había nada que le apeteciera más que un buen libro y una copa de brandy.

En vez de tener que enfrentarse a un aula llena de rostros anhelantes, todos ellos deseando aprender cuánto le había costado a Beethoven componer la Novena Sinfonía.

Entró en clase de un humor terrible.

-Buenas tardes, yo soy el profesor Kimball -los murmullos se apagaron al instante-. Antes de nada, quiero disculparme por llegar tarde. Y ahora, en cuanto

todos ustedes tomen asiento, comenzaremos la clase.

Mientras hablaba, escrutaba el aula con la mirada. Y se descubrió a sí mismo con la mirada fija en el asombrado rostro de Natasha.

-No.

Natasha no fue consciente de que había pronunciado aquella palabra en voz alta, aunque en el caso de haberlo sido, tampoco le habría importado. Aquello era una especie de broma, pensó. Una broma particularmente pesada. Aquel... aquel hombre con aquella chaqueta elegante e informal era Spencer Kimball, el músico cuyas melodías había admirado y bailado. El hombre que, con apenas veinte años, había conseguido que sus obras fueran interpretadas en el Carnegie Hall y había sido considerado un genio. ¿Aquel hombre que había intentado seducirla en la juguetería era el ilustre profesor Kimball?

Aquello era ridículo, era exasperante, era...

Maravilloso, pensó Spence mientras fijaba en ella su mirada. Absolutamente maravilloso. De hecho, era perfecto. Siempre y cuando fuera capaz de controlar la risa que bailaba en su garganta. Así que la zarina era una de sus alumnas. Aquello era mejor, mucho mejor, que una copa de brandy.

-Estoy seguro -dijo después de una larga pausa-, de que los meses que tenemos por delante van a ser fascinantes para todos nosotros.

Debería haberse matriculado en astronomía, se dijo Natasha. Habría aprendido todo tipo de cosas fascinantes sobre planetas y estrellas. Asteroides. Habría disfrutado mucho más aprendiendo cosas sobre... ¿cómo era? Ah, sí, la fuerza de la gravedad y la inercia. Fuera la inercia lo que fuera. Seguramente era mucho más importante para ella averiguar cuántas lunas tenía Júpiter que estudiar a los compositores del siglo quince.

Se cambiaría de asignatura, pensó. Al día siguiente, a primerísima hora, haría todos los arreglos que fueran necesarios. De hecho, se habría levantado en ese mismo instante y se habría marchado si no estuviera convencida de que Kimball sonreiría al verla salir.

Moviendo nerviosa el bolígrafo entre los dedos, cruzó las piernas, decidida a no escuchar una sola palabra.

Era una pena que el profesor tuviera una voz tan atractiva.

Natasha miró el reloj con impaciencia. Tenía cerca de una hora por delante. Haría lo mismo que cuando tenía que esperar en la consulta del dentista: fingir que estaba en otra parte. Esforzándose para impedir que la voz de Spence llegara a su cerebro, comenzó a columpiar el pie y a garabatear en su cuaderno.

No fue consciente de que los garabatos se habían convertido en notas, ni de que había comenzado a escuchar con atención cada una de las palabras del profesor. Spence conseguía hacer que los músicos del siglo quince parecieran vivos, vigorizantes incluso.

Rondós, ballades y vieraiais. Casi podía oír las canciones del último Renacimiento, los altísimos Kiries y los Glorias.

Estaba atrapada, envuelta en aquella antigua rivalidad entre la iglesia y el estado y la participación de los músicos en la política. Podía imaginar los enormes

banquetes a los que asistían los aristócratas, donde disfrutaban tanto de la música como de la comida.

-La próxima vez, hablaremos de la escuela francoflamenca y de los desarrollos rítmicos -Spence miró sonriendo a sus alumnos-. Y procuraré llegar pronto.

¿Ya se había terminado? Natasha miró el reloj otra vez y se sorprendió al descubrir que eran más de las nueve.

-Es increíble, ¿verdad?

Natasha miró a Terry. Sus ojos resplandecían detrás de las gafas.

-Sí -le costaba admitirlo, pero la verdad era la verdad.

-Deberías escucharlo en las clases de teoría -advirtió con envidia que algunos estudiantes habían rodeado a su ídolo. Aun así, él no tenía valor suficiente para levantarse y unirse al grupo.

-Te veré... el martes.

-¿Qué? Oh, sí, buenas noches... Terry.

-Puedo... llevarte a casa si quieres -el hecho de que estuviera a punto de quedarse sin gasolina y de que tuviera que llevar atado el amortiguador para que no se soltara no pareció afectarlo.

Natasha le brindó una de aquellas sonrisas distantes que estaba poniendo el corazón de Terry a bailar al ritmo del cha-cha-cha.

-Eres muy amable, pero no vivo lejos.

Esperaba poder salir del aula mientras Spence estuviera todavía ocupado. Pero debería haberse imaginado que no sería posible.

Spence se limitó a posar una mano en su brazo para detenerla cuando estaba a punto de alcanzar la puerta.

-Me gustaría hablar un momento contigo, Natasha -despidió con un gesto al último de sus alumnos, se recostó en la silla y le sonrió-. Debería haber prestado más atención a mi lista, pero, aun así, es agradable saber que todavía puede sorprenderte la vida.

-Eso depende del punto de vista que se considere, profesor Kimball.

-Spence -continuó sonriendo-. La clase ha terminado.

-Así es -su majestuoso asentimiento le hizo pensar otra vez en la realeza rusa-. Lo siento, tengo que marcharme.

-Natasha -esperó, casi se podía palpar la impaciencia cuando Natasha se volvió-. Me cuesta pensar que alguien de tu linaje no crea en el destino.

-¿En el destino?

-Con todas las clases de todas las universidades que hay en el mundo, te ha tocado estar en la mía.

Natasha no debería reírse. Sería una estúpida si lo hiciera. Pero sus labios se curvaron en una sonrisa antes de que pudiera hacer nada para controlarlo.

-Y yo que estaba pensando que había sido una cuestión de mala suerte.

-¿Por qué Historia de la Música?

Natasha palmeaba el cuaderno sobre su cadera. -Estuve debatiéndome entre la Historia de la Música y la Astronomía.

-Esa tiene que ser una historia fascinante. ¿Por qué no bajamos a tomar un café? Así podrás contarme todo -entonces la vio; una furia como lava líquida que transformaba sus ojos aterciopelados en fuego-. ¿Y ahora a qué viene esa furia? -preguntó, casi para sí-. ¿Es que en esta ciudad es ilegal invitarle a alguien a tomar un café?

-Usted debería saberlo, profesor Kimball -se volvió, pero Spence llegó a la puerta antes que ella y la cerró con fuerza suficiente para hacerla retroceder.

Estaba tan furioso como ella, advirtió Natasha. Pero no le importaba. Aunque la verdad era que le había parecido hasta entonces un hombre más dulce. Detestable, pero dulce. En aquel momento no había en él un ápice de dulzura. Aquellas facciones fascinantes parecían de pronto de granito.

-Aclárame lo que has querido decir.

-Abra la puerta.

-Lo haré encantado, en cuanto me lo digas -estaba enfadado. Spence se daba cuenta de que no había sentido aquella clase de furia violenta desde hacía años. Y se sentía maravillosamente-. Soy consciente de que solo porque me sienta atraído por ti, no tienes por qué sentir tú lo mismo.

Natasha alzó la mirada, odiándose a sí misma por encontrar aquellos ojos grises como las nubes de un cielo de tormenta irresistiblemente hipnóticos.

-Y no lo siento.

-Estupendo -no podía estrangularla por eso, sin embargo, le habría encantado hacerlo-. Pero, maldita sea, quiero saber por qué apuntas y disparas cada vez que aparezco.

-Porque eso es lo que se merecen los hombres como usted.

-Los hombres como yo -repitió Spence, asegurándose de que había oído bien-. ¿Y eso qué significa exactamente?

Spence permanecía a su lado, cerniéndose amenazadoramente sobre ella. Al igual que había ocurrido en la tienda, cuando la había rozado, Natasha sintió un burbujeante estallido de excitación, atracción, confusión.

-¿Crees que porque tengas un rostro atractivo y una bonita sonrisa puedes decir todo lo que quieras?

-Sí -contestó Natasha antes de que él pudiera seguir hablando, y le golpeó en el pecho con el cuaderno-. ¿Y usted cree que le basta con chasquear los dedos para conseguir que una mujer caiga rendida en sus brazos? Pues con esta mujer en concreto se equivoca.

Su acento era más marcado cuando se enfadaba, advirtió Spence, confundido por su fría calma.

-No recuerdo haber chasqueado los dedos.

Natasha soltó un corto y explícito juramento en ucraniano mientras agarraba el

picaporte.

-¿Quiere tomar un café? Estupendo. Tomaremos ese café... y llamaremos a su esposa para que se reúna con nosotros.

-¿Mi qué? -posó la mano sobre la suya y empujó, de manera que la puerta que acababa de ser abierta volvió a cerrarse-. Yo no tengo ninguna esposa.

-¿De verdad? -dijo con sarcasmo y lo fulminó con la mirada-. Y supongo que la mujer que fue con usted a la tienda era su hermana.

Debería haber sido divertido. Pero Spence no terminaba de verle la gracia.

-¿Nina? Pues la verdad es que sí.

Natasha abrió entonces la puerta con un sonido de disgusto.

-Esto es patético.

Rebosante de indignación, salió al pasillo y se encaminó hacia la puerta principal. Con un rítmico staccato acorde por completo con su humor, acribillaba el suelo con los tacones mientras bajaba las escaleras de la entrada principal. Cuando de pronto la agarraron por detrás para obligarla a darse la vuelta, estuvo a punto de caerse.

-Tienes un genio endemoniado.

-¿Ah, sí? -consiguió decir-. ¿Tengo mucho genio?

-Te crees que ya lo sabes todo, ¿verdad?

Aprovechando la ventaja que le proporcionaba su altura, Spence la miró. Natasha vio ensombrecerse su rostro y advirtió la furia en su voz. Spence ya no parecía torpe en absoluto, al contrario, demostraba estar teniendo un control total sobre la situación.

-¿O debería decir que te crees que ya lo sabes todo sobre mí?

-No cuesta mucho adivinarlo -sentía la firmeza con la que Spence sujetaba su brazo. Y odiaba ser consciente de que, mezclada con su propio enfado, florecía una muy primaria atracción sexual. Luchando para sofocarla, echó la cabeza hacia atrás-. En realidad, tiene usted un comportamiento muy típico.

-Me pregunto si podrías tener peor opinión sobre mí -la furia comenzaba a mezclarse con el deseo. -Lo dudo.

-En ese caso, puedo darme una satisfacción sin correr el riesgo de empeorarla.

El cuaderno voló cuando Spence la estrechó contra él. Natasha consiguió emitir un único y sorprendido sonido antes de que la boca de Spence cubriera la suya. La cubriera, la devorara, la conquistara.

Debería haberse resistido. Se repitió una y otra vez que debería luchar contra él. Pero fue el impacto, o al menos ella rezaba para que lo fuera, lo que hizo que sus brazos cayeran indefensos a ambos lados de su cuerpo.

Aquello era un error. Un error imperdonable. Y, oh Dios, era maravilloso. Instintivamente, Spence había encontrado la llave para abrir la puerta a la pasión que durante tanto tiempo había permanecido dormida. Natasha sentía que su sangre hervía. Y su mente se enturbiaba. Escuchó tenuemente algo parecido a una risa mientras ambos descendían hacia la acera. El sonido de la bocina de un camión, un alegre saludo y dé nuevo el silencio.

Murmuró algo, una penosa protesta que la avergonzó a ella y fue fácilmente ignorada por la lengua de Spence, que continuaba enredándose sensualmente con la suya. Su sabor era como un banquete después de un largo tiempo de abstinencia. Aunque Natasha continuaba manteniendo los brazos caídos, se inclinó hacia él, para disfrutar su beso.

Besarla era como caminar por un campo minado. En cualquier momento se produciría la explosión que terminaría haciéndolo añicos. Debería haberse detenido tras el primer impacto, pero el peligro encerraba una gran emoción.

Y ella era peligrosa. Mientras hundía los dedos en su pelo, podía sentirla temblar y estremecerse. Era ella... la promesa, la amenaza de una pasión titánica. Podía saborear sus labios, incluso aunque Natasha luchara por retroceder. Podía sentirla en su tensa y asustada postura. Porque si Natasha llegaba a relajarse, podría hacer de él un esclavo.

Un deseo como jamás lo había conocido golpeaba su cuerpo. Imágenes envueltas en fuego y humo danzaban por su mente. Algo forcejeaba en su interior para ser liberado, como un pájaro batiendo las alas en su jaula. Spence la sintió tensarse. Y, de pronto, Natasha lo empujó, lo separó de ella y permaneció mirándolo fijamente, con los ojos enormes y elocuentes.

No podía respirar. Por un instante, Natasha pensó muy seriamente que iba a morir allí mismo, ahogada en aquel vergonzoso deseo. Intentando defenderse, tomó una enorme bocanada de aire.

-Jamás podré odiar a nadie como lo odio a usted.

Spence sacudió la cabeza para intentar aclarar sus ideas. Natasha lo había dejado aturdido, confundido y completamente indefenso. Por su propio bien, esperó hasta estar seguro de que era capaz de pronunciar palabra.

-Me dejas en una posición muy baja, Natasha -bajó un escalón, para situarse al nivel de su mirada. Vio lágrimas en sus pestañas, pero estas eran compensadas por la condena que reflejaban sus ojos-. Me gustaría que nos aseguráramos de si ese lugar me corresponde por las razones adecuadas. ¿Es porque te he besado o porque te ha gustado?

Natasha extendió la mano. Spence podría haber evitado fácilmente la bofetada, pero pensó que Natasha tenía derecho a desahogarse. Cuando oyó el sonoro eco de la bofetada, decidió que ya estaban empatados.

-No vuelva a acercarse a mí -le dijo Natasha, respirando con fuerza-. Se lo advierto, si lo hace, hablaré sin importarme lo que diga o quién pueda escucharme. Si no fuera por su hija... -se interrumpió y se agachó para tomar el cuaderno. Su orgullo, al igual que su autoestima, estaba hecho añicos-. No se merece tener una hija tan encantadora.

Spence volvió a agarrarla del brazo, pero, en aquella ocasión, la expresión de su rostro le hizo sentir escalofríos a Natasha.

-Tiene razón, nunca me he merecido y probablemente nunca me mereceré a Freddie, pero soy todo lo que tiene. Su madre, mi esposa, murió hace tres años.

Se alejó a grandes zancadas bajo la luz de una farola y desapareció después en medio de la oscuridad.

Natasha apretó con fuerza el cuaderno contra su pecho y se sentó en el último escalón.

¿Qué diablos iba a hacer después de aquello?

No le quedaba otra opción. Por mucho que lo odiara, realmente solo podía hacer una cosa. Natasha se frotó las manos en los pantalones y comenzó a subir los escalones recién pintados.

Era una bonita casa, pensó. Había cortinas en las ventanas, las del piso de abajo eran de una tela fina de color marfil, que seguramente dejaría pasar ampliamente la luz. En una de las ventanas del piso superior, se veía una cortina con un bonito diseño de unicornios; seguramente aquella sería la habitación de la pequeña.

Natasha reunió valor y cruzó el porche para llegar a la puerta principal. Sería rápido, se prometió. No sería fácil, pero al menos sería rápido. Llamó a la puerta, soltó aire y esperó.

Le abrió una mujer bajita y regordeta, con el rostro tan moreno y arrugado como una pasa. Natasha se descubrió atrapada en un par de ojos oscuros y diminutos, mientras el ama de llaves se secaba las manos en el delantal.

-¿Puedo ayudarla en algo?

-Me gustaría ver al profesor Kimball, si está en casa -sonrió, fingiendo no sentirse como si estuvieran llevándola al patíbulo-. Soy Natasha Stanislaski -advirtió que el ama de llaves entrecerraba los ojos, tanto que casi desaparecieron entre los pliegues de su rostro.

Al principio, Vera había confundido a Natasha con una de las estudiantes del señor y se había preparado para tratarla como correspondía.

-Es usted la dueña de la juguetería.

-Exacto.

-Ah -con un asentimiento de cabeza, abrió la puerta de par en par para invitar a Natasha a pasar-. Freddie dice que es usted una mujer muy amable, que le regaló un lazo azul para su muñeca. Le he prometido volver a llevarla a la juguetería, pero solo a mirar -hizo un gesto para que Natasha la siguiera.

Cuando llegaron al pasillo, Natasha escuchó las vacilantes notas de un piano. Vio su reflejo en un antiguo espejo oval y la sorprendió descubrir que estaba sonriendo.

Spence estaba sentado al piano con la niña en el regazo, mirando por encima del hombro de la pequeña mientras esta tocaba vacilante "Mary tiene un corderito". El sol se filtraba por la ventana que había tras ellos y, al verlos, Natasha deseó ser capaz de pintar para poder atrapar aquella imagen.

Era perfecta. La luz, las sombras y los colores pastel de la habitación conformaban un fondo perfecto. La alineación de las cabezas y los cuerpos era demasiado natural y elocuente incluso para una pose. La niña iba vestida de rosa y blanco y llevaba desatado el cordón de una de sus playeras. Su padre se había quitado

la chaqueta y la corbata y se había remangado la camisa hasta los codos, como si fuera un trabajador manual.

Se sumaban a la luminosidad de aquel cuadro el brillo delicado del cabello de Freddie y el intenso resplandor dorado del pelo de Spence. Freddie se recostaba en su padre, con la cabeza apoyada justo bajo su cuello. Una sonrisa de placer, casi imperceptible, iluminaba su rostro. Y envolviéndolo todo, se oía el sencillo ritmo de la canción infantil que la pequeña estaba tocando.

Spence apoyaba las manos en las rodillas de Freddie, sus dedos largos y hermosos se movían al ritmo del viejo metrónomo que había sobre el piano. Natasha fue capaz de percibirlo todo: el amor, la paciencia y el orgullo de aquel padre.

-No, por favor -susurró Natasha, posando la mano en el brazo de Vera-. No los moleste.

-Ahora te toca a ti, papá -Freddie inclinó la cabeza hacia él. Algunos mechones de su fino pelo habían escapado a la sujeción de las horquillas y cubrían su rostro-. Toca algo bonito.

-Für Elise.

Natasha reconoció al instante aquella melodía romántica, delicada y, de alguna manera, solitaria. Le llegó directamente al corazón mientras observaba los dedos de Spence acariciar y seducir las teclas.

¿En qué estaría pensando? Advertía que los pensamientos de Spence se habían tornado íntimos, estaban volcados hacia la música, hacia él mismo. Sus manos fluían sobre el piano sin ningún esfuerzo aparente, pero Natasha era consciente de que aquella perfección jamás se alcanzaba sin dolor y un gran esfuerzo.

El sonido iba elevándose, nota tras nota, insoportablemente triste, imposiblemente bello, al igual que las azucenas que descansaban en un jarrón sobre el piano.

Demasiada emoción, pensó Natasha. Demasiado dolor, aunque el sol continuaba brillando a través de las cortinas de gasa y la niña seguía sonriendo en su regazo. La necesidad de acercarse a él y posar una mano consoladora en su hombro, de sostener al padre y a la niña contra su corazón, fue tan fuerte que Natasha tuvo que apretar los puños para no hacerlo.

El volumen de la música fue descendiendo lentamente hasta que la última nota quedó suspendida en el aire como un suspiro.

-Me gusta -le dijo Freddie-. ¿La has inventado tú?

-No -Spence fijó la mirada en sus dedos mientras los extendía y los flexionaba, para después tomar la mano de su hija-. Es una composición de Beethoven-sonrió de nuevo y posó los labios en la delicada curva del cuello de la niña-. ¿Ya has tenido suficiente por hoy?

-¿Puedo jugar en el jardín hasta la hora de la cena?

-Bueno... ¿qué me darás a cambio?

Era un juego antiguo entre ellos, y uno de los favoritos de la niña. Riendo, giró en su regazo y le dio un fuerte y sonoro beso. Todavía inmerso en aquel abrazo de oso,

Spence reparó en la presencia de Natasha.

-¡Hola!

-La señorita Stanislaski quiere verlo, profesor Kimball -cuando Spence asintió, Vera se retiró a la cocina. -Hola.

Consiguió mantener la sonrisa, incluso cuando Spence se volvió hacia ella con Freddie en el regazo. Natasha todavía no se había desprendido de la música, que continuaba derramándose en su interior como una lágrima.

-Espero no haber llegado en un mal momento -se disculpó.

-Claro que no.

Tras un último abrazo, Spence dejó a Freddie en el suelo y esta corrió inmediatamente hacia Natasha.

-Ya he terminado la clase de piano, ¿quieres venir a jugar conmigo?

-No, esta vez no -incapaz de resistirse, Natasha le acarició cariñosamente la mejilla-. En realidad he venido a hablar con tu papá.

Era una cobarde, pensó disgustada consigo misma. En vez de mirarlo a él, continuaba dirigiéndose a Freddie.

-¿Te gusta el colegio? Tienes a la señorita Patterson de profesora, ¿verdad?

-Es muy buena. Ni siquiera gritó cuando a Mikey Tower se le cayó su colección de insectos asquerosos al suelo en medio de la clase. Y yo ya sé leer el cuento de "Ve, Perrito, Ve" entero.

Natasha se agachó para poder mirarla a los ojos.

-«¿Te gusta mi sombrero?» -preguntó.

Freddie se echó a reír al reconocer aquella frase del clásico del doctor Seuss.

-A mí la que más me gusta es la parte de la fiesta.

-A mí también -rápidamente, le ató los cordones de las playeras a Freddie-. ¿Vendrás pronto a hacerme una visita a la tienda?

-De acuerdo -encantada consigo misma, Freddie corrió hacia la puerta-. Adiós, señorita Stanof, Stanif...

-Tash -le guiñó el ojo a Freddie-. Todos los niños me llaman Tash.

-Tash -Freddie sonrió radiante al pronunciar su nombre y se marchó corriendo.

Natasha escuchó chirriar las playeras de Freddie en el pasillo y tomó una larga bocanada de aire.

-Siento venir a molestarlo a su casa, pero he pensado que sería más... -¿cuál era la palabra adecuada? ¿«Apropiado», «cómodo»?-, que sería mejor.

-De acuerdo -sus ojos se habían vuelto fríos. No eran ya los del hombre que había tocado aquella música triste y apasionada-. ¿Quieres sentarte?

-No -contestó con excesiva rapidez. Inmediatamente se recordó que lo mejor era que ambos fueran capaces de mantener una conversación fríamente educada-. No tardaré mucho. Solo quería disculparme.

-¿Sí? ¿Por algo en particular?

El fuego relampagueó en su mirada. Spence disfrutó al verlo, especialmente porque se había pasado la mayor parte de la noche maldiciéndola.

-Cuando cometo un error, siempre intento admitirlo. Pero como su conducta de ayer fue tan... -oh, ¿por qué siempre le faltarían las palabras en inglés cuando estaba enfadada?

-¿Inconsciente? -sugirió Spence.

Natasha arqueó notablemente las cejas.

-¿Entonces lo admite?

-Yo creía que eras tú la que habías venido aquí a admitir algo -disfrutando enormemente de aquella situación, se sentó en el brazo de un sillón tapizado de color azul damasco-. Pero no quiero interrumpirte, sigue.

Natasha estuvo tentada, muy tentada, de girar sobre sus talones y marcharse. Tenía un orgullo tan fuerte como su genio. Pero haría lo que había ido a hacer y después olvidaría aquel mal momento para siempre.

-Lo que dije sobre usted... sobre usted y su hija, fue tan injusto como falso. Aunque... aunque estuviera confundida sobre otras cosas, sabía que eso no era cierto. Y siento mucho haberlo dicho.

-Ya lo veo -por el rabillo del ojo, advirtió un movimiento a través de la ventana. Se volvió justo a tiempo de ver a Freddie corriendo hacia el columpio-. Será mejor que lo olvidemos.

Natasha siguió el curso de su mirada y suavizó su expresión.

-Es una niña preciosa. Espero que le permita volver a la tienda de vez en cuando.

El tono de su voz hizo que Spence la estudiara con atención. ¿Había en ella un deje de nostalgia, de tristeza quizá?

-Dudo que pueda mantenerla lejos. Te gustan mucho los niños, ¿verdad?

-Sí, por supuesto. En un negocio como el mío es un requisito indispensable. No quiero entretenerlo más, profesor Kimball.

Spence se levantó para estrechar la mano que Natasha tan formalmente le ofrecía.

-Spence, tutéame, por favor -la corrigió, estrechando delicadamente sus dedos-. ¿En qué otra cosa estabas confundida?

Así que aquello no iba a ser tan fácil como ella pretendía. Una vez más, Natasha se consoló diciéndose que se merecía aquella dosis de humillación.

-Creía que estabas casado. Me enfadé mucho y me sentí muy ofendida cuando me invitaste a salir.

-¡Así que estás aceptando mi palabra de que no estoy casado!

-No. He consultado el Quién es Quién.

Spence se la quedó mirando fijamente durante un instante, después echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

-Dios, qué mujer tan confiada. ¿Y has encontrado algún dato más que te haya resultado interesante?

-Solo cosas que servirían para inflar tu ego. Todavía no me has soltado la mano.

-Lo sé. Y dime, Natasha, ¿te desagradaba en general, o solo porque pensabas que era un hombre casado y no tenía derecho a coquetear inocentemente contigo?

-¿Coquetear inocentemente? -Natasha casi se atragantó al pronunciar aquella palabra-. No había nada inocente en tu forma de mirarme. Era como si...

-¿Como sí...? -insistió él.

Como si ya fueran amantes, pensó Natasha, y sintió cómo aumentaba la temperatura de su cuerpo.

-No me gustó -dijo cortante.

-¿Porque pensabas que estaba casado?

-Sí. No -se corrigió rápidamente al darse cuenta de hasta dónde podía conducirlos su respuesta-. Simplemente no me gustó -Spence se había llevado su mano a los labios-. No -consiguió decir.

-¿Entonces cómo te gusta que te mire?

-No tienes por qué mirarme de ninguna manera.

-Claro que sí.

Spence volvía a sentirlo otra vez. Era aquella intensa y sobrecogedora pasión que parecía estar esperando que alguien la liberara de cualquiera que fuera la celda en la que Natasha la tenía encerrada.

-Mañana por la noche estarás sentada en clase frente a mí -le recordó.

-Voy a cambiarme de curso.

-No, no lo harás -acarició con el dedo el pequeño pendiente que Natasha llevaba en la oreja-. Te gustó mucho la clase. Casi podía ver girar los engranajes dentro de tu preciosa cabeza. Y si de verdad se te ocurre cambiar de clase -continuó diciendo, antes de que Natasha pudiera plantear una respuesta-, llegaré a convertirme en una verdadera molestia en tu tienda.

-¿Por qué?

-Porque eres la primera mujer a la que deseo desde hace más tiempo del que soy capaz de recordar.

Natasha sintió un escalofrío de excitación recorriendo su espalda como si fuera una tintineante y fría cadena. Antes de que pudiera hacer nada para evitarlo, el recuerdo de su tórrido beso se apoderó de su mente, debilitándola de forma peligrosa. Sí, había sido el beso de un hombre que deseaba. Y, por mucho que ella hubiera intentado resistirse, el de una mujer que también deseaba.

Pero solo había sido un beso alimentado por la luz de la luna y la brisa nocturna. Y Natasha sabía dolorosamente bien hacia dónde conducían los caminos del deseo.

-Eso son tonterías.

-Yo diría que es sinceridad -susurró Spence, fascinado por las emociones que reflejaban los oscuros ojos de Natasha-. Y he pensado que es lo mejor, puesto que ya hemos superado nuestro desafortunado principio. Y puesto que ya has llegado a la conclusión de que no estoy casado, saber que me siento atraído por ti no debería ofenderte.

-No me ofende -respondió Natasha recelosa-. Sencillamente, no me interesa.

-¿Y tienes la costumbre de besar a hombres que no te interesan?

-Yo no te besé -liberó su mano-. Fuiste tú el que me besaste.

-Eso podemos arreglarlo -respondió Spence, acercándose a ella-. Esta vez me devolverás el beso.

Natasha podía haberse apartado. Spence no la abrazaba con fuerza, como la vez anterior, sino que la rodeaba suavemente con sus brazos, incitándola a imitarlo. Sus labios fueron dulces en aquella ocasión, dulces, persuasivos y pacientes. Y Natasha podía sentir el calor que fluía por su torrente sanguíneo como una droga. Con un ligero gemido, le rodeó con los brazos y se estrechó contra él.

Fue como sostener una vela en las manos y sentir que la cera iba derritiéndose lentamente consumida por el fuego. Spence pudo darse cuenta de cómo iba cediendo paso a paso, hasta que entreabrió los labios para él, rendidos e invitadores. Pero incluso mientras Natasha lo besaba, podía sentir también algo muy fuerte, que se resistía y retrocedía. Natasha no quería sentir lo que estaba haciéndole sentir Spence con aquel beso.

Impaciente, la estrechó contra él. Aunque su cuerpo se moldeó instantáneamente contra el suyo e inclinó la cabeza en erótica rendición, había una parte de Natasha que quedaba siempre fuera de su alcance. Y lo que le estaba dando lo único que hacía era avivar el hambre de Spence.

Natasha estaba casi sin respiración cuando Spence la soltó. Le costó un gran esfuerzo, demasiado esfuerzo, pensó Natasha, recuperarse. Pero en cuanto lo hizo, consiguió decir con voz fría y firme:

-No quiero tener una relación.

-¿Conmigo o con nadie?

-Con nadie.

-Estupendo -le acarició suavemente el pelo-. Así será más fácil hacerte cambiar de opinión.

-Soy muy cabezota -musitó Natasha.

-Sí, ya me he dado cuenta. ¿Por qué no te quedas a cenar?

-No.

-De acuerdo. Entonces te invitaré a cenar el sábado por la noche.

-No.

-A las siete y media. Pasaré a buscarte.

-No.

-¿No querrás que me presente el sábado por la tarde en la tienda y te ponga en un aprieto?

Al límite de su paciencia, Natasha se encaminó hacia la puerta.

-No puedo comprender cómo un hombre capaz de tocar con tanta sensibilidad puede ser tan zoquete.

Y tan afortunado, pensó Spence mientras oía cerrarse la puerta de un portazo. En cuanto se quedó a solas otra vez, se descubrió a sí mismo silbando.

para un niño, la palabra «sábado» era mágica, puesto que significaba que disponía al menos de veinticuatro horas en las que el colegio quedaba demasiado lejos para representar algún problema. Había bicicletas que montar, juegos que jugar y carreras que ganar. Y desde que Natasha había abierto la juguetería, disfrutaba de los sábados tanto como su variopinta clientela.

Y era otro punto negativo contra Spence el que él fuera la razón de que no estuviera disfrutando de aquel sábado en particular.

Le había dicho que no, se recordó mientras tecleaba en la caja registradora el precio de tres dinosaurios de plástico y un recipiente para hacer burbujas.

Pero aquel nombre no parecía entender el inglés.

Porque no encontraba otra razón para la solitaria rosa roja que le había enviado. Y además a la tienda, pensó, intentando fruncir el ceño mientras la miraba. El entusiasta romanticismo de Annie le había impedido deshacerse de ella; aunque Natasha había tirado la flor, Annie había acudido inmediatamente a su rescate, había salido a la calle y había comprado un jarrón de plástico que, junto a la rosa, ocupaba un lugar de honor en el mostrador.

Natasha hacía todo lo que estaba en su mano para no mirarla, para no acariciar sus pétalos cerrados, pero no era fácil ignorar la delicada fragancia que flotaba en el aire cada vez que registraba una venta.

¿Por qué pensarían los hombres que con una flor podían ablandar el corazón de una mujer?

Porque podían, admitió Natasha, conteniendo un suspiro mientras volvía a mirarla.

Pero eso no significaba que estuviera dispuesta a cenar con él. Natasha se echó el pelo hacia atrás y contó el montón de monedas que el joven Hampston le había entregado a cambio de su cómic mensual. La vida debería ser así de sencilla, pensó mientras el niño salía precipitadamente de la tienda con las últimas aventuras del Comandante Zark. Maldita fuera, y de hecho lo era. Tomó aire, intentando reafirmar su determinación. Su vida era igualmente sencilla, por mucho que Spence estuviera intentando complicarla. Para demostrarlo, pretendía ir a casa en cuanto cerrara la tienda, darse un baño caliente en la bañera y pasar el resto de la tarde tumbada en el sofá, viendo alguna película antigua y comiendo palomitas.

Spence había sido muy inteligente. Natasha salió del mostrador para acercarse a uno de los pasillos de la tienda e intentar arbitrar en una malhumorada discusión entre los hermanos Freedmont sobre el destino de sus ahorros comunes. Mientras intervenía, Natasha se preguntaba si el estimado profesor estaría considerando su relación, o su no relación, se corrigió, como una partida de ajedrez. Ella siempre había sido demasiado imprudente para tener éxito en aquel juego de mesa en particular, pero tenía la sensación de que Spence podía jugarlo pacientemente y bien. En cualquier caso, si pensaba que iba a ser fácil darle jaque mate, iba a llevarse una buena sorpresa.

Spence había superado la segunda clase brillantemente. No la había mirado más que a ningún otro alumno y había contestado sus preguntas en el mismo tono que

utilizaba para contestar las de los demás. Sí, efectivamente, era un jugador muy paciente.

Pero entonces, justo cuando ella estaba empezando a relajarse, le había entregado una primera rosa solitaria justo en el momento en que Natasha salía de clase. Un movimiento suficientemente inteligente para poner en peligro su reina.

Si Natasha hubiera tenido valor suficiente, habría tirado la rosa al suelo y la habría pisoteado con el tacón. Pero le había faltado coraje, y por eso tenía que intentar elaborar alguna jugada que le permitiera tomarle la delantera. Porque el problema había sido que la había pillado desprevenida, se dijo a sí misma. Al igual que al enviarle aquella rosa roja a la tienda aquella mañana. Si la rosa continuaba en el mostrador, la gente empezaría a hablar. En una localidad tan pequeña como aquella, acontecimientos como el envío de una rosa roja corrían rápidamente de la juguetería al pub, en el pub se hacía público el rumor y desde allí llegaba a convertirse en tema de todas las sesiones de cotilleo. Natasha necesitaba encontrar una forma de detener aquel rumor. En ese momento, no se le ocurría nada mejor que ignorar la rosa. E ignorar también a Spence, añadió. Y cuánto le gustaría poder hacerlo.

Centrándose en el problema que tenía más cercano, Natasha pasó un brazo alrededor de los hombros de cada uno de los alborotadores Freedmont.

-Ya basta. Si no dejáis de llamaros cosas como ganso y, ¿cuál era la otra?

-Burro orejudo -dijo el más alto de los niños.

-Sí, burro orejudo -no pudo resistirse a intentar recordarlo-. Es un buen insulto. Bueno, pues si seguís discutiendo, le diré a vuestra madre que no os deje venir en dos semanas.

-No, Tash.

-Y eso significa que todo el mundo podrá ver las cosas tan terroríficas que he encargado para Halloween antes que vosotros -dejó que la amenaza cundiera efecto y apretó cariñosamente el cuello a los pequeños-. Así que voy a haceros una sugerencia. Tirad una moneda al aire y que ella decida si tenéis que comprar el balón de fútbol o el equipo de magia. Y lo que no podáis comprar ahora, lo podéis pedir para Navidad. ¿Os parece una buena idea?

Los niños se miraron haciendo una mueca, sin apartarse ninguno de Natasha.

-Bastante buena.

-No, tenéis que decir que es muy buena, si no, os daré un coscorrón.

Los dejó discutiendo sobre qué moneda utilizarían para el fatal desenlace.

-Has confundido tu vocación -comentó Annie cuando los hermanos salieron de la juguetería con el balón de fútbol.

-¿Y a qué viene eso?

-Deberías estar trabajando en la ONU -señaló hacia el escaparate. Los niños se pasaban la pelota mientras se alejaban-. Hay pocos niños tan difíciles de tratar como los hermanos Freedmont.

-Primero he conseguido que me teman, y después les he ofrecido una salida digna.

-¿Lo ves? Definitivamente, habrías sido perfecta para trabajar en la ONU.

Natasha sacudió la cabeza riendo.

-Me temo que hay otros problemas que no son tan fáciles de resolver -cediendo en contra de su voluntad, miró nuevamente hacia la rosa. Si pudiera pedir un deseo en aquel momento, sería que apareciera alguien capaz de resolver su problema.

Una hora más tarde, sintió que alguien le tiraba de la falda.

-Hola.

-Hola, Freddie.

Intentó arreglar la coleta que la niña llevaba atada con el mismo lazo que Natasha le había regalado el día de su primera visita a la tienda.

-Qué guapa estás hoy.

Freddie sonrió radiante y le preguntó, de mujer a mujer:

-¿Te gusta mi pantalón?

Natasha miró con atención el peto vaquero, evidentemente nuevo.

-Sí, me gusta mucho. Yo tengo uno igual.

-¿De verdad? -nada, desde que Freddie había decidido convertir a Natasha en su particular heroína, podría haberle complacido más-. Me lo ha comprado mi padre.

-Qué bien -a pesar de lo que su sentido común le recomendaba, escudriñó la tienda, buscándolo-. ¿El... bueno, te ha traído él?

-No, me ha traído Vera. Ha dicho que podía mirar todo lo que quisiera.

-Claro. Me alegro de que hayas venido -y era cierto, advirtió Natasha. Tan cierto como que estaba estúpidamente desilusionada porque no la había llevado su padre.

-Se supone que no tengo que tocar nada -Freddie metió sus anhelantes manos en los bolsillos-. Vera ha dicho que tenía que verlo todo con los ojos, no con las manos.

-Es un buen consejo -un consejo que a Natasha no le habría importado transmitir a algunos pequeños de dedos rápidos-. Pero hay cosas que sí se pueden tocar, solo tienes que pedírmelo.

-De acuerdo. Me voy a meter en el grupo de las exploradoras, y tendré uniforme y todo.

-Eso es maravilloso. Cuando lo tengas, ¿vendrás a enseñármelo?

Una radiante sonrisa dividió en dos el rostro de Freddie.

-De acuerdo, tiene gorra y todo, y voy a aprender a hacer cojines, y palmatorias y muchas otras cosas. Haré algo para ti.

-Me encantaría.

-Mi padre me ha dicho que esta noche vas a ir a cenar con él a un restaurante.

-Bueno, yo...

-A mí no me gustan mucho los restaurantes. Solo me gusta la pizza, así que me quedaré en casa y Vera nos hará tortitas a JoBeth y a mí. Las vamos a comer en la cocina.

-Qué plan tan divertido.

-Si no te gustan los restaurantes, puedes venir tú también a cenar con nosotras.

Vera siempre hace muchas tortitas.

Con un suspiro de impotencia, Natasha se agachó para atarle un cordón del zapato.

-Gracias.

-Tu pelo siempre huele bien.

Adorando ya a la pequeña, Natasha se inclinó hacia ella.

-El tuyo también.

Freddie acarició fascinada los oscuros rizos de Natasha.

-Me gustaría que mi pelo fuera como el tuyo. El mío es liso como una pared -añadió, recordando el comentario que siempre le hacía su tía Nina.

Natasha acarició los frágiles mechones de Freddie y sonrió.

-Cuando yo era pequeña, todos los años poníamos un ángel encima del árbol de Navidad. Era muy bonito, y tenía el pelo como el tuyo.

Freddie se ruborizó de placer.

-Ah, aquí estás -Vera se abrió paso entre los niños. Llevaba un carrito de la compra en una mano y una bolsa en la otra-. Vamos, vamos, tenemos que volver a casa, no vaya a ser que tu padre piense que nos hemos perdido -le tendió la mano a Freddie y saludó con un gesto a Natasha-. Buenas tardes, señorita.

-Buenas tardes -Natasha arqueó la ceja con curiosidad. Volvía a sentirse escrutada por los ojos oscuros de aquella mujer, que, además, parecía estar esperando algo, pensó Natasha-. Espero que Freddie vuelva pronto por aquí.

-Seguro que sí. Para una niña, es tan difícil resistirse a los encantos de una juguetería como para un hombre resistirse a una mujer hermosa.

Vera dejó que Freddie se adelantara por el pasillo y caminó tras ella. Ni siquiera se volvió cuando la niña dio media vuelta para despedirse.

-Y bien -musitó Annie-. ¿A qué ha venido eso?

Con una sonrisa carente por completo de humor, Natasha se colocó una horquilla en el pelo.

-Yo diría que esa mujer cree que tengo planes para su jefe.

Annie soltó un bufido impropio de una dama.

-Y yo diría que es su jefe el que tiene planes para ti. Ojalá tuviera yo tanta suerte -suspiró, un poco envidiosa-. Ahora que ya sabemos que nuestro vecino no está casado, ya no se le puede sacar ningún defecto. ¿Por qué no me has contado que ibas a salir con él?

-Porque no pienso hacerlo.

-Pero he oído que Freddie te decía...

-Me invitó a salir -le aclaró Natasha-, pero le dije que no.

-Ya entiendo -tras una breve pausa, Annie inclinó la cabeza-. ¿Cuándo tuviste el accidente?

-¿Qué accidente?

-Ese que te ha dañado el cerebro.

El semblante de Natasha se aclaró, soltó una carcajada y caminó hacia el

escaparate.

-Estoy hablando en serio -dijo Annie en cuanto tuvieron cinco minutos libres-. El profesor Kimball es maravilloso, está soltero y ... -se inclinó sobre el mostrador para oler la rosa-. Deliciosa. ¿Por qué no sales un poco antes de la juguetería y te pones a pensar en cosas serias, como, por ejemplo, en qué te vas a poner esta noche?

-Ya sé lo que me voy a poner esta noche: la bata.

Annie no pudo evitar una sonrisa.

-¿No crees que te estás precipitando un poco? Yo pienso que la bata debería esperar hasta la tercera cita por lo menos.

-No va a haber ni siquiera una primera cita -Natasha le dirigió una sonrisa al pequeño cliente que se acercaba a la caja registradora.

Annie tardó otros cuarenta minutos en disponer de tiempo para continuar la conversación. -¿De qué tienes miedo?

-De hacienda.

-Tash, estoy hablando en serio.

-Yo también -se le cayeron los pasadores otra vez, y se los quitó' irritada-. Todos los americanos tienen miedo de hacienda.

-Estamos hablando de Spence Kimball.

-No -la corrigió Natasha-, eres tú la que estás hablando de Spence Kimball.

-Pensaba que éramos amigas.

Sorprendida por su tono, Natasha dejó de ordenar los coches de carreras que sus pequeños clientes habían desordenado.

-Y lo somos, lo sabes.

-Las amigas hablan entre ellas, Tash, confían la una en la otra -suspiró y hundió las manos en los bolsillos de sus anchos vaqueros-. Mira, sé que te ocurrió algo antes de venir aquí, algo que todavía no has conseguido superar, pero de lo que nunca hablas. Hasta ahora, he pensado que, como buena amiga tuya, lo mejor que podía hacer era no preguntarte por ello.

¿Había sido tan obvia?, se preguntó Natasha. Durante todo ese tiempo, había estado convencida de que había enterrado profundamente el pasado y todo lo que tenía que ver con él. Sintiendo un poco impotente, alargó el brazo para tomar la mano de su amiga.

-Gracias.

Annie se encogió de hombros y se volvió para cerrar la puerta principal. La tienda estaba vacía y el bullicio de la tarde ya solo era un eco.

-¿Recuerdas cuando Don Newman me dejó y me permitiste llorar en tu hombro?

Natasha apretó los labios con fuerza.

-Ese hombre no se merecía tus lágrimas.

-Pero disfruté llorando por él -respondió Annie con una rápida y divertida sonrisa-. Necesitaba llorar, y gritar, y gemir, incluso emborracharme un poco. Y tú estuviste a mi lado, diciendo todas esas cosas tan desagradables sobre él.

-Esa fue la parte más fácil -recordó Natasha-. Era un burro orejudo -le encantó

utilizar el insulto de los Freedmont.

-Sí, pero un burro terriblemente atractivo -se permitió recordar Annie-. En cualquier caso, me ayudaste a pasar ese momento tan duro, hasta que llegué a la conclusión de que estaba mejor sin él. Pero tú nunca has necesitado mi hombro, porque nunca has permitido que ningún hombre atravesara esto -alzó la mano y presionó un muro imaginario.

Divertida, Natasha se inclinó sobre el mostrador.

-¿Y eso qué es?

-El Gran Campo de Fuerza Stanislaski -le dijo Annie-. Garantizado para repeler a hombres de veinticinco a cincuenta años.

Natasha arqueó una ceja, sin estar muy segura de si debería continuar mostrándose divertida.

-No sé si estás intentando halagarme o insultarme.

-Ninguna de las dos cosas. Simplemente, escúchame un momento, ¿quieres?

-Annie tomó aire, intentando no precipitarse al decir algo que debería dejar caer poco a poco-. Tash, te he visto deshacerte de hombres con la misma facilidad con la que te deshaces de un mosquito. Y sin pensártelo dos veces -añadió al ver que Natasha permanecía en silencio-. Nunca te he visto pensar dos veces en un hombre tras haberle cerrado la puerta en las narices educadamente. Incluso te he admirado por ello, por estar tan segura de ti misma, tan satisfecha, que ni siquiera necesitabas tener una cita los sábados para que el ego no se te cayera por los suelos.

-No estoy segura de mí misma -musitó Natasha-. Simplemente apática en cuanto a las relaciones.

-De acuerdo -asintió Annie lentamente-, eso lo admito. Pero creo que esta vez es diferente.

-¿Ah sí? -Natasha rodeó el mostrador y comenzó a cuadrar las cuentas del día.

-¿Lo ves? Sabes que voy a mencionarlo y ya te pones nerviosa.

-No estoy nerviosa -mintió Natasha.

-Claro que sí. Has estado nerviosa, malhumorada y distraída desde que Kimball entró en la tienda hace un par de semanas. Desde hace tres años, no te he visto dedicarle a ningún hombre más de cinco minutos de tus pensamientos. Hasta ahora.

-Eso es solo porque es mucho más irritante que la mayoría -ante la mirada astuta de Annie, Natasha renunció a seguir negándolo-. De acuerdo... hay algo -admitió-. Pero no me interesa.

-Tienes miedo de que te interese.

A Natasha no le gustó cómo sonaba aquella frase, pero se obligó a encogerse de hombros. -Es lo mismo.

-No, no lo es -Annie posó la mano sobre la de su amiga y se la estrechó-. Mira, no pretendo empujarte a los brazos de ese tipo. Por lo poco que sé sobre él, bien podría haber asesinado a su esposa y tenerla enterrada en el jardín. Lo único que quiero decirte es que no estarás bien contigo misma hasta que no dejes de tener miedo.

Annie tenía razón, pensaba Natasha más tarde, sentada en su cama. Estaba de

mal humor y distraída. Y tenía miedo. No de Spence, se aseguró Natasha. Jamás volvería a tener miedo de ningún hombre. Pero sí de los sentimientos que podía remover. Sentimientos que había olvidado y que no quería volver a recordar.

¿Eso significaba que ya no iba a ser capaz de controlar sus sentimientos? No. ¿Y significaba acaso que tendría que actuar irracional e impulsivamente solo

porque el deseo había decidido irrumpir de nuevo en su vida? Definitivamente no.

Solo tenía miedo porque todavía tenía que probarse a sí misma, pensó Natasha, mientras se acercaba al armario. De modo que aquella noche iría a cenar con el insistente profesor Kimball, para demostrarse que era una mujer fuerte, perfectamente capaz de resistirse a una fugaz atracción y volver después a la normalidad.

Natasha contempló su guardarropa con el ceño fruncido. Con un nervioso movimiento, sacó un vestido de color azul con un cinturón de plata. No era que quisiera arreglarse para él. En realidad, Spence era totalmente irrelevante. Pero aquel era uno de sus vestidos favoritos y rara vez tenía oportunidad de ponerse algo que no fuera la ropa de trabajo.

Spence llamó a su puerta a las siete y veintiocho minutos. Y Natasha se odió a sí misma por la ansiedad con la que había estado mirando el reloj durante toda la tarde. Se había pintado los labios dos veces, había revisado en más de una ocasión el contenido de su bolso y había deseado fervientemente haber tardado algo más en arreglarse.

Se estaba comportando como una adolescente, se dijo mientras caminaba hacia la puerta. Aquello era solo una cena, la primera y la última que pretendía compartir con él. Y Spence solo era un hombre, añadió mientras abría la puerta.

Un hombre sobrecogedoramente atractivo.

Estaba maravilloso, fue lo único que Natasha pudo pensar al verlo con el pelo peinado hacia atrás y esa media sonrisa en los ojos. A Natasha jamás se le había ocurrido pensar que un hombre pudiera estar tan devastadoramente sexy con traje y corbata.

-Hola -Spence le tendió otra rosa.

Natasha estuvo a punto de suspirar. Era una pena que aquel traje gris no le diera un aire más magistral. Tomó la rosa y se la acercó a la mejilla.

-No han sido las rosas las que me han hecho cambiar de opinión.

-¿Sobre qué?

-Sobre cenar contigo -retrocedió, comprendiendo que no le quedaba otra opción que permitirle pasar mientras ponía la flor en agua.

Spence sonrió, exasperándola con aquel aspecto encantador y presuntuoso al mismo tiempo.

-¿Y qué ha sido lo que te ha convencido?

-Tengo hambre -dejó una chaquetilla de terciopelo en el brazo del sofá-. Voy a poner la flor en agua. Siéntate si quieres.

No iba a ceder ni un ápice, pensó Spence mientras la veía alejarse.

Extrañamente, aquello solo servía para instigar su interés. Tomó aire y sacudió la cabeza. Era increíble. Justo cuando acababa de convencerse de que no había otra fragancia más atractiva que la del jabón, Natasha se ponía un perfume que le hacía pensar en la media noche y en música de violines.

Decidiendo que estaría más a salvo si pensaba en otra cosa, estudió la habitación. A Natasha le gustaban los colores vivos, se dijo, fijándose en los cojines de color esmeralda que descansaban sobre un sofá de color zafiro. Había un enorme jarrón de cobre a su lado, lleno de sedosas plumas de pavo real. Por toda la habitación había velas de diferentes formas y tamaños, desprendiendo una romántica fragancia a vainilla, jazmín y gardenia. En una estantería colocada en una esquina, se apretujaba un amplio espectro de libros, que iban desde la literatura popular de ficción, hasta los más consagrados clásicos, pasando por los autores locales menos conocidos.

Las mesas estaban abarrotadas de recuerdos, fotos enmarcadas, ramos de flores secas y un grupo de caprichosas figuritas inspiradas en los cuentos de hadas. Había una casita de caramelo no más grande que la palma de su mano, una Caperucita Roja, un cerdito asomando la cabeza por la ventana de una casita de paja y una hermosa mujer sosteniendo un zapatito de cristal.

Instalaciones prácticas, colores vivos y cuentos de hadas, reflexionó Spence, acariciando el zapatito de cristal. Una combinación tan intrigante como la propia Natasha.

Al oír que regresaba a la habitación, Spence se volvió.

-Son preciosas -comentó, señalando una de las figuras-. A Freddie le encantarían.

-Gracias, las hace mi hermano.

-¿Las ha hecho tu hermano? -fascinado, Spence tomó la casita de caramelo y la estudió de cerca. Estaba tallada en madera pulimentada y tan cuidadosamente pintada que cada caramelo o piruleta parecía comestible-. Es increíble. Rara vez se encuentran artesanías de tanta calidad.

Fueran cuales fueran sus reservas, Natasha sintió una inmediata simpatía hacia él. Cruzó la habitación y se sentó a su lado.

-Se ha dedicado a esculpir y a tallar madera desde que era niño. Algún día, sus obras estarán en los museos.

-Deberían estar ya.

La sinceridad de su voz atacó el punto más vulnerable de Natasha: el Amor de la joven hacia su familia.

-No es tan fácil. Es muy joven, cabezota y orgulloso, así que continúa dedicándose a la carpintería, en vez de dedicarse a tallar madera. Pero algún día... -miró sonriente su colección-. Estas las hizo especialmente para mí, por lo mucho que me esforcé para poder leer el inglés en ese libro de cuentos de hadas que estaba en una de las cajas que nos dieron en la iglesia cuando llegamos a Nueva York. Los dibujos eran tan bonitos que yo estaba desesperada por conocer las historias a las que se referían.

Se interrumpió, avergonzada por haber hablado tanto de sí misma.

-Creo que deberíamos salir.

Spence se limitó a asentir, decidido a continuar indagando hasta que Natasha le contara algo más sobre su vida.

-Deberías ponerte la chaqueta -la levantó del sofá-. Está haciendo frío.

El restaurante que había elegido Spence estaba a muy poca distancia, situado en una de las colinas que se cernían sobre Potomac. Si Natasha hubiera tenido que imaginar qué tipo de restaurantes frecuentaría el profesor, habría supuesto que Spence elegiría un lugar tranquilo, elegante y con un servicio rápido y discreto como aquel. Después de la primera copa de vino, se dijo que debía relajarse y disfrutar.

-Freddie ha estado hoy en la tienda.

-Ya me he enterado -divertido, Spence alzó su copa-. Quiere tener el pelo rizado.

La estupefacción inicial de Natasha dio paso a una sonrisa. Tomó la copa con las dos manos. -Oh, es tan dulce.

-Para ti es fácil decirlo. Yo acabo de llenarle el pelo de trenzas.

Para su sorpresa, Natasha se imaginó a Spence trenzando pacientemente los lacios y frágiles cabellos de Freddie.

-Es preciosa -volvió a su mente la imagen de la niña sentada en el regazo de Spence-. Tiene los ojos como los tuyos.

-No me mires ahora -musitó Spence-, pero creo que acabas de hacerme un cumplido.

Natasha levantó la carta, sintiéndose terriblemente torpe.

-Para suavizar el ambiente -repuso-. Estoy a punto de pedir la cena y te advierto que hoy me he saltado la comida.

Como si quisiera confirmar sus palabras, pidió generosamente. Mientras estuviera comiendo, imaginó Natasha, sería más fácil controlar la situación. Durante los aperitivos, procuró dirigir la conversación hacia temas que habían tratado en clase. Estuvieron hablando cómodamente sobre la música de la última parte del siglo quince, sus diferentes armonías y sus músicos viajeros. Spence apreciaba la curiosidad y el

interés sincero de Natasha, pero estaba decidido a conducir la conversación hacia temas más personales.

-Háblame de tu familia.

Natasha se metió un pedazo de langosta empapada en salsa en la boca, disfrutando de su delicado y casi decadente sabor.

-Soy la mayor de cuatro hermanos -comenzó a decir, siendo bruscamente consciente de que Spence comenzaba a acariciarle la mano que había posado en la mesa. Alejó la mano de su alcance. Aquella maniobra, obligó a Spence a levantar su copa para disimular una sonrisa.

-¿Todos erais espías?

Una chispa de genio se unió a las luces que las velas llevaban a los ojos de Natasha.

-Por supuesto que no.

-Me lo preguntaba, por lo reacia que eres a hablar de ello -con el semblante serio, se inclinó hacia ella-. ¿No vas a decirme cuál era vuestra contraseña?

A Natasha le temblaron los labios antes de estallar en una carcajada.

-No -se metió otro pedazo de langosta y lo masticó lentamente, disfrutando de su olor, de su sabor y textura-. Tengo dos hermanos y una hermana. Mis padres todavía viven en Brooklyn.

-¿Y por qué viniste a vivir aquí?

-Quería cambiar de ambiente -se encogió de hombros-. ¿Tú también?

-Sí -apareció un leve ceño entre sus cejas mientras la estudiaba-. Dijiste que tenías la misma edad que Freddie cuando viniste a los Estados Unidos. ¿Tienes muchos recuerdos de aquella época de tu vida?

-Por supuesto -por alguna razón, Natasha tenía la sensación de que estaba pensando más en su hija que en los recuerdos que ella pudiera tener de Ucrania-. Siempre he pensado que las impresiones que recibimos durante los primeros años de vida nunca se borran. Ya sean buenas o malas, nos ayudan a ser quienes somos -se inclinó hacia delante con una sonrisa-. Dime, ¿qué recuerdos tienes de cuando tenías cinco años?

-Me recuerdo sentado al piano haciendo escalas -era un recuerdo tan nítido que estuvo a punto de echarse a reír-. Disfrutando de la fragancia de las rosas del invernadero y observando la nieve caer a través de la ventana. Debatiéndome entre continuar haciendo los ejercicios de piano o salir a jugar al parque con mi niñera.

-Tú niñera -repitió Natasha, divertida, pero sin ninguna sombra de burla. Posó la barbilla en la mano y se inclinó hacia él, seduciéndolo involuntariamente con las sombras que el juego de luces proyectaba en su rostro-. ¿Y qué hiciste?

-Las dos cosas.

-Así que eras un niño responsable.

Spence deslizó el dedo por su muñeca, provocándole un escalofrío. Antes de que Natasha retirara la mano, Spence pudo sentir su pulso agitado.

-Y qué recuerdos tienes tú de los cinco años?

Estaba tan enfadada por su forma de reaccionar a su caricia, que estaba decidida a no mostrarle nada. Se limitó a encogerse de hombros.

-Mi padre traía leña para el fuego. Entraba con la cabeza y el abrigo cubierto de nieve. Recuerdo a un bebé llorando, mi hermano pequeño. El olor del pan que mi madre horneaba. Y cómo me hacía la dormida mientras oía a mi padre hablándole a mi madre de escapar.

-¿Pasaste miedo?

-Sí.

Su mirada se turbó con los recuerdos. Natasha no solía mirar al pasado, no tenía necesidad de hacerlo. Pero cuando lo hacía, los recuerdos no fluían a su mente con la borrosa cualidad de los sueños, sino con la nitidez del cristal.

-Oh sí, mucho miedo. Mucho más del que he pasado nunca.

-¿Me hablarás de ello?

-¿Por qué?

Los ojos de Spence parecían haberse oscurecido mientras los mantenía fijos en el rostro de Natasha.

-Porque quiero comprenderlo.

Natasha quería cambiar de tema, a pesar de que las palabras se agolpaban en su mente. Pero la memoria permanecía demasiado viva para ignorarla.

-Esperamos hasta la primavera y solo nos llevamos lo que podía caber en un carro. No se lo dijimos a nadie, a nadie en absoluto, y nos montamos en el tren. Mi padre dijo que nos íbamos a visitar a una hermana de mi madre que vivía en el oeste. Pero creo que había alguien que sabía la verdad, alguien que nos observó marcharnos con los rostros cansados y mirada asustada. Mi padre tenía unos documentos falsificados y también un mapa con el que quería evitar a los guardias de la frontera.

-¿Entonces solo erais cinco?

-Estábamos a punto de ser seis -deslizó el dedo por el borde de la copa con expresión pensativa-. Mikhail tenía entre cuatro y cinco años, Alex solo dos. Por la noche, cuando podíamos arriesgarnos a encender una hoguera, nos sentábamos alrededor de mi padre y él nos contaba cuentos. Aquellas noches eran las mejores. Nos quedábamos dormidos escuchando su voz y oliendo el humo del fuego. Cruzamos las montañas para llegar a Hungría. Tardamos cerca de noventa y tres días en llegar.

Spence no podía imaginárselo, ni siquiera cuando podía verlo claramente reflejado en sus ojos. Natasha hablaba en voz baja, pero en ella se reflejaban toda la riqueza de aquella experiencia. Pensando en aquella pequeña niña, le tomó la mano y esperó a que Natasha continuara.

-Mi padre lo había planeado durante años. Quizá llevara soñando con ello toda su vida. Tenía nombres de personas dispuestas a ayudar a los desertores. Aquello era una guerra, la guerra fría, pero yo era demasiado pequeña para comprenderlo. Lo único que entendía era el miedo, el miedo de mis padres y de las personas que nos ayudaron. De Hungría nos llevaron furtivamente a Austria. Y la iglesia nos posibilitó la llegada a América. Pasó mucho tiempo hasta que dejé de temer que llegara la policía a casa para llevarse a mi padre.

Regresó de nuevo al presente, sintiéndose avergonzada por todo lo que había contado, y sorprendida al descubrir su mano firmemente atrapada en la de Spence.

-Son experiencias demasiado duras para una niña.

-También recuerdo el día que comí mi primer perrito caliente.

Sonrió y tomó la copa de vino otra vez. Jamás había hablado de aquello. Ni siquiera con su familia. Y en ese momento, mientras lo hacía, sentía una necesidad desesperada de cambiar de tema.

-Y el día que mi padre llevó la televisión a casa -continuó-. Ninguna infancia, ni siquiera la de los que la viven rodeados de niñeras, es del todo segura. Pero todos crecemos. Ahora yo soy propietaria de un negocio y tú eres un respetado compositor. ¿Por qué ya no compones? -sintió que la mano de Spence se tensaba sobre la suya-. Lo

siento -se disculpó rápidamente-. No tengo derecho a preguntártelo.

-No te preocupes -relajó nuevamente la mano-. No compongo porque no puedo.

Natasha vaciló un instante, y casi inmediatamente dijo en un impulso:

-Conozco tu música. Es imposible que algo tan intenso desaparezca.

-La verdad es que durante los últimos dos años no me ha preocupado mucho. Solo últimamente comienza a inquietarme otra vez.

-No deberías ser tan paciente.

Cuando Spence sonrió, Natasha sacudió la cabeza con impaciencia. Spence le sujetaba la mano con fuerza.

-No, lo digo en serio. La gente siempre está buscando el momento indicado, el humor indicado y el lugar indicado, y así van pasando los años. Si mi padre hubiera esperado hasta ser más mayor, todavía estaríamos en Ucrania. Hay cosas que no pueden esperar. La vida es muy, muy corta.

Spence podía sentir la urgencia en la manera en la que Natasha se aferraba a su mano. Y podía ver la sombra del arrepentimiento en su mirada. Las razones de ambos sentimientos lo intrigaban tanto como sus palabras.

-Quizá tengas razón -dijo lentamente, y se llevó la mano de Natasha a los labios-. Esperar no es siempre la mejor respuesta.

-Se está haciendo tarde -Natasha liberó su mano y la posó, apretada en un puño, en su regazo. Pero eso no evitó el calor que se extendía por su brazo-. Deberíamos irnos.

Cuando Spence la acompañó hasta la puerta, estaba relajada otra vez. Y durante el corto trayecto hasta su casa, Spence la hizo reír contándole las estrategias de Freddie para despertar su interés por los gatitos.

-Creo que lo de cortar fotografías de gatos de las revistas para hacerte un póster fue muy inteligente -se volvió para apoyarse contra la puerta de su casa-. ¿Vas a dejarle tener uno?

-Estoy intentando no parecerle un incauto.

Natasha se limitó a sonreír.

-En las casas grandes y antiguas como la tuya, suele haber ratones en invierno. De hecho, creo que, con una casa de ese tamaño, lo más inteligente sería quedarse con dos de los cachorros de JoBeth.

-Si Freddie es capaz de convencerme de eso, podrá convencerme de cualquier cosa -enredó uno de los rizos de Natasha en su dedo-. Y tú tendrás que someterte a un interrogatorio la semana que viene.

Natasha arqueó las cejas.

-¿Me está chantajeando, profesor Kimball?

-Puedes apostar.

-Pues me temo que tendré que soportar ese interrogatorio, porque tengo la sensación de que Freddie sería capaz de convencerte de que te quedaras con la camada entera si se lo propusiera en serio.

-Solo me quedará con el gatito gris.

-Así que ya has ido a verlos.

-Un par de veces. ¿No vas a invitarme a pasar? -No.

-De acuerdo -deslizó las manos por su cintura. -Spence...

-Solo estoy siguiendo tu consejo -susurró mientras acercaba los labios a su barbilla-. Estoy intentando no ser tan paciente -la estrechó contra él y buscó el lóbulo de su oreja con los labios -. Y tomar lo que quiero -le mordisqueó el labio inferior-, sin perder el tiempo.

Entonces estrechó sus labios contra su boca. Saboreó la acidez del vino en sus labios y supo que eso bastaría para emborracharlo. Los sabores de Natasha eran ricos, exóticos, embriagadores. Al igual que la llegada del otoño que se insinuaba en el aire, su sabor le hacía pensar en hogueras y nieblas espesas. Y su cuerpo estaba ya presionándose contra el suyo, en un instantáneo y mutuo reconocimiento.

La pasión no creció, no nació a partir de un susurro. Explotó de tal forma que incluso el aire que los rodeaba pareció estremecerse.

Aquella mujer lo convertía en un hombre imprudente. Sin saber siquiera lo que estaba susurrando, recorrió su rostro con los labios, volviendo, siempre volviendo, a su boca hambrienta y ardiente. Con rudas caricias, deslizó las manos sobre ella.

A Natasha le daba vueltas la cabeza. Ojalá pudiera creer que solo se debía al vino. Pero sabía que era él, solo él, el que le hacía sentir aquel aturdimiento, aquella desesperación. Quería ser acariciada. Por él. Con un gemido, echó la cabeza hacia atrás y sintió el trazo urgente de sus labios por su cuello.

Y sintió que aquello no estaba bien. Todos los miedos y dudas se arremolinaban en su interior, dejando en ella huecos que suplicaban ser llenados. Pero cuando estuvieron llenos de aquel líquido y vibrante placer, el miedo creció.

-Spence -hundió los dedos en sus hombros; estaba librando una guerra terrible entre la necesidad de detenerlo y el deseo imposible de pedirle que continuara-. Por favor...

Spence estaba temblando tanto como ella. Al cabo de unos segundos, enterró el rostro en su pelo.

-Cuando estoy contigo me ocurre algo extraño, no consigo explicármelo.

Natasha deseaba abrazarlo desesperadamente, pero se obligó a dejar caer los brazos a ambos lados de su cuerpo.

-No puedo continuar. Esto no puede continuar.

Spence retrocedió, solo lo suficiente para poder enmarcarle el rostro con las manos. El frío de la noche y el calor de la pasión habían llevado el color a sus mejillas.

-Aunque quisiera detenerlo, cosa que no quiero, no podría hacerlo.

Natasha continuaba mirándolo a los ojos, intentando no dejarse conmover por el delicado roce de sus manos.

-Quieres acostarte conmigo.

-Sí -no estaba seguro de si quería reírse o maldecirla por ser tan práctica-. Pero no es tan sencillo.

-El sexo nunca lo es.

Spence la miró con los ojos entrecerrados.

-No estoy interesado en disfrutar contigo del sexo.

-Pero acabas de decir...

-Quiero hacer el amor contigo. Eso es diferente.

-A mí no me interesa el romanticismo.

El enfado que relampagueó en sus ojos se desvaneció tan rápidamente como había aparecido.

-Entonces lo siento. Tendré que desilusionarte, porque cuando haga el amor contigo, sea cuando sea, te aseguro que va a ser muy romántico -antes de que Natasha pudiera hacer nada para evitarlo, cerró la boca sobre sus labios-. Y esa es una promesa que pretendo mantener.

5

-¡Natasha! ¡Eh, Natasha!

Al ser tan bruscamente sacada de sus improductivos pensamientos, Natasha alzó la mirada y miró a Terry. Llevaba una larga bufanda blanca con rayas amarillas para protegerse de la repentina bajada de las temperaturas que había cubierto la ciudad de escarcha. Mientras corría tras ella, iba apartándose torpemente la bufanda. Para cuando llegó a su lado, tenía las gafas en la punta de la nariz y la nariz enrojecida por el frío.

-Hola, Terry.

Aquella corta carrera lo había dejado sin respiración y tuvo que detenerse para no agravar su agitación.

-Hola. Estaba... Te he visto dirigirte a clase -en realidad llevaba esperándola cerca de veinte minutos.

Sintiéndose un poco como una madre con un hijo algo patoso, le colocó las gafas y le ajustó la bufanda alrededor del cuello. Con su respiración agitada, Terry consiguió que se le empañaran los cristales de las gafas.

-Deberías haberte puesto guantes -le dijo, y le palmeó la mano helada.

Abrumado, Terry intentó hablar, pero solo consiguió emitir un sonido estrangulado.

-¿Estás acatarrado? -Natasha buscó en su bolso, sacó un pañuelo de papel y se lo ofreció.

Terry se aclaró ruidosamente la garganta.

-No -pero tomó el pañuelo y se prometió conservarlo hasta la muerte-. Me estaba preguntando si esta noche, después de clase, ya sabes... si no tienes nada que hacer... Bueno, entonces a lo mejor podríamos tomar un café. Dos cafés -se corrigió desesperado-. Quiero decir, que tú tomarás un café y yo otro -mientras lo decía, su rostro iba adquiriendo un sospechoso tono verduzco.

El pobre chico estaba muy solo, pensó Natasha, ofreciéndole una sonrisa ausente.

-Claro.

No le haría ningún daño pasar un par de horas con él, decidió mientras entraba en clase. Y así dejaría de pensar en...

Dejaría de pensar en el hombre que estaba esperando a la entrada de la clase, reflexionó Natasha con el ceño fruncido; el hombre que la había besado dos veces hasta dejarla sin respiración y que en aquel momento reía con una llamativa rubia que no debía tener ni veinte años.

Con una mueca malhumorada, se sentó en su pupitre y enterró la cabeza en el libro de texto.

Spence supo el momento exacto en el que Natasha entró en el aula. Y sintió una más que pequeña gratificación al ver los celos reflejados en su rostro, antes de que la joven decidiera esconder la cara tras el libro. Aparentemente, el destino no se había portado demasiado mal al mantenerlo hasta arriba de tareas, tanto profesionales como personales durante las dos últimas semanas. Entre la cañería agujereada, las reuniones de la asociación de padres y del grupo de exploradoras y las reuniones en la facultad, no había tenido ni una sola hora libre. Pero las cosas iban a tranquilizarse otra vez. Estudió lo poco que podía ver de la cabeza de Natasha. Tenía intención de recuperar cuanto antes el tiempo perdido.

Sentado en el borde del escritorio, inició una exposición sobre las diferencias entre la música sacra y la profana durante el barroco.

Natasha no quería mostrarse interesada. Y estaba segura de que Spence lo sabía. ¿Por qué si no habría solicitado su opinión en dos ocasiones?

Oh, era un tipo inteligente, pensó. Ni el más ligero gesto, ni el más mínimo cambio de entonación en su voz reveló que mantenía una relación más personal con ella que con el resto de sus alumnos. Nadie en toda la clase podría sospechar que su amable e incluso brillante profesor la había besado hasta dejarla sin sentido no una ni dos, sino tres veces. En ese momento, estaba hablando sobre los desarrollos operísticos de principios del diecisiete.

El jersey de cuello alto y la chaqueta tweed: daban un aire informalmente elegante y completamente responsable. Y, por su puesto, como siempre ocurría, tenía a toda la clase en las palmas de aquellas hermosas y elocuentes manos que empleaba para reforzar sus argumentos. Cuando sonrió al oír el comentario de uno de los alumnos, Natasha oyó suspirar a la joven rubia que estaba sentada dos asientos detrás de ella. Y como ella había estado a punto de hacer algo parecido, se enderezó rígidamente en el asiento.

Probablemente, habría cientos de mujeres dispuestas a salir con él, se dijo. Un hombre con su aspecto, que hablaba como él y besaba como él, seguro que tenía que estar muy solicitado. Era el típico hotnbro que hacía promesas en medio de la noche a una mujer y terminaba despertándose en la cama de otra.

En fin, era una suerte que ella ya no creyera en aquel tipo de promesas.

Algo estaba ocurriendo en el interior de esa preciosa cabeza, pensó Spence. Natasha estaba escuchándolo como si él conociera la respuesta a todos los misterios del universo y de pronto se había sentado rígidamente y había fijado la mirada en el

vacío, como si estuviera deseando estar en cualquier otro lugar. Spence habría jurado que estaba enfadada, y que su enfado tenía que ver directamente con él. El porqué era algo que escapaba totalmente de su alcance.

Cada vez que había intentado hablar con ella después de clase durante las últimas semanas, Natasha había salido disparada de la universidad. Pero aquella noche intentaría ser más rápido que ella.

Natasha se levantó en cuanto terminó la clase. Spence la vio sonreír al chico que estaba sentado tras ella y agacharse después para recoger los libros y el bolígrafo que el chico había tirado al levantarse.

¿Cómo se llamaba aquel joven?, se preguntó Spence. Maynard. Eso era. El señor Maynard asistía a varias de sus clases y conseguía pasar completamente inadvertido en todas ellas. Pero, en aquel momento, el discretísimo señor Maynard estaba agachado, rozando con la rodilla la pierna de Natasha.

-Creo que ya está todo -Natasha empujó amistosamente las gafas de Terry para impedir que se cayeran.

-Gracias.

-Y no te olvides la bufanda -le advirtió. Miró entonces hacia arriba. Alguien le estaba tendiendo la mano para ayudarla a levantarse-. Muchas gracias, profesor Kimball.

-Me gustaría hablar contigo, Natasha.

-¿De verdad? -miró brevemente la mano que Spence posaba en su brazo y fue a buscar el abrigo y los libros. Sintiendo como si estuviera otra vez en medio de una partida de ajedrez, decidió contrarrestar agresivamente su movimiento-. Lo siento, tendrás que esperar. Tengo una cita.

-¿Una cita? -consiguió decir Spence, conjurando inmediatamente la imagen de un tipo gallardo, alto, moreno y musculoso.

-Sí, discúlpame -sacudió la mano con la que Spence le agarraba el brazo para ponerse el abrigo.

Puesto que los dos hombres que tenía a ambos lados parecían igualmente paralizados, se cambió los libros de brazo y se puso la otra manga del abrigo.

-¿Ya estás listo, Terry?

-Bueno, sí, claro -fijaba la mirada en Spence con una mezcla de admiración y turbación-. Pero puedo esperar si quieres hablar antes con el profesor Kimball.

-No es necesario -lo agarró del brazo y se dirigió con él hacia la puerta.

Mujeres, pensó Spence mientras se sentaba tras el escritorio. Había aceptado ya el hecho de que nunca las había comprendido. Y estaba empezando a pensar que jamás lo haría.

-Caramba, ¿no crees que deberías haber esperado para saber lo que quería el profesor Kimball?

-Ya sé lo que quiere -dijo entre dientes, mientras empujaba la puerta de la facultad. El frío viento del otoño enfrió sus mejillas-. Y no estoy de humor para discutir esta noche.

Cuando Terry tropezó en la irregular acera, Natasha se dio cuenta de que prácticamente lo estaba arrastrando y aminoró el paso.

-Además, pensaba que íbamos a ir a tomar un café.

-Y es cierto -cuando Natasha le sonrió, se ajustó la bufanda como si fuera a estrangularse.

Fueron caminando a un pequeño café en el que la mitad de las mesas estaban vacías. En la barra, dos hombres hablaban quedamente sobre sus respectivas cervezas. En una esquina, una pareja se besaba, ignorando por completo sus bebidas. A Natasha siempre le había gustado aquel café, con su luz tenue y las fotos de James Dean y Marilyn. Olía a tabaco y a vino. Había un enorme aparato estéreo en una estantería en el que sonaba un viejo tema de Chuck Berry, a suficiente volumen como para compensar la falta de clientes. Al sentarse, Natasha sintió la vibración de los bajos a través de la silla.

-Ponnos un café, Joe -le gritó al hombre que estaba detrás de la barra. Apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante-. Entonces -le dijo a Terry-, ¿cómo va todo?

-Muy bien -no se lo podía creer. Estaba allí, sentado con ella. Tenían una cita. Ella misma lo había dicho.

Iba a tener que animarlo un poco. Con paciencia, Natasha se quitó el abrigo. El calor del bar la obligó a subirse las mangas de la sudadera por encima del codo.

-Para ti todo esto debe resultarte muy diferente. ¿Dónde me dijiste que habías estudiado?

-Me gradué en el estado de Michigan -como los lentes se le habían empañado otra vez, veía a Natasha envuelta en una fina y misteriosa niebla-. Cuando... cuando me enteré de que el profesor Kimball iba a dar clases aquí, decidí matricularme en esta universidad.

-Así que viniste aquí por Spence... por el profesor Kimball, quiero decir.

-No quería perder esta oportunidad. El año pasado fui a Nueva York para oírlo en una conferencia -Terry levantó la mano y estuvo a punto de tirar el, azucarero-. Es increíble.

-Supongo que sí -musitó Natasha mientras les servían el café.

-¿Dónde te habías metido? -le preguntó el camarero a Natasha, apretándole cariñosamente el hombro-. No te he visto en todo el mes.

-El negocio va demasiado bien. ¿Cómo está Darla?

-Ya ha pasado a la historia -le guiño un ojo-. Ahora puedo ser todo tuyo, Tash.

-Lo tendré en cuenta -con una risa, se volvió hacia Terry-. ¿Te ocurre algo? -le preguntó al ver que intentaba aflojarse el cuello de la camisa. -Sí. No. ¿Ese es... tu novio?

-Mi... -para evitar soltar una carcajada delante de Terry, bebió un sorbo de café-. ¿Te refieres a Joe? No -se aclaró la garganta y bebió otra vez-. No, no es mi novio. Solo somos... -buscó la palabra adecuada-, colegas.

-Oh -exclamó Terry, con una mezcla de alivio e inseguridad-. Solo pensaba que

él... bueno.

-Estaba bromeando -deseando tranquilizarlo, le apretó cariñosamente la mano-. Y qué me dices de ti, ¿te está esperando una novia en Michigan?

-No. No hay nadie, nadie en su absoluto -volvió la mano y agarró con fuerza la de Natasha.

Oh, Dios, al darse cuenta de lo que ocurría, Natasha se quedó boquiabierta. Solo una estúpida no se habría dado cuenta, pensó, mientras fijaba la mirada en los admirados y miopes ojos de Terry. Una estúpida, añadió para sí, que estaba demasiado pendiente de sus propios problemas para darse cuenta de lo que estaba pasando delante de sus narices. Iba a tener que andarse con cuidado, decidió. Con mucho cuidado.

-Terry -comenzó a decir-, eres un encanto.

Bastaron aquellas palabras para que a Terry comenzara a temblarle la mano... Y la taza de café terminara en su camisa. Con un movimiento rápido, Natasha se levantó, agarró un servilletero y comenzó a limpiarlo.

-Es una suerte que aquí nunca sirvan el café caliente. Lávate la camisa con agua fría y no se notará nada.

Abrumado, Terry le tomó las manos. Natasha había inclinado la cabeza y la fragancia de su pelo lo estaba mareando.

-Te amo -le espetó e intentó buscar su boca; pero las gafas se deslizaron hasta la punta de su nariz.

Natasha sintió sus labios en la mejilla, fríos y temblorosos. Y comprendió que intentar ser cuidadosa no era la mejor forma de abordar aquella difícil situación. Había que recurrir a la firmeza. Y rápido.

-No, no me amas -dijo con voz enérgica, al tiempo que lo apartaba para evitar que se manchara con el café derramado en la mesa.

-¿No?

La respuesta de Natasha lo había dejado completamente confundido. Aquello no se parecía nada a las fantasías que había ido tejiendo. En una de ellas, la salvaba de ser atropellada por una furgoneta que había perdido los frenos. En otra, le tocaba la canción que había estado componiendo para ella y Natasha, presa de pasión, caía sollozante en sus brazos. Pero su imaginación no había alcanzado a recrear a Natasha limpiándole el café de la camisa y diciéndole que no estaba enamorado de ella en absoluto.

-Claro que sí -replicó, tomándole la mano otra vez.

-Eso es ridículo -respondió Natasha-. Tú me caes bien y yo te caigo bien.

-No, es mucho más que eso. Yo...

-De acuerdo, ¿y por qué estás enamorado de mí?

-Porque eres guapísima -consiguió decir mientras fijaba la mirada en su rostro-. Eres la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida.

-¿Y eso te parece suficiente? -separó su mano de la de Terry y apoyó en ella la barbilla-. ¿Y si te dijera que yo antes era una ladrona, o que me gusta atropellar

animales con el coche? O es posible que haya estado casada tres veces y haya asesinado a todos mis maridos mientras dormían.

-Tash...

Natasha soltó una carcajada, pero resistió la tentación de pellizcarle la mejilla.

-Lo que quiero decir, es que no me conoces lo suficiente como para amarme. Si de verdad me conocieras, no le darías tanta importancia a mi aspecto.

-Pero... pero pienso continuamente en ti.

-Porque te has convencido a ti mismo de que sería hermoso estar enamorado de mí -Terry parecía tan desolado que Natasha posó la mano sobre la suya-. Pero me siento muy halagada.

-¿Eso significa que no saldrás conmigo?

-Ahora mismo estoy saliendo contigo -empujó la taza de café frente a él-. Pero como amigos -dijo antes de que creciera de nuevo la esperanza en su mirada-. Soy demasiado mayor para ser otra cosa que tu amiga.

-No, no lo eres.

-Oh, claro que sí -de pronto Natasha se sentía como si tuviera cien años-. Claro que lo soy.

-Crees que soy estúpido -musitó Terry. La emoción y la confusión iniciales dieron paso a una terrible humillación. Terry sentía que las mejillas le ardían.

-No, claro que no -suavizó la voz y buscó sus manos otra vez-. Terry, escucha...

Pero antes de que pudiera hacer nada para impedirlo, Terry empujó su silla y se levantó.

-Tengo que irme -y sin más, salió corriendo del café.

Maldiciéndose a sí misma, Natasha tomó la bufanda que se había caído al suelo. No tenía sentido seguirlo en aquel momento. Terry necesitaba tiempo. Y ella necesitaba un poco de aire fresco.

Las hojas estaban empezando a caer y las que ya habían escapado de los árboles volaban por las aceras empujadas por el viento. Era la clase de día que Natasha adoraba, pero en ese momento apenas reparó en ello. Había dejado el café sin terminar para salir a dar un largo paseo por la ciudad.

Mientras se dirigía hacia su casa, se dijo al menos una docena de veces que debería haber tratado mejor el encaprichamiento de Terry. Por culpa de su torpeza, había herido a un joven sensible y vulnerable. Algo que podía haber evitado si hubiera prestado un mínimo de atención a lo que estaba pasando delante de sus narices.

Y, sin embargo, se había dejado cegar por sus sentimientos hacia otro hombre.

Ella sabía demasiado bien lo que era creer que se estaba enamorado, desesperadamente enamorado. Y sabía también lo que dolía descubrir que la persona a la que amabas no correspondía esos sentimientos. Ya fuera cruel o amable, el rechazo de la persona amada siempre dolía.

Dejó escapar un suspiro y acarició con la mano la bufanda que llevaba en el bolsillo. ¿Alguna vez habría sido ella tan confiada e indefensa? Sí, se contestó a sí misma. Y mucho, mucho más.

Ya era hora, pensó Spence mientras la veía acercarse hacia casa. Y, evidentemente, tenía sus pensamientos a miles de kilómetros de allí. Posiblemente estaría pensando en su cita, decidió, intentando no rechinar los dientes. Pues bien, iba a asegurarse de que en menos de unos segundos tuviera algo más en que pensar.

-¿No te ha traído a casa?

Natasha se paró en seco con un involuntario gemido. Bajo la luz del porche, vio a Spence allí sentado. Era lo último que necesitaba, pensó mientras se pasaba la mano por el pelo. Con Terry se había sentido como si estuviera pateando a un cachorrillo indefenso. Y en aquel momento iba a tener que enfrentarse a un lobo enorme y hambriento.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-Congelarme.

Natasha estuvo a punto de soltar una carcajada. La respiración de Spence se convertía en vapor frente a su rostro. Con aquel viento helado, la temperatura debía estar rondando los cinco grados centígrados. Al cabo de un momento, Natasha decidió que demostraría ser muy poco solidaria si se alegraba de que Spence hubiera pasado las últimas horas sentado en el frío cemento.

Spence se levantó mientras ella continuaba acercándose a la casa. ¿Cómo podía haberse olvidado de lo alto que era?, se preguntó Natasha al verlo erguido.

-¿No has invitado a tu amigo a tomar una copa?

-No -tomó el picaporte y abrió la puerta. No necesitó la llave porque, al igual que la mayor parte de los habitantes de la ciudad, casi siempre la dejaba abierta-. Si lo hubiera invitado, te habría puesto en una situación muy embarazosa.

-No sé si «embarazosa» sería la palabra más adecuada.

-En cualquier caso, supongo que puedo considerarme afortunada al no haberte encontrado esperándome dentro de casa.

-Lo habría hecho -musitó-, si se me hubiera ocurrido intentar abrir la puerta.

-Buenas noches.

-Espera un maldito momento -metió la mano en la rendija de la puerta antes de que Natasha pudiera cerrársela en las narices-. No he estado aquí sentado durante horas por gusto. Quiero hablar contigo.

Hubo algo satisfactorio en el breve e infructuoso forcejeo que se produjo en la puerta.

-Es tarde.

-Y cada vez lo será más. Si me cierras la puerta ahora, voy a aporrearla hasta que todos tus vecinos se asomen a la ventana.

-Cinco minutos -le dijo en tono deferente-. Te invitaré a una copa de brandy y te irás.

-Eres todo corazón, Natasha.

-No -dejó el abrigo en el respaldo del sofá-. Te aseguro que no.

Desapareció en la cocina sin decir una palabra más. Cuando volvió con dos copas de brandy, Spence estaba en el centro de la habitación, con la bufanda de Terry entre las manos.

-¿A qué estás jugando, Natasha?

Natasha dejó la copa de Spence en la mesa y bebió un pequeño sorbo de la suya.

-No sé a qué te refieres.

-¿Qué haces saliendo con chicos sin ninguna experiencia?

Natasha enderezó la espalda y tensó inmediatamente la voz.

-Con quien salga o deje de salir no creo que sea asunto tuyo.

-Claro que lo es -replicó Spence, siendo en ese momento consciente de lo mucho que le importaba.

-No, no lo es. Y Terry es un joven muy amable.

-«Joven» me parece una palabra más que adecuada -Spence tiró la bufanda a un lado-. Desde luego, es demasiado joven para ti.

-¿De verdad? -una cosa era que ella lo dijera y otra que Spence lo lanzara como una acusación-. Creo que eso tendría que decidirlo yo.

Había habido otro tiempo en el que Spence se había considerado amable y considerado con las mujeres. Pero al parecer esa época ya había pasado.

-Entonces quizá debería decir que eres demasiado vieja para él.

-Oh, sí -a pesar de sí misma, Natasha comenzó a ver el lado cómico de la situación-. Eso está mucho mejor. ¿Vas a tomarte la copa o te la vas a poner?

-Me la beberé, gracias -alzó la copa, pero en vez de llevársela a los labios, miró de nuevo alrededor de la habitación.

Estaba celoso, comprendió. Era patético, pero estaba celoso de un estudiante torpe y casi tartamudo. Y por culpa de aquel absurdo sentimiento, se estaba poniendo en ridículo.

-Escucha, quizá debería empezar otra vez.

-No sé por qué quieres volver a empezar algo que no debería haber comenzado nunca.

Pero como un perro hambriento que acabara de atrapar un hueso, Spence no era capaz de dejar de roer.

-Es más que evidente que no es tu tipo. Natasha lo fulminó con la mirada.

-Ah, ¿y puede saberse cuál es mi tipo? Spence alzó su mano libre.

-De acuerdo, solo una pregunta más antes de que me muerda definitivamente la lengua. ¿Estás interesada en él?

-Por supuesto que sí -inmediatamente se maldijo a sí misma; era imposible utilizar a Terry como barricada contra Spence-. Es un chico muy agradable.

Spence casi se relajó, tomó la bufanda otra vez y la colocó sobre el respaldo del sofá.

-¿Que haces con su bufanda?

-La he traído porque se la dejó en el café -al verla, tan clara y luminosa frente a los colores oscuros de su sofá, se sintió como la más maligna mujer fatal-. Se la ha

dejado después de que le haya roto el corazón. Piensa que está enamorado de mí -se dejó caer en una silla, sintiéndose miserable-. Oh, vete, no sé por qué estoy hablando contigo.

La mirada desolada de Natasha hizo sonreír a Spence, que le acarició cariñosamente el pelo. Pero se lo pensó mejor y decidió mantener su tono enérgico.

-Estás hablando conmigo porque estás muy afectada y yo soy el único que está aquí.

-Supongo que sí -no protestó cuando Spence se sentó frente a ella-. Es un chico muy dulce y nervioso, y yo no tenía ni idea de lo que sentía, o de lo que pensaba que sentía. Debería haberme dado cuenta, pero no he sido consciente de ello hasta que Terry se ha tirado el café en la camisa, y... No te rías de él.

Spence, que continuaba sonriendo, sacudió la cabeza.

-No me estoy riendo de él. Créeme, sé exactamente cómo debe haberse sentido. Hay mujeres que le hacen sentirse a uno increíblemente torpe.

Sus miradas se encontraron.

-No coquetees conmigo.

-No pretendo coquetear contigo, Natasha.

Impaciente, Natasha se levantó y comenzó a pasear por la habitación.

-Estás cambiando de tema.

-¿De verdad?

Natasha sacudió la mano con impaciencia mientras caminaba.

-He herido sus sentimientos. Si hubiera sabido lo que estaba pasando, podría haberlo impedido. No hay nada -dijo apasionadamente-, nada peor que amar a alguien y ser rechazado.

-No -Spence lo comprendía. Y podía ver por las sombras que rodeaban sus ojos que también ella lo entendía-. Pero tú no crees que esté realmente enamorado de ti.

-Él lo cree. Le he preguntado que por qué lo piensa, ¿y sabes lo que me ha dicho?

-dio media vuelta, el pelo se arremolinó alrededor de su rostro con aquel movimiento-. Dice que está enamorado de mí porque soy guapa. Eso es.

Alzó las manos y comenzó a caminar otra vez. Spence se limitaba a observarla, fascinado por sus movimientos y por la cadencia musical que el enfado imprimía a su voz.

-Cuando lo ha dicho, me han entrado ganas de abofetearlo y gritarle que qué demonios le pasaba. Una cara solo es una cara, por Dios. Ese chico no sabe ni lo que pienso ni lo que siento. Pero como me miraba con esos ojos tan grandes y tan tristes, no he sido capaz de gritárselo.

-Conmigo no tienes ningún problema para gritar.

-Tú no tienes unos ojos grandes y tristes, y además no eres un chico que piensa que está enamorado.

-No soy un chico -confirmó, colocándose tras ella y agarrándola por los hombros. Aunque la sintió tensarse, la obligó a dar media vuelta-. Y de ti me gustan muchas más cosas que tu rostro, Natasha. Aunque también tu rostro me gusta mucho.

-Tú tampoco sabes nada de mí.

-Sí, claro que sí. Sé que has vivido situaciones que ni siquiera soy capaz de imaginar. Sé que amas y echas de menos a tu familia, que entiendes a los niños y los quieres de manera casi natural. Eres organizada, cabezota y apasionada -deslizó las manos por sus brazos para posarlas después otra vez en sus hombros-. Sé que has estado enamorada -la agarró con fuerza para evitar que se alejara-, y que no estás preparada todavía para hablar sobre ello. Tienes una mente curiosa y avispada y un gran corazón, y te gustaría no sentirte atraída por mí. Pero el caso es que te atraigo.

Natasha bajó levemente los párpados para ocultar sus ojos.

-Entonces parece que sabes más sobre mí que yo sobre ti.

-Eso es fácil arreglarlo.

-No sé por qué podría querer arreglarlo. O por qué debería intentar hacerlo.

Spence rozó sus labios, pero se apartó antes de que Natasha pudiera rechazarlo.

-Hay algo entre nosotros. Creo que esa debería ser razón suficiente.

-Quizá lo haya -comenzó a decir-. No -retrocedió cuando Spence intentó besarla otra vez-. No, por favor, esta noche no estoy muy fuerte.

-Una buena manera de hacerme sentirme culpable si decido aprovechar mi ventaja.

Natasha sintió una extraña mezcla de alivio y desilusión cuando Spence la soltó.

-Te invitaré a cenar -le dijo en un impulso.

-¿Ahora?

-Mañana. Solo a cenar -añadió, preguntándose si no debería estar arrepintiéndose ya de aquella invitación-. Si traes a Freddie.

-La encantará. Y a mí también, claro.

-Estupendo. Entonces, quedamos a las siete en punto -tomó el abrigo de Spence y se lo tendió-. Y ahora tendrás que irte.

-Deberías aprender a decir lo que piensas -medio riendo, Spence aceptó el abrigo-. Una cosa más.

-¿Solo una?

-Sí.

La rodeó con los brazos para darle uno de sus largos, duros y embriagadores besos. Tuvo la satisfacción de verla dejarse caer débilmente sobre el brazo del sofá cuando la soltó.

-Buenas noches -le dijo, y salió a la calle, donde tomó con gusto una bocanada de aire helado.

Era la primera vez que Freddie recibía una invitación para cenar en una cena de adultos y estaba esperando impaciente mientras su padre se afeitaba. Normalmente, le gustaba observarlo deslizar la cuchilla a través de la espuma que cubría su rostro. Había incluso veces en las que en secreto deseaba ser un niño para poder repetir algún día aquel ritual. Pero aquella noche tenía la sensación de que su padre estaba siendo terriblemente lento.

-¿Podemos irnos ya?

Todavía en bata, Spence se secó los restos de espuma.

-Quizá sea mejor esperar a que me ponga los pantalones.

Freddie elevó los ojos al cielo.

-¿Y cuándo te los vas a poner?

Spence la levantó en brazos y le mordisqueó suavemente el cuello.

-En cuanto te largues.

Tomándose su palabra al pie de la letra, Freddie corrió escaleras abajo, llegó al vestíbulo y comenzó a contar hasta sesenta. Cuando iba por el cincuenta, se sentó en el último escalón y comenzó a jugar con el cordón de su zapato izquierdo.

Freddie ya lo había averiguado todo. Su padre iba a casarse o con Tash o con la señorita Patterson, porque las dos eran muy guapas y tenían unas sonrisas preciosas. Después, la que se casara con él, iría a vivir con ellos a su casa nueva. Pronto tendrían un bebé. Ella prefería que fuera una niña, pero se conformaría con un hermanito, aunque los niños podían llegar a ser muy pesados. Todo el mundo estaría contento, porque todo el mundo se querría. Y su padre volvería a quedarse a tocar el piano hasta muy tarde por la noches.

Cuando oyó que Spence bajaba las escaleras, Freddie se levantó de un salto y giró para mirarlo.

-Papá, he contado hasta sesenta un millón de veces.

-Seguro que te has olvidado de la treintena otra vez -sacó el abrigo de Freddie del armario y la ayudó a ponérselo.

-No, no me he olvidado -o al menos no creía haberse olvidado-. Pero has tardado muchísimo -con un suspiro, lo empujó hacia la puerta.

-Todavía es pronto.

-A Natasha no le importará.

En ese momento, Natasha estaba metiéndose un jersey por la cabeza y preguntándose por qué habría invitado a nadie a cenar, particularmente a un hombre al que su intuición le pedía evitar. Llevaba todo el día distraída, preocupada por si estaría bien la cena y si el vino sería el adecuado para acompañarla. Y en ese momento se estaba cambiando de ropa por tercera vez.

Era algo completamente impropio de ella, se dijo a sí misma mientras miraba con el ceño fruncido su reflejo en el espejo. Aquel jersey azul y las mallas la tranquilizaron. Si llevaba un aspecto natural, decidió Natasha, todo le resultaría más fácil. Completó su atuendo con unos pendientes largos de plata, se atusó el pelo y corrió a la cocina. Acaba de comprobar la salsa cuando llamaron a la puerta.

Llegaban antes de la hora, pensó, permitiéndose soltar un juramento antes de correr a abrir la puerta.

Estaban maravillosos. Todo su nerviosismo se desvaneció en una sonrisa. La imagen de la niña agarrada con firmeza a la mano de su padre le llegó directamente al corazón. De forma natural, sin siquiera pensarlo, se agachó para besar a Freddie en ambas mejillas.

-Gracias por invitarme a cenar -Freddie recitó la frase y miró a su padre en busca de aprobación.

-De nada.

-¿A papá no lo vas a besar?

Natasha vaciló un instante y después advirtió la rápida y desafiante sonrisa de Spence.

-Por supuesto -posó formalmente los labios en sus mejillas-. Este es el recibimiento tradicional en ucrania.

-Le estoy muy agradecido a la glasnó -todavía sonriendo, Spence le tomó la mano y se la llevó a los labios.

-¿Vamos a cenar borchst? -quiso saber Freddie.

-¿Borchst? -preguntó Natasha arqueando la ceja mientras ayudaba a la niña a quitarse el abrigo.

-Cuando le he dicho a la señora Patterson que yo y papá íbamos a venir a cenar a tu casa, me ha dicho que los rusos llaman borscht a la sopa de remolacha -Freddie consiguió no decir que le parecía una palabra un poco grosera, pero Natasha se lo imaginó.

-Me temo que no vamos a comer sopa -le dijo muy seria-. Pero he hecho otros platos que son también tradicionales. Espaguetis y albóndigas.

Todo transcurrió de manera sorprendentemente fácil. Comieron en la vieja mesa abatible, al lado de la ventana, y la conversación fue desde los problemas de Freddie con la aritmética hasta la ópera Napolitana. Natasha solo necesitó un pequeño empujón para ponerse a hablar de su familia y Freddie se mostró muy interesada en saber lo que se sentía siendo la hermana mayor.

-No nos peleábamos mucho -reflexionó Natasha mirando el café, con Freddie sentada en sus rodillas-. Pero cuando lo hacíamos, casi siempre ganaba yo, porque era la mayor y la más gruñona.

-Ahora no eres gruñona.

-A veces sí, cuando estoy enfadada -miró a Spence, recordando y arrepintiéndose de haberle dicho que no se merecía a Freddie-. Pero pronto me arrepiento.

-Que la gente se pelee no significa que no se guste -musitó Spence.

Estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para no pensar en lo perfecta que le parecía la imagen de Freddie sentada en el regazo de Natasha. Estaba yendo demasiado lejos y demasiado rápido, se advirtió a sí mismo. Para todos los que estaban envueltos en aquella relación.

Freddie no estaba segura de comprender lo que su padre decía, al fin y al cabo, solo tenía cinco años. Pero entonces recordó que pronto tendría seis años.

-Va a ser mi cumpleaños.

-¿De verdad? -preguntó Natasha impresionada-. ¿Cuándo?

-Dentro de dos semanas. ¿Vendrás a mi fiesta?

-Me encantaría -Natasha miró a Spence mientras Freddie recitaba todos lo

maravillosos tesoros que había en la tienda.

No era muy prudente dejarse atrapar por la pequeña, se dijo. No cuando aquella niña estaba tan unida a su padre que le hacía anhelar a Natasha cosas que ella había dejado tras ella. Spence le sonrió. No, no era prudente en absoluto. Pero era imposible resistirse.

6

-Varicela -repitió Spence una vez más. Permanecía en el marco de la puerta, observando dormir a la pequeña-. El peor regalo posible de cumpleaños, pequeña.

Faltaban dos días para que Freddie cumpliera seis años y, por lo que el médico había dicho, para entonces su cuerpo entero estaría cubierto de aquel sarpullido que de momento solo cubría su vientre y su pecho.

Pronto se pasaría, le había dicho el pediatra. Pero la enfermedad tenía que seguir su curso. Para él era fácil decirlo, pensó Spence. Al fin y al cabo, él no era el padre de aquella niña que lo miraba con ojos llorosos. Y tampoco era su hija la que no bajaba de treinta y nueve grados de fiebre.

Freddie nunca había estado enferma, recordó Spence mientras se frotaba los ojos cansados. Oh, sí, de vez en cuando había tenido un catarro, pero nunca había tenido nada que no pudiera curar una aspirina infantil. Se pasó la mano por el pelo; Freddie gimió en medio del sueño e intentó buscar el frescor en la almohada.

La llamada de Nina no lo había ayudado. Spence había tenido que emplearse a fondo para evitar que se subiera al primer avión que saliera de Nueva York y se presentara en su casa. Pero lo que no había podido impedir era que Nina le dijera que, indudablemente, Freddie había agarrado la varicela porque asistía a la escuela pública. Era una tontería, por supuesto, pero cuando veía a su pequeña tumbada en la cama, con el rostro sonrojado por la fiebre, el sentimiento de culpa era casi insoportable.

La lógica le decía que la varicela era algo completamente normal en la infancia. Pero el corazón le reprochaba el no ser capaz de encontrar algo para curarla.

Por primera vez, se dio cuenta de lo mucho que deseaba tener a alguien a su lado. No para que se ocupara de todo o suavizara el lado más duro de la paternidad. No, solo para que estuviera allí. Para que comprendiera lo que se sentía cuando su hija estaba enferma, o triste, o dolida. Alguien con quien hablar en medio de la noche cuando la preocupación o el placer le impedían conciliar el sueño.

Y cuando pensaba en ese alguien, solo se le ocurría Natasha.

Sería un gran salto, se recordó mientras volvía al lado de la cama. Un paso que no estaba seguro de poder dar otra vez... Y mucho menos de poder caer en tierra con los dos pies.

Refrescó la frente de Freddie con el trapo húmedo que Vera le había llevado. La niña abrió los ojos. -Papá.

-Sí, bonita, estoy aquí.

A Freddie le temblaban los labios. -Tengo sed.

-Voy a buscarte una bebida fresca.

Enferma o no, Freddie sabía cómo aprovecharse de la situación.

-¿Puedo tomar un refresco de polvos? Spence le dio un beso en la mejilla.

-Claro, ¿de qué clase?

-De los azules.

-Azules entonces -la besó otra vez-. Ahora mismo vuelvo -estaba bajando ya las escaleras cuando sonó el teléfono y, al mismo tiempo, llamaron a la puerta-. Maldita sea, Vera, atiende el teléfono, ¿quieres? Yo abriré la puerta -al límite de la paciencia, abrió bruscamente la puerta.

La sonrisa que Natasha había estado ensayando durante toda la tarde desapareció inmediatamente de su rostro.

-Lo siento. Me temo que llego en un mal momento.

-Sí -pero la invitó a pasar-. Vera... oh, bien -añadió cuando vio que se acercaba el ama de llaves-. Freddie quiere un refresco de polvos azules.

-Yo lo prepararé -Vera cruzó las manos delante del delantal-. La señorita Barklay está al teléfono.

-Dile... -Spence se interrumpió y soltó una maldición cuando Vera frunció los labios. A Vera no le gustaba decirle nada a Nina-. De acuerdo, yo la atenderé.

-Creo que debería irme -dijo Natasha, sintiéndose muy tonta-. Solo he venido porque no habías ido a clase esta noche y me preguntaba si estarías bien.

-Es Freddie -Spence miró el teléfono y se preguntó si podría estrangular a su hermana a través de él-. Tiene varicela.

-Oh, pobrecita -tuvo que dominar la necesidad de subir a ver a la niña. No era hija suya, se recordó. Ni aquella era su casa-. No te molestaré más.

-Lo siento. Las cosas están un poco revueltas.

-No te preocupes. Espero que pronto se ponga bien. Y si necesitas algo, no dudes en llamarme.

En ese momento, Freddie llamó a su padre con una voz que era al mismo tiempo un lamento y un graznido.

Fue la mirada de impotencia que Spence dirigió hacia las escaleras la que hizo que Natasha ignorara los argumentos de su razón.

-¿Quieres que suba un momento? Puedo quedarme con ella hasta que la situación esté otra vez bajo control.

-No. Sí -Spence dejó escapar un largo suspiro. Si no hablaba con Nina en ese momento, lo único que conseguiría sería que volviera a llamar-. Te lo agradecería -corrió al teléfono-. Nina.

Natasha se guió por el resplandor de la luz, para llegar a la habitación de la pequeña. La encontró sentada en la cama y rodeada de muñecas. Dos enormes lagrimones corrían por sus mejillas.

-Quiero que venga mi papá -dijo, evidentemente triste.

-Ahora mismo vendrá -con el corazón destrozado, Natasha se sentó al borde de la cama y estrechó a Freddie en sus brazos.

-No me encuentro bien.

-Lo sé. Mira, suénate la nariz.

Freddie se quejó y apoyó la cabeza en el pecho de Natasha; suspiró, encontrando muy agradable la diferencia entre el duro pecho de su padre y el mullido de Vera.

-He ido al médico y me he tomado la medicina, pero ni siquiera así puedo ir mañana a la reunión de las exploradoras.

-Habrá otras reuniones en cuanto las medicinas te hagan efecto.

-Tengo varicela -anunció Freddie, debatiéndose entre la incomodidad y el orgullo-. Tengo fiebre y un sarpullido.

-Es una cosa muy tonta la varicela -dijo Natasha suavemente y colocó un despeinado mechón de pelo de la niña detrás de su oreja-. No sé a quién se le habrá ocurrido inventarla.

Los labios de Freddie se curvaron en una pequeña sonrisa.

-JoBeth la tuvo la semana pasada, y también Mikey. Ahora ya no podré celebrar mi fiesta de cumpleaños.

-Podrás celebrar la fiesta más adelante, cuando todo el mundo esté bien.

-Eso es lo que dice mi padre -una nueva lágrima comenzó a rodar por su mejilla-. Pero no es lo mismo.

-No, pero a lo mejor es preferible así.

Freddie miró con curiosidad el pendiente dorado de Natasha.

-¿Por qué?

-Así tendrás más tiempo para pensar en lo mucho que te vas a divertir. ¿Quieres que te acune?

-Soy demasiado mayor para que me acunen.

-Pero yo no -envolvió a Freddie en una manta y se acercó con ella en brazos a la mecedora. La despejó de peluches y colocó un conejito en los brazos de Freddie antes de sentarse-. Cuando yo era pequeña y estaba enferma, mi madre siempre me acunaba en una vieja y enorme mecedora que teníamos al lado de la ventana y me cantaba. Por mal que me encontrara, bastaba que me acunara para que me sintiera mejor.

-Mi madre no me acunaba -a Freddie le dolía la cabeza y tenía unas ganas terribles de meterse el pulgar en la boca, pero sabía que era demasiado mayor para hacerlo-. A ella no le gustaba.

-Eso no es verdad -instintivamente, tensó su abrazo-. Estoy segura de que te quería mucho.

-Quería que mi papá me llevara muy lejos.

Desconcertada, Natasha posó la mejilla en la cabeza de Freddie. ¿Qué podía decirle después de aquello? Las palabras de Freddie habían sido demasiado contundentes como para considerarlas producto de su fantasía.

-A veces la gente dice cosas que no siente y después se arrepiente mucho. ¿Tu padre te envió lejos de casa?

-No.

-¿Lo ves?

-¿Yo te gusto?

-Claro que me gustas -se mecía suavemente, hacia delante y hacia atrás-. Me gustas mucho.

Aquel movimiento, acompañado del delicado perfume y la voz de Natasha, consiguió tranquilizar a Freddie.

-¿Por qué no tienes una niña pequeña?

El dolor estaba allí, un dolor sordo, profundo. Natasha cerró los ojos, intentando vencerlo. -Quizá la tenga algún día.

Freddie enredó los dedos en el pelo de Natasha, buscando consuelo.

-¿Me cantarás como te cantaba tu madre?

-Claro que sí. Y tú intenta dormir. -No te vayas.

-No, me quedaré contigo un buen rato.

Spence las observaba desde el marco de la puerta. Bajo aquella tenue luz, le parecían dolorosamente bellas. Su hija, pequeña y con el pelo liso como la seda, en brazos de aquella mujer morena de piel dorada. La mecedora crujía mientras Natasha cantaba una vieja canción ucraniana que seguramente conocía desde la infancia.

Lo conmovió de forma tan completa, tan única, como lo había conmovido abrazarla. Pero a la vez era algo completamente diferente; algo que le transmitía tal serenidad que podría pasarse toda la noche mirándolas.

Natasha alzó la mirada y lo vio. Spence parecía tan triste que no pudo menos que sonreírle. -Ya está dormida.

Spence sentía una extraña debilidad en las piernas y esperaba que esa debilidad se debiera a las incontables veces que había tenido que subir y bajar las escaleras durante las últimas veinticuatro horas. Cediendo a aquella debilidad, se sentó en el borde de la cama.

Estudió el rostro sonrojado de su hija, que descansaba sereno en el hueco del brazo de Natasha.

-Parece que en vez de mejorar, cada vez está peor.

-Claro que mejor -acarició suavemente el pelo de Freddie-. Todos hemos pasado por eso cuando éramos niños. Y, por sorprendente que parezca, hemos sobrevivido.

Spence dejó escapar un largo suspiro.

-Supongo que me estoy comportando como un idiota.

-No, eres un encanto.

Lo observaba mientras continuaba meciéndose, preguntándose si habría sido muy difícil para él sacar adelante a aquella niña sin contar con el amor de una madre. Suficientemente difícil, decidió, como para que se mereciera al menos el mérito de haber conseguido que su hija creciera feliz y segura. Volvió a sonreírle.

-Cuando cualquiera de nosotros nos enfermábamos cuando éramos niños, y todavía hoy, mi padre acosaba al médico y después se iba a la iglesia a encender unas velas. Y cuando llegaba a casa, recitaba un viejo canto gitano que había aprendido de su madre. Cubría todos los frentes.

-De momento yo solo he acosado al médico -Spence consiguió sonreír-. ¿Crees que podrías recordar ese canto?

-Intentaré hacerlo por ti -se levantó con Freddie en brazos-. ¿La dejo en la cama?

-Gracias -entre los dos arreglaron la cama-. De verdad.

-De nada -Natasha miró a Spence por encima de la niña y, aunque sonrió, estaba empezando a sentirse incómoda-. Creo que debería marcharme. Los padres de las niñas enfermas necesitan descansar.

-Lo menos que puedo hacer por ti es ofrecerte una copa -levantó el vaso que había a los pies de la cama-. ¿Qué tal un refresco de polvos? Es de los azules.

-Creo que por esta vez pasaré -rodeó la cama para acercarse a la puerta-. Cuando baje la fiebre, seguro que se aburrirá. Entonces sí que tendrás que esforzarte en entretenerla.

-¿Alguna sugerencia? -tomó a Natasha de la mano mientras bajaban las escaleras.

-Pinturas. Unos lápices nuevos. Normalmente lo mejor es lo más simple.

-¿Cómo es posible que alguien como tú no tenga una docena de hijos? -no le hizo falta advertir que se tensaba para ser consciente de que acababa de cometer un error. Pudo ver la tristeza aparecer y desaparecer de sus ojos-. Lo siento.

-No tienes por qué -rápidamente recuperada, tomó su abrigo del perchero en el que lo había dejado-. Si te parece bien, me gustaría venir a ver a Freddie otro día.

Spence tomó el abrigo y la ayudó a ponérselo.

-Si no te apetece una de esas cosas azules, ¿qué tal un té? Agradecería que me acompañaras.

-De acuerdo.

-Solo... -se volvió y estuvo a punto de chocar con Vera.

-Yo prepararé el té -dijo el ama de llaves, después de dirigirle una última mirada a Natasha.

-Tu ama de llaves piensa que tengo planes para ti -le dijo Natasha en cuanto se aseguró de que Vera ya no podía oírla.

-Espero que no la desilusiones -dijo Spence mientras conducía a Natasha hacia el estudio de música.

-Me temo que os voy a desilusionar a los dos -se echó a reír y se acercó al piano-. Pero deberías estar muy ocupado. Todas las chicas jóvenes de la universidad hablan del profesor Kimball -presionó la lengua contra el interior de su mejilla-. Eres un tipo atractivo, Spence. La opinión popular está dividida entre tú y el capitán del equipo de fútbol.

-Muy divertido.

-Estoy bromeando, pero me divierte verte en apuros -se sentó y deslizó la mano por el teclado-. ¿Aquí es donde compones?

-Sí, aquí era donde componía.

-Es una pena que ya no lo hagas -Natasha tocó una serie de acordes-. El arte es más que un privilegio. Es una responsabilidad -intentó sacar una melodía y después, con un sonido de impaciencia, sacudió la cabeza-. No puedo tocar. Era demasiado mayor

cuando intenté aprender.

A Spence le gustaba verla sentada al piano, con el pelo cayendo sobre sus hombros y ocultando al mismo tiempo parte de su rostro. Sus dedos descansaban ligeros sobre el piano en el que Spence había tocado desde que era niño.

-Si quieres aprender, yo puedo enseñarte.

-Preferiría que compusieras una canción -era más que un impulso, pensó. Aquella noche Spence parecía necesitar un amigo. Sonrió y le tendió la mano-. Ven aquí, conmigo.

Spence alzó la mirada y vio que en ese momento entraba Vera con una bandeja.

-Déjala ahí mismo, Vera. Y gracias.

-¿Va a querer algo más?

Spence miró a Natasha. Sí quería algo más. Quería mucho más.

-No, buenas noches -oyó los pasos arrastrados del ama de llaves alejándose-. ¿Por qué estás haciendo esto?

-Porque necesitas reírte un poco. Ven, escribe una canción para mí. No tiene por qué ser buena.

Spence se echó a reír.

-¿Quieres que te escriba una canción mala?

-Puede ser terrible incluso. Cuando se la toques a Freddie se tapará las orejas y reirá como loca.

-¿Una canción terrible sobre todo lo que he hecho estos días? -al menos estaba suficientemente contento como para sentarse a su lado en el piano-. Pero si lo hago, tendrás que prometer solemnemente que no repetirás nada de lo que aquí escuches delante de mis alumnos.

-Con la mano en el corazón.

Spence comenzó a tocar las teclas. Natasha lo interrumpía de vez en cuando, para darle inspiración. No era tan terrible como podía haber sido, consideró Spence mientras tocaba un acorde. Nadie diría que era una canción brillante, pero tenía un primitivo encanto.

-Déjame intentarlo -Natasha se echó el pelo hacia atrás y se esforzó por repetir las notas.

-Aquí -como hacía en otras ocasiones con su hija, Spence puso las manos sobre las de Natasha para guiarla. La sensación, advirtió, era completamente diferente-. Relájate -le susurró al oído.

Natasha deseaba poder hacerlo.

-Odio hacer las cosas mal -consiguió decir. Con las palmas de las manos de Spence firmemente posadas sobre las suyas, luchaba para concentrarse en la música.

-Lo estás haciendo estupendamente -su pelo, suave y fragante, le acariciaba la mejilla.

Mientras se inclinaban sobre las teclas, a Spence no se le ocurrió pensar que no había tocado desde hacía años. Oh, sí, había tocado... Beethoven, Gershwin, Mozart y Bernstein, pero apenas se había divertido... Había pasado mucho tiempo desde la

última vez que se había acercado al piano solamente para divertirse.

-No, no, eso debería ser una Do menor.

Natasha tocó obstinadamente la Re mayor otra vez.

-Me gusta más así.

Spence le sonrió de oreja a oreja. -¿Quieres colaborar?

-En realidad creo que lo harás mejor sin mí.

-Yo no lo creo -la sonrisa de Spence desapareció mientras posaba una mano en la mejilla de Natasha-. De verdad, no lo creo.

Aquello no era lo que Natasha pretendía. Ella quería animarlo, ser su amiga. No pretendía despertar aquellos sentimientos en ambos, sentimientos que sabía sería mucho más prudente ignorar. Pero estaban allí, palpitantes. Por poderosa que fuera su fuerza de voluntad, no podía negarlos. Incluso el más ligero roce de sus dedos le causaba dolor, le hacía anhelar, le hacía recordar.

-El té se está enfriando -pero Natasha no se apartó. Ni siquiera intentó levantarse.

Cuando Spence se inclinó para rozar sus labios, se limitó a cerrar los ojos.

-Esto no puede conducirnos a ninguna parte -musitó.

-Ya lo ha hecho -Spence posó la mano en su espalda; una mano fuerte, posesiva, en marcado contraste con el delicado roce de sus labios-. Pienso en ti constantemente, en estar contigo, en acariciarte. Jamás he deseado a nadie como te deseo a ti.

Lentamente, deslizó la mano por su cuello. Desde allí descendió hasta su hombro y bajó por el brazo hasta que sus dedos se unieron sobre las teclas del piano.

-Es como la sed, Natasha, una sed constante. Y cuando estoy contigo, sé que tú sientes lo mismo.

Natasha quería negarlo, pero la hambrienta boca de Spence vagaba por su rostro, haciendo temblar la suya de deseo. Ella también necesitaba ser acariciada, también lo deseaba. En el pasado, le había resultado fácil fingir que ser deseada no era necesario. No, ni siquiera había tenido que fingirlo. Hasta que Spence había aparecido en su vida, había sido cierto.

Y de pronto, como si alguien hubiera abierto una puerta, como si alguien hubiera abierto una luz hasta entonces apagada, todo había cambiado. Lo anhelaba, le bastaba saber que la deseaba para que la sangre se le acelerara en las venas.

Disfrutaría de ello solo un instante, se dijo a sí misma mientras se aferraba a su pelo y estrechaba su boca contra la suya. Solo un momento.

Estaba allí otra vez, aquella sensación vertiginosa que estallaba en cuanto estaban juntos. Demasiado rápido, demasiado caliente, demasiado real para poder soportarlo. Demasiado impactante para poder resistirse.

Era como si Spence fuera el primero, aunque en realidad no lo fuera. Como si fuera el único, aunque eso fuera del todo imposible. Mientras se entregaba en aquel beso, deseaba desesperadamente que la vida pudiera comenzar otra vez en aquel momento, con él.

Allí había algo más que pasión. Las emociones que se agitaban dentro de ella casi

lo estaban ahogando. Había desesperación, miedo, y una generosidad sin fondo que lo estaba dejando estupefacto. Nada volvería a ser sencillo nunca más. Y al saberlo, una parte de Spence intentaba retroceder, pensar, razonar. Pero el sabor de Natasha, cálido, potente, lo arrastraba hasta el corazón del fuego.

-Espera -por primera vez, Natasha admitió su propia debilidad y apoyó la cabeza en su hombro-. Estamos yendo demasiado rápido.

-No -Spence hundió los dedos en su pelo-. Hemos tardado años en llegar hasta aquí.

-Spence -haciendo un enorme esfuerzo para recuperar el equilibrio, Natasha se enderezó-. No sé qué hacer -dijo lentamente, mirándolo-. Y para mí es muy importante saber lo que tengo que hacer.

-Creo que eso podemos averiguarlo -pero cuando se inclinó hacia ella para besarla otra vez, Natasha se levantó rápidamente y retrocedió.

-Para mí no es tan sencillo -nerviosa, se apartó el pelo de la cara con ambas manos-. Sé que puede parecer que lo es por mi forma de responderte. Y sé también que para los hombres es más fácil, de alguna manera, es algo menos personal.

Spence se levantó con deliberada lentitud. -¿Por qué no me explicas eso?

-Solo significa que sé que a los hombres les resulta más fácil justificar las cosas como esta.

-Justificar -repitió Spence, balanceándose sobre los pies. ¿Cómo podía haberse enfadado tan rápidamente cuando solo unos segundos atrás se sentía como si lo hubieran hechizado?-. Lo dices como si fuera un crimen.

-No siempre encuentro las palabras adecuadas -estalló-. Yo no soy profesora de universidad. No aprendí a hablar inglés hasta los ocho años, y no fui capaz de leerlo hasta mucho después.

Spence intentó controlar su mal genio mientras escrutaba su rostro. Sus ojos se habían oscurecido con algo que iba más allá del enfado. Natasha permanecía erguida frente a él, con la cabeza alta, pero Spence no era capaz de discernir si era la suya una postura orgullosa o defensiva.

-¿Y eso que tiene que ver con esto?

-Nada. Y todo -frustrada, dio media vuelta y salió al pasillo en busca de su abrigo-. Odio sentirme estúpida, odio ser estúpida. Yo no pertenezco a este lugar. Nunca debería haber venido.

-Pero lo has hecho -la agarró por los hombros y el abrigo voló hasta el primer peldaño de la escalera-. ¿Por qué has venido?

-No lo sé. Pero no importa el porqué.

Spence le apretó el hombro con impaciencia.

-¿Por qué tengo la sensación de que estamos teniendo dos conversaciones al mismo tiempo? ¿Qué es lo que está pasando por tu cabeza, Natasha?

-Te deseo -dijo Natasha apasionadamente-. Y no quiero desearte.

-Me deseas.

Antes de que Natasha pudiera apartarse, la estrechó contra él. No hubo

paciencia en aquel beso, y tampoco persuasión. Tomó todo lo que Natasha le entregaba, hasta que esta estuvo segura de que ya no le quedaba nada para darle.

-¿Y eso es lo que te molesta? -susurró contra sus labios.

Incapaz de resistirse, Natasha posó las manos en su rostro, dibujando su forma perfecta.

-Tengo motivos para que me moleste.

-Cuéntamelos.

Natasha sacudió la cabeza y en aquella ocasión, cuando retrocedió, Spence la soltó.

-No quiero que mi vida cambie. Si sucediera algo entre nosotros, tu vida no cambiaría, pero la mía seguro que sí. Quiero estar segura, ¿no lo entiendes?

-¿Vas a volver a repetirme que los hombres y las mujeres ven estos asuntos de manera diferente?

-Sí.

Aquello le hizo preguntarse a Spence quién habría sido el hombre que le había roto el corazón.

-Creo que eres demasiado inteligente para pensar de verdad lo que estás diciendo. Lo que siento por ti ya ha cambiado mi vida.

Aquello la aterrorizó, sobre todo porque estaba deseando creerlo.

-Los sentimientos vienen y van.

-Sí, algunos. ¿Pero qué ocurriría si te dijera que estoy enamorado de ti?

-No te creería -la voz le temblaba mientras se agachaba para recuperar el abrigo-. Y me enfadaría contigo por decírmelo.

Quizá fuera mejor esperar hasta que llegara el momento en el que pudiera hacer que lo creyera.

-¿Y si te dijera que hasta que te conocí no sabía que estaba solo?

Natasha bajó la mirada, mucho más conmovida por lo que acababa de decirle que por cualquier palabra de amor.

-Lo creería.

Spence quiso tocarla otra vez; pero se limitó a deslizar la mano por su pelo.

-¿De verdad lo crees?

Sus ojos eran más que elocuentes cuando lo miró. -Sí.

-Entonces piensa en esto. Yo no tenía intención de seducirte... No voy a decir que no haya pensado en ello, pero te aseguro que no pretendía que sucediera estando mi hija enferma en el piso de arriba.

-No me has seducido.

-Así que ahora has decidido arremeter contra mi ego.

Aquello le hizo sonreír.

-No ha habido seducción. La seducción conlleva planes de persuasión. Y yo no quiero ser seducida.

-Lo tendré en cuenta. En cualquier caso, no creo que quiera diseccionar todo lo que siento como si fuera un concierto de Beethoven. Eso echaría a perder todo el

romanticismo.

Natasha volvió a sonreír.

-Yo no quiero romanticismo.

-Pues es una pena -y además era mentira, añadió para sí, recordando cómo lo había mirado cuando le había regalado la rosa-. Puesto que la varicela me va a mantener ocupado durante un par de semanas, tendrás algún tiempo para pensar. ¿Vas a volver?

-Para ver a Freddie -se puso el abrigo y transigió-. Y para verte a ti.

Y volvió. Lo que comenzó como una rápida visita para llevarle a Freddie un bien merecido regalo, se convirtió en casi toda una tarde que dedicó a tranquilizar a una niña triste y cubierta de granos y a un agotado y frenético padre. Sorprendentemente, disfrutó terriblemente haciéndolo y, durante los diez días siguientes, se convirtió en un hábito pasarse por allí durante la hora del almuerzo para intentar encantar a una todavía recelosa Vera o después del trabajo para darle a Spence la hora de paz y tranquilidad que tanto deseaba.

En cuanto al romance, bañar a una niña con sarpullido en polvos de talco distaba mucho de ser algo romántico. A pesar de todo, Natasha se descubría a sí misma cada vez más atraída por Spence y más enamorada de su hija.

Vio a Spence haciendo todo lo que estaba en su mano para alegrar a su triste e incómoda paciente durante el día de su cumpleaños y después ella misma lo ayudó a elegir los dos gatitos que iba a recibir Freddie como regalo. A medida que el sarpullido fue desapareciendo y aumentando el aburrimiento, Natasha intentaba reemplazar la rápidamente agotada imaginación de Spence con sus propios cuentos. -Solo uno más.

Natasha arropó a Freddie hasta la barbilla. -Eso es lo que has dicho hace tres cuentos.

-Es que los cuentos muy bien.

-Adularme no va a servirte de nada. Ha llegado mi hora de irme a la cama

-Natasha miró el enorme despertador de Freddie y arqueó las cejas escandalizada-. Y la tuya.

-El médico me ha dicho que puedo volver al colegio el lunes por la mañana. Dice que ya no soy contagiosa.

-Contagiosa -la corrigió Natasha-. Te alegrarás de ver a tus amigos otra vez, ¿verdad?

-A casi todos -intentando ganar tiempo, Freddie jugueteó con el borde de las sábanas-. ¿Vendrás a verme cuando no esté enferma?

-Creo que podría -se inclinó sobre la cama para darle un abrazo y levantar a uno de los gatitos-. Así podré ver a Lucy y a Desi.

-Y a papá.

Natasha acarició recelosa los orejas de los gatitos. -Sí, supongo que sí.

-Te gusta, ¿verdad?

-Sí, es un buen profesor.

-Tú también le gustas.

Freddie no añadió que había visto a su padre besándola a los pies de la cama la noche anterior, cuando ambos pensaban que estaba dormida. Al verlos, había sentido algo extraño en el estómago. Pero, al cabo de un minuto, aquella extraña sensación le había parecido agradable.

-¿Te casarás con él y vendrás a vivir con nosotros?

-Vaya, ¿eso es una proposición? -Natasha consiguió sonreír-. Freddie, me alegro mucho de que me quieras, pero solo soy amiga de tu papá. Igual que soy amiga tuya.

-Si vinieras a vivir con nosotros, seguiríamos siendo amigas.

Aquella niña, se dijo Natasha, era tan inteligente como su padre.

-¿Y no podremos seguir siendo amigas si vivo en mi propia casa?

-Supongo que sí -empezó a hacer pucheros con el labio inferior-. Pero sería mejor que vivieras aquí, como la mamá de JoBeth. Ella hace galletas.

Natasha se inclinó hacia ella, rozando con la suya la nariz de la pequeña.

-Así que me quieres por mis galletas.

-Te quiero a ti -Freddie rodeó el cuello de Natasha con los brazos-. Y si vienes a vivir con nosotros seré muy buena.

Sorprendida, Natasha abrazó con fuerza a la niña y la mecía en sus brazos.

-Oh, pequeña, yo también te quiero.

-Entonces, te casarás con nosotros.

Dicho así, Natasha no sabía si echarse a reír o ponerse a llorar.

-No creo que el matrimonio sea la respuesta para ninguno de nosotros en este momento. Pero seguiré siendo tu amiga, y vendré a verte y a contarte cuentos.

Freddie exhaló un largo suspiro. Sabía perfectamente cuándo un adulto estaba eludiendo una respuesta, y se dio cuenta de que lo más sabio sería retroceder un poco. Particularmente cuando ya había tomado una decisión. Natasha era exactamente la madre que quería. Y, además, era una mujer capaz de hacer reír a su padre. Freddie decidió entonces que su más secreto y solemne deseo de Navidad sería que Natasha se casara con su padre y llevara a casa una hermanita.

-¿Me lo prometes? -le preguntó.

-Con la mano en el corazón -Natasha le dio un beso en cada mejilla-. Y ahora a dormir. Iré a buscar a tu padre para que suba a darte las buenas noches.

Freddie cerró los ojos y curvó los labios en una secreta sonrisa.

Con el gatito en brazos, Natasha bajó las escaleras. Había aplazado la contabilidad del mes y un inventario para ir a ver a Freddie aquella noche. De modo que le iba a tocar quedarse a trabajar hasta tarde, decidió, llevándose el gatito a la mejilla.

Iba a tener que empezar a ser prudente con Freddie, y consigo misma. Una cosa era que ella se enamorara de la pequeña y otra muy diferente que la niña la quisiera hasta el punto de desear que fuera su madre. ¿Pero cómo podía esperar que una niña de seis años comprendiera que los adultos a menudo tenían problemas y temores que les impedían elegir los caminos más sencillos?

La casa estaba en silencio, pero había luz en el estudio. Dejó en el suelo el gatito, sabiendo que saldría corriendo hacia la cocina.

Encontró a Spence en el estudio, estirado en el sofá, de forma que las piernas le colgaban de uno de los brazos. Con aquella desaliñada sudadera y los pies descalzos, su imagen estaba muy lejos de la de un brillante compositor o un profesor de música. No se había afeitado.

Natasha se vio obligada a admitir que aquella sombra sutil le hacía parecer incluso más atractivo, sobre todo combinada con su cabello despeinado y más largo de lo que lo llevaba habitualmente.

Se había quedado dormido con un cojín bajo la cabeza. Natasha sabía, porque Vera había sido suficientemente amable como para explicárselo, que Spence se había pasado dos noches sin dormir durante los peores accesos de fiebre de su hija.

Natasha era consciente también de que Spence había tenido que hacer juegos malabares para poder organizar sus horarios y estar en la universidad y en casa durante el día. En más de una ocasión, cuando había ido a verlo, lo había encontrado rodeado de papeles.

Al principio, Natasha veía a Spence como un hombre mimado, que había conquistado su talento y su posición casi desde su nacimiento. Y quizá había nacido con aquel talento, se dijo, pero había trabajado muy duro, por él y por su hija. Y no había nada que Natasha admirara más en un hombre.

Se estaba enamorando de él, admitió. De su sonrisa y su mal genio, de su devoción y de su dinamismo. Quizá, solo quizá, pudieran llegar a compartir algo. Con prudencia, con cuidado, sin promesas.

Natasha quería ser su amante. Jamás había deseado nada parecido. Con Anthony, simplemente había sucedido, había sido algo arrollador que al final la había dejado hecha añicos. Pero no ocurriría lo mismo con Spence. Nada ni nadie podría hacerle tanto daño otra vez. Y la existencia de Spence representaba una oportunidad, solo una oportunidad de ser feliz.

¿La aprovecharía? Con movimientos muy lentos, extendió la manta que había sobre el respaldo del sofá y cubrió a Spence con ella. Hacía mucho tiempo que no corría ningún riesgo. Quizá hubiera llegado el momento de hacerlo. Rozó su frente con un beso. Y quizá hubiera encontrado a un hombre por el que merecía la pena correrlo.

7

Un gato negro chilló tétricamente. Un violento golpe de viento abrió una puerta de goznes herrumbrosos y al tiempo que se oía un portazo, estallaba la carcajada de un loco. Se oía un sonido semejante al de la sangre borboteando por las paredes y bajando hasta el suelo mientras los prisioneros sacudían las cadenas. El final fue un grito penetrante seguido de un desesperado gemido.

-Muy buenos -comentó Annie tras oír aquellos efectos mientras hacía explotar una pompa de chicle en la boca.

-Debería haber encargado más objetos de estos -Natasha tomó una peluca

naranja y convirtió un inofensivo oso de peluche en un macabro Halloween-. Este es el último que me queda.

-Después de esta noche, tendrás que empezar a pensar en la Navidad -Annie se echó hacia atrás el gorro negro y sonrió, mostrando sus dientes ennegrecidos-. Mira, aquí vienen los Freedmont -se frotó las manos y cacareó como una bruja siniestra-. Si este disfraz realmente fuera bueno, debería ser capaz de convertirlos en ranas.

No lo consiguió, pero si venderles unas cicatrices de látex y sangre de pega.

-Me pregunto qué les tendrán reservado a sus vecinos estas criaturas para esta noche -musitó Natasha.

-Nada bueno -Annie se colocó bajo un murciélago-. ¿No deberías irte?

-Sí, ahora mismo -Natasha jugueteó con la cada vez más reducida sección de máscaras y narices-. Los morros de cerdo se venden mejor de lo que había imaginado. No sabía que había tanta gente deseando disfrazarse de ganado -tomó uno de ellos y se lo colocó en la nariz-. Quizá debería dejarlos en la tienda todo el año.

Reconociendo las tácticas de su amiga, Annie se pasó la lengua por los dientes para disimular una sonrisa.

-Has sido admirablemente amable al ofrecerte como voluntaria para decorar la casa de Freddie para la fiesta de esta noche.

-No me cuesta nada -respondió Natasha, odiándose por estar tan nerviosa. Dejó el morro de cerdo en su lugar y pasó un dedo por la trompa de un elefante que acompañaba unas gafas-. Como fui yo la que sugerí que celebrara una fiesta la noche de Halloween para sustituir a la de su frustrado cumpleaños, pensé que debería ayudar.

-Uh-uh. Me pregunto si su padre irá disfrazado de príncipe azul.

-Spence no es ningún Príncipe Azul.

-¿Será entonces el lobo feroz? -con una carcajada, Annie alzó las manos en gesto de paz-. Lo siento. Pero es que me encanta verte tan nerviosa.

-No estoy nerviosa -era una horrible mentira, admitió Natasha mientras empaquetaba lo que iba a ser su contribución a la fiesta-. Ya sabes, puedes venir si quieres.

-Y te lo agradezco. Pero prefiero quedarme en casa, para protegerla de los desmanes de esos terribles preadolescentes. Y no te preocupes -añadió antes de que Natasha pudiera decir nada-. Yo cerraré.

-De acuerdo. Quizá solo...

Natasha se interrumpió cuando oyó el tintinear de la puerta. Otro cliente, pensó, así dispondría de algo más de tiempo. Cuando se encontró frente a Terry, no fue capaz de decir quién de los dos estaba más sorprendido.

-Hola.

Terry tragó saliva, intentando deshacer el grandísimo nudo que se había formado en su garganta y bajó la mirada hacia el disfraz de la joven.

-¿Tash?

-Sí.

Esperando que ya la hubiera perdonado, sonrió y le tendió la mano. Terry se había cambiado de sitio en clase y cada vez que Natasha había intentado acercarse a él, la había esquivado. En aquel momento estaba atrapado, confundido e inseguro. Tocó la mano que Natasha le ofrecía y después se metió la mano en el bolsillo.

-No esperaba verte aquí.

-¿No? -Natasha inclinó la cabeza-. Esta es mi tienda -se preguntó si Terry estaría dándose cuenta de la razón que tenía al decir lo poco que la conocía y suavizó la voz-. Esta tienda es mía.

-¿Es tuya? -miró a su alrededor, incapaz de disimular la impresión que le causaba-. Caramba. Es impresionante.

-Gracias, ¿venías a comprar algo o solo a mirar?

Terry se ruborizó intensamente. Una cosa era entrar en una tienda, y otra muy distinta entrar en una tienda cuya propietaria era la mujer a la que había profesado su amor.

-Yo solo... bueno...

-¿Quieres algo para la noche de Halloween? -sugirió Natasha-. Creo que hay algunas fiestas en la universidad.

-Sí, bueno, he pensado que podría pasarme por un par de ellas. Supongo que es una tontería, pero...

-Halloween es un asunto muy serio en La Casa de la Diversión -le dijo Natasha solemnemente. Mientras hablaba, se oyó otro grito desgarrado por los altavoces-. ¿Lo ves?

Avergonzado de haberse sobresaltado, Terry esbozó una débil sonrisa.

-Sí. Bueno, estaba pensando en comprar una máscara o algo así. Ya sabes -hizo un gesto con sus manos enormes y huesudas y se las metió después en el bolsillo.

-¿Te gustaría parecer siniestro o divertido?

-Yo... eh... no he pensado en ello.

Natasha tuvo que resistir la necesidad de acariciarle comprensiva la mejilla.

-A lo mejor te haces una idea cuando veas lo que nos queda. Annie, este es mi amigo Terry Maynard. Es violinista.

-Hola -Annie observó cómo se deslizaban sus gafas hasta la punta de su nariz después de que la saludara con un nervioso asentimiento de cabeza y pensó que era adorable-. Se han llevado casi todo, pero todavía nos quedan algunas cosas interesantes. ¿Por qué no vienes a echar un vistazo? Yo te ayudaré a decidirte.

-Tengo que marcharme -Natasha comenzó a reunir sus bolsas, esperando que aquella visita hubiera situado su relación con Terry en un terreno más sólido-. Que disfrutes de la fiesta, Terry.

-Gracias.

-Annie, te veré mañana.

-De acuerdo. Y procura no jugar demasiado -echándose otra vez el gorro de bruja hacia atrás, le brindó a Terry una sonrisa-. Así que eres violinista, ¿verdad?

-Sí -le dirigió a Natasha una última y arrepentida mirada. Cuando se cerró la

puerta tras ella, sintió una punzada de dolor, pero muy pequeña-. Estoy recibiendo algunas clases en la universidad.

-Magnífico. ¿Y sabes tocar el Pavo en el Pajar?

Afuera, Natasha se debatía entre ir en coche o andando hasta su casa. El aire frío la ayudaba a despejar la mente. Los árboles habían cambiado. La gloriosa combinación de colores de la semana anterior, con aquella amalgama de naranjas, amarillos y rojos, se había transformado en un pardo rojizo. Las hojas, ya completamente secas, se desprendían de las ramas y se amontonaban en las aceras. En cuanto Natasha comenzó a caminar, las sintió crujir bajo sus pies.

Las flores más resistentes permanecían, pero con una fragancia muy intensa, muy diferente del pasado dulzor de las flores en verano. El aire era más frío, más limpio, pensó Natasha mientras disfrutaba de él.

Giró en la calle principal hacia una calle en la que los árboles rozaban los tejados de las casas. De los porches de todas ellas colgaban las calabazas, sonriendo mientras esperaban ser iluminadas. De vez en cuando, se veían máscaras con camisas y viejos vaqueros pendiendo de las ramas desnudas de los árboles. En los escalones se agrupaban brujas y fantasmas, esperando el momento de asustar y deleitar a los vecinos con sus trucos.

Si alguien le hubiera preguntado a Natasha por qué había elegido un lugar tan pequeño para vivir, aquella habría sido una de sus respuestas. Allí la gente se tomaba todo el tiempo necesario para vaciar una calabaza, para reunir un montón de ropa vieja y crear con todo ello un jinete sin cabeza. Aquella noche, antes de que saliera la luna, los niños empezarían a correr por las calles, vestidos de hadas y duendes. Sus bolsas terminarían llenas de dulces y galletas caseras, mientras los adultos fingirían no reconocer a aquellos diminutos payasos, demonios y vagabundos. Y de lo único que los niños tendrían miedo sería de que sus disfraces resultaran creíbles.

Su niña tendría ya siete años.

Natasha se detuvo un instante y se llevó la mano al estómago, hasta que consiguió bloquear la tristeza de aquel recuerdo. ¿Cuántas veces se había dicho a sí misma que aquello pertenecía al pasado? ¿Y cuántas veces había conseguido el pasado deslizarse de nuevo en su vida?

Tenía que reconocer que cada vez lo hacía con menos frecuencia, pero siempre era igualmente duro e inesperado. Podían pasar días, meses incluso, sin que aflorara, destrozándola, dejándola confundida, débil.

Oyó el sonido del motor de un coche y una bocina.

-Eh, Tash.

Natasha pestañeó varias veces y consiguió alzar la mano para saludar, aunque no consiguió identificar al conductor, que continuó alegremente su camino.

Tenía que volver al presente, se dijo a sí misma, pestañeando otra vez y fijando su mirada en el remolino de hojas que bailaba a sus pies. Estaba allí, no iba a volver al pasado. Años atrás, se había convencido de que solo había una dirección posible, que solo se podía seguir adelante. Tomó aire lentamente, y comprobó aliviada que había

conseguido recuperarse. Aquella noche no había tiempo para tristezas. Natasha le había prometido organizar una fiesta a una niña y pretendía hacerlo.

No pudo evitar una sonrisa mientras subía las escaleras de la casa de Spence. Este ya había estado trabajando, advirtió. Dos enormes calabazas flanqueaban el porche. Eran la Comedia y la Tragedia, una sonreía y la otra estaba ceñuda. En la barandilla, habían extendido una sábana blanca de tal manera que parecía un fantasma en pleno vuelo. Un murciélago de cartón con los ojos rojos colgaba del alero del tejado y en una mecedora vieja, al lado de la puerta, permanecía sentado un monstruo terrible que sostenía su cabeza sonriente en la mano. Sobre la puerta habían colocado la silueta de una bruja removiéndolo un caldero humeante.

Natasha se puso una nariz de bruja y llamó. Estaba riendo cuando Spence abrió la puerta.

-O me regalas un dulce, o te arriesgas a una broma pesada -le advirtió Natasha, recreando las peticiones de los pequeños en la noche de Halloween.

Spence se quedó sin habla. Por un momento, pensó que lo estaba traicionando la imaginación. La gitana de la caja de música estaba frente a él, con los aretes de oro colgando de las orejas y el brazalete del mismo material en la muñeca. Llevaba su mata de pelo salvaje sujeta por un pañuelo de color zafiro que flotaba hasta su cintura. En el cuello llevaba unas cadenas de oro, que acentuaban su esbeltez. El vestido rojo era idéntico al de la gitana, ceñido en el corpiño y vaporoso a partir de la cintura, de la que colgaban infinitas tiras de colores.

Sus ojos enormes y oscuros habían adquirido un aire misterioso con las femeninas artes para el maquillaje. Sus labios, llenos y rojos, mostraban un gesto insolente. Spence solo tardó algunos segundos en verlo todo, desde el insinuante encaje negro que asomaba por el escote del vestido hasta el dobladillo. Pero tuvo la sensación de que llevaba horas en la puerta de su casa.

-Tengo una bola de cristal -le dijo Natasha. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una bola transparente-. Si pones plata en mi mano, te mostraré tu futuro.

-Dios mío -consiguió decir Spence-, estás preciosa.

Natasha se limitó a soltar una carcajada y se metió en la casa.

-Ilusiones. Esta noche está hecha para ellas -miró rápidamente a su alrededor y volvió a meter la bola de cristal en el bolsillo-. ¿Dónde está Freddie?

Spence sentía cómo le sudaba la mano con la que sujetaba el pomo de la puerta.

-Ella está... -su cerebro tardó algunos segundos en volver a ponerse en funcionamiento-. Está en casa de JoBeth. Prefería que no estuviera revoloteando a mi alrededor mientras lo organizaba todo.

-Una buena idea -estudió sus pantalones polvorientos-. ¿Ese es tu disfraz?

-No. He estado colgando telarañas.

-Te echaré una mano -sonriendo, le tendió las bolsas-. He traído algunos trucos y algunos efectos de lo más siniestro. ¿Por dónde te gustaría empezar?

-¿Tienes que preguntarlo? -preguntó Spence quedamente, le pasó un brazo por la cintura y la estrechó contra él.

Natasha echó la cabeza hacia atrás, tenía toda una ristra de palabras de enfado y desafío en los ojos y en la punta de la lengua. Pero entonces Spence fundió los labios con los suyos. Las bolsas cayeron de sus manos. Y en cuanto los liberó, hundió los dedos en su pelo.

Aquello no era lo que quería. Pero sí lo que necesitaba. Sin vacilar, entreabrió los labios, invitándolo a una mayor intimidad. Oyó el quedo gemido de placer que escapó de los labios de Spence y fue seguido por otro de ella. De alguna manera, tenía la sensación de que era allí donde le correspondía estar, justo en la puerta de su casa, sintiendo la fragancia de las flores caídas inundando el aire y la brisa del otoño sobre ellos.

Era perfecto. Spence podía saborear y sentir la perfección de aquel momento mientras estrechaba el cuerpo de Natasha contra el suyo y sentía sus labios cálidos y flexibles.

No era una ilusión. Y tampoco una fantasía, a pesar de los pañuelos de colores y los pendientes dorados. Era real, estaba allí y era suya. Y antes de que la noche hubiera terminado, él se lo habría demostrado.

-Oigo violines -musitó Spence mientras deslizaba los labios por su cuello.

-Spence -Natasha solo era capaz de oír los latidos de su propio corazón, que sonaban como un trueno en su cabeza. Haciendo un esfuerzo sobrehumano por recobrar la cordura, se apartó de su, abrazo-. Me haces hacer cosas que me digo que no debo hacer -tras tomar aire, lo miró con firmeza-. He venido a ayudarte con la fiesta de Freddie.

-Y lo aprecio -cerró lentamente la puerta-. Pero también aprecio tu aspecto, y tu sabor, y tu tacto.

Ella no debería excitarse tanto por solo una mirada. No debería, sobre todo cuando aquella mirada le decía que, anunciara lo que anunciara la bola de cristal, Spence ya sabía cuál era su destino.

-Este no es un momento adecuado.

Spence adoraba aquel tono de voz majestuoso, propio de una zarina tratando a un campesino.

-Entonces encontraremos un momento mejor.

Exasperada, Natasha tomó sus bolsas.

-Te ayudaré a poner más telarañas si me prometes ser el padre de Freddie y solo el padre de Freddie mientras lo hacemos.

-De acuerdo -no veía otra forma de sobrevivir a una noche con veinte niños de primer grado disfrazados en casa. Pero la fiesta, pensó, no iba a durar eternamente-. Mientras dure la fiesta, seremos colegas.

A Natasha le gustó cómo sonaba aquella palabra. Tomó una de las bolsas y buscó en su interior. Sacó una máscara de un rostro sanguinolento y lleno de cicatrices que le colocó inmediatamente a Spence.

-Toma. Estás guapísimo.

Spence se la ajustó hasta que fue capaz de ver a Natasha a través de las

rendijas de los ojos y sintió una infantil necesidad de mirarse inmediatamente en el espejo del vestíbulo. Sonrió por detrás de la máscara.

-Me voy a ahogar.

-Hasta dentro de un par de horas no -le tendió la otra bolsa-. Toma, preparar una casa embrujada lleva su tiempo.

Tardaron dos horas en transformar el elegante salón de Spence en una espeluznante mazmorra, hecha para las ratas y los gritos de tortura. Desde el techo hasta el suelo, colgaba un papel negro y naranja. De las esquinas, pendían ángeles siniestros con el pelo formado por telarañas. Una momia con los brazos cruzados, descansaba en un rincón del salón. Sediento y cubierto de polvo, un Drácula de ojos sanguinolentos se escondía entre las sombras, listo para atacar.

-¿No te parece que a lo mejor pasan demasiado miedo? -preguntó Spence mientras colgaba un juego de calabazas-. Solo tienen seis años.

Natasha tomó una araña de goma que colgaba de un hilo y la empujó hacia él.

-Claro que no. Una vez, mi hermano hizo un jinete sin cabeza. Nos taparon los ojos a Rachel y a mí y nos hicieron entrar en la habitación en la que estaba él. Mikhail me metió la mano en un cuenco de uvas y me dijo que eran ojos.

-Qué desagradable -decidió Spence.

-Sí -le encantó recordarlo-. Había también unos espaguetis...

-No sigas -la interrumpió Spence-. Me hago una idea.

Natasha soltó una carcajada y se ajustó un pendiente.

-En cualquier caso, me lo pasaba maravillosamente bien y siempre deseaba haber tenido la idea antes que él. Esta noche los niños se llevarían una gran desilusión si no encontraran a ningún monstruo esperándolos. En cuanto los hayas asustado, que es lo que más les apetece, lo único que tienes que hacer es encender la luz para que vean que todo es falso.

-Es una pena que ahora no haya uvas.

-No te preocupes. Cuando Freddie sea mayor, te enseñaré a hacer una mano sangrienta con un guante de goma.

-Estoy deseando que llegue el momento.

-¿Y qué tal va la comida?

-Vera no ha parado de trabajar en todo el día -con la máscara en lo alto de la cabeza, Spence miró a su alrededor. Estaba satisfecho, realmente satisfecho con el resultado, y también de que lo hubieran conseguido él y Natasha juntos-. Se ha encargado de todo, desde los huevos de colores hasta del ponche de las brujas. ¿Sabes lo que habría estado muy bien? Algún aparato para hacer fuego.

-Ese es el espíritu de Halloween -la sonrisa de Spence la hizo reír y darle un largo beso-. Eso lo dejaremos para el año que viene.

A Spence le encantó que hablara con tanta naturalidad del futuro. El año que viene, y el año siguiente al año que viene. Un poco aturdido por la velocidad que estaban tomando sus pensamientos, la miró en silencio.

-¿Ocurre algo malo?

-No -Spence sonrió-. Todo va estupendamente.

-Aquí tengo los premios -deseando descansar las piernas, Natasha se sentó en el sofá, al lado de un cansado espíritu maligno-. Para los juegos y los disfraces.

-No tenías por qué haberte molestado.

-Ya te dije que me apetecía mucho hacerlo. Este es mi favorito -sacó una calavera, apretó un interruptor y la dejó en el suelo, donde comenzó a moverse pestañeando.

-Tu favorito -con la lengua apoyada en el interior de la mejilla, Spence levantó la calavera, que continuó vibrando en su mano.

-Sí. Es horripilante, ¿verdad? -inclinó la cabeza-. Ya no le quedan demasiadas esperanzas al pobre Yorik.

Spence se limitó a reír, apagó la calavera y se bajó la máscara.

-Y a mí tampoco; demasiada carne sólida para derretir -Natasha ya se estaba riendo cuando Spence se acercó a ella para levantarla-. Danos un beso.

-No -decidió al cabo de un momento-. Eres muy feo.

-De acuerdo -obediente, Spence se quitó la máscara-. ¿Y así?

-Mucho peor -con gesto solemne, le bajó la máscara otra vez.

-Muy graciosa.

-No tanto, pero me ha parecido necesario -lo agarró del brazo y recorrió la habitación con la mirada-. Creo que vas a tener un gran éxito.

-El éxito será de los dos -la corrigió-. Además, ya sabes que Freddie está loca por ti.

-Sí -Natasha sonrió contenta-. El sentimiento es mutuo.

Oyeron que se abría la puerta de la entrada y después un grito.

-Hablando de Freddie...

Los niños llegaron, primero poco a poco y después casi en avalancha. Cuando el reloj dio las seis, el salón estaba lleno de bailarinas, piratas, monstruos y superhéroes. Ninguno bastante valiente como para recorrer solo la habitación, aunque algunos la inspeccionaron hasta tres veces. De vez en cuando, algún alma de valor inquebrantable se animaba a tocar tímidamente la momia o a acariciar la capa de Drácula.

Cuando se encendieron las luces, se oyeron gemidos de desilusión, pero también algunos suspiros de alivio. Freddie, vestida como la muñeca que había comprado en la juguetería, abrió sus tardíos regalos de cumpleaños casi desenfrenada.

-Eres un buen padre -musitó Natasha.

-Gracias. ¿Pero por qué lo dices?

Tomó su mano, entrelazando los dedos con los suyos, sin preguntarse el motivo por el que se sentía tan estupendamente estando con Natasha en el cumpleaños de su hija.

-Porque no te has marchado ni una sola vez a tomar una aspirina y apenas has hecho un gesto cuando Mikey ha tirado el ponche en la alfombra.

-Eso es porque estoy reservando mis fuerzas para cuando lo vea Vera.

Spence se echó a un lado para evitar una colisión con una princesa de cuento que

estaba siendo perseguida por un duende. Se oían gritos en una esquina de la habitación, puntualmente aderezados por los chillidos insoportables procedentes del nuevo disco que estaba en el estéreo.

-En cuanto a lo de la aspirina... ¿cuánto tiempo crees que aguantarán?

-Oh, no mucho más que nosotros.

-Eres un consuelo.

-Ahora nos pondremos a jugar. Te sorprenderá ver lo rápidamente que pasan dos horas.

Natasha tenía razón. Después de que hubieran caído todas las narices postizas en una calabaza, las sillas musicales fueran ya solo un recuerdo, se hubiera elegido el mejor disfraz y se hubiera comido la última manzana flotando sobre un balde de agua, los padres empezaron a llegar para llevarse a sus reluctantes duendes y monstruitos. Pero la diversión no había terminado.

En grupitos y agarrados de la mano, fueron a casa de los vecinos en busca de barritas de chocolate y manzanas de caramelo. El frío viento de la noche y las hojas caídas de los árboles serían cosas que recordarían después de haber bebido hasta la última gota de chocolate.

Eran casi las diez cuando Spence consiguió meter a una exhausta y emocionada Freddie en la cama.

-Ha sido la mejor fiesta de cumpleaños que he tenido en mi vida -le dijo-. Me alegro de haber tenido la varicela.

Spence le pasó un dedo por la cara para quitarle una mota de crema.

-Yo no sé si iría tan lejos, pero me alegro de que te hayas divertido.

-¿Puedo...?

-No -le dio un beso en la nariz-. Si te comes otro dulce más vas a explotar.

Freddie rio, estaba demasiado cansada para buscar otra estrategia. Los recuerdos comenzaban ya a arremolinarse en su cabeza.

-El año que viene me disfrazaré de gitana como Tash, ¿vale?

-Claro. Y ahora duérmete. Voy a llevar a Natasha a su casa, pero Vera se quedará contigo.

-¿Te vas a casar pronto con Tash para que pueda quedarse con nosotros a dormir?

Spence abrió la boca, y volvió a cerrarla cuando Freddie la abrió en un enorme bostezo.

-¿De dónde sacas esas ideas? -musitó.

-¿Cuánto se tarda en tener un hermanito? -preguntó Freddie mientras cerraba los ojos.

Spence le acarició la cara, agradeciendo que se hubiera quedado dormida y le hubiera evitado una respuesta.

En el piso de abajo, encontró a Natasha limpiando lo peor de todo aquel desastre. Cuando vio a Spence, se irguió y se echó el pelo hacia atrás.

-Cuando la casa queda en un estado tan terrible, se tiene la seguridad de que la

fiesta ha sido un éxito -algo en la expresión de Spence la hizo mirarlo con los ojos entrecerrados-. ¿Ocurre algo malo?

-No, no, es Freddie.

-Supongo que le dolerá el estómago -dijo Natasha, compadeciéndola inmediatamente.

-No, todavía no -se encogió de hombros con una media risa-. Siempre consigue sorprenderme. No... -le dijo, y le quitó una bolsa de basura de las manos-. Ya has hecho bastante.

-No me importa, Spence.

-Lo sé.

Antes de que Spence pudiera tomarle la mano, Natasha entrelazó sus manos.

-Creo que debería irme. Mañana es sábado, el día que más trabajo tenemos.

Spence se preguntaba lo que sería, en vez de acompañarla a casa, poder llevarla sencillamente hasta el dormitorio, hasta su cama.

-Te llevaré a casa.

-No te preocupes. No tienes por qué hacerlo.

-Me encantará -la tensión había vuelto. Sus miradas se encontraron y Spence comprendió que también ella la sentía-. ¿Estás cansada?

-No -había llegado ya el momento de las verdades, comprendió Natasha.

Spence había hecho lo que Natasha le había pedido: limitarse a ser el padre de Freddie durante la fiesta. La fiesta ya había terminado. Pero la noche no.

-¿Te gustaría que fuéramos andando?

Las comisuras de los labios de Natasha se elevaron en una sonrisa y le tendió la mano a Spence.

-Sí, me encantaría.

Hacía más frío ya, en el viento se anunciaba la llegada del invierno. En el cielo brillaba una luna llena de un blanco glacial. Las nubes bailaban a su alrededor, cubriéndola de jirones de sombra. Sobre el susurro de las hojas, se oían el eco de las risas de los niños. Inevitablemente, el viejo roble de la esquina había sido envuelto en tiras y tiras de papel higiénico por los adolescentes.

-Me encanta esta época -musitó Natasha-. Especialmente las noches en las que hay un poco de viento. Y me encanta oler el humo de las chimeneas.

En la calle principal, los niños más grandes y los estudiantes de la universidad continuaban paseando con máscaras aterradoras o los rostros pintados. Una pobre imitación del hombre lobo saltaba frente a los escaparates de las tiendas y era respondido con gritos y risas femeninos. Un coche, lleno de fantasmas, se detuvo a su lado durante el tiempo suficiente para bajar las ventanillas y asustarlos.

Spence miró el coche mientras este giraba con los pasajeros aullando todavía.

-No recuerdo haber estado en ningún lugar en el que Halloween se tome tan en serio.

-Espérate a ver lo que pasa en Navidad.

La propia calabaza de Natasha brillaba en el porche, junto a un cuenco lleno de

barritas de chocolate.

Había un letrero en la puerta: Toma solo una. O verás.

Spence sacudió la cabeza al verlo.

-¿De verdad funciona?

Natasha apenas miró la señal.

-Me conocen.

Spence se agachó para tomar una.

-¿Puedo acompañarla con un brandy?

Natasha vaciló. Si lo dejaba pasar, sería inevitable que continuaran el beso que aquella tarde habían interrumpido. Habían pasado ya dos meses, pensó. Dos meses de preguntas, de andarse con rodeos y de fingimientos. Pero ambos sabían que aquello tendría que terminar antes o después.

-Por supuesto -abrió la puerta y le cedió el paso.

Inmediatamente, corrió hacia la cocina para servir las copas. Ya solo era cuestión de sí o no, se contestó a sí misma. Natasha conocía la respuesta desde antes de aquella noche y estaba preparada para ella. ¿Pero qué era lo que realmente quería de él? ¿Y qué esperaría Spence de ella? ¿Y cómo, cuando se entregara a él de la forma más íntima que era capaz de imaginar, sería capaz de fingir que no necesitaba más?

No podía necesitar nada más, se recordó Natasha. Sintiera lo que sintiera por él, algo que sin duda cada vez era más profundo, mucho más profundo de lo que se atrevía a admitir, la vida tenía que continuar tal como estaba. Sin promesas. Sin corazones rotos.

Spence se volvió cuando Natasha regresó al salón, pero no dijo nada. Sus propios pensamientos eran una mezcla confusa. ¿Qué quería? Estar con ella, desde luego. ¿Pero con cuánto sería capaz de conformarse? Estaba seguro de que nunca volvería a desear a nadie. Y le parecía tan fácil sentir cada vez que la miraba...

-Gracias -tomó la copa de brandy y observó a Natasha mientras bebía-. ¿Sabes? La primera vez que me subí a un estrado para dar una conferencia, se me quedó la mente completamente en blanco. Por un terrible momento, no podía recordar nada de lo que había pensado decir.

-No tienes por qué decir nada.

-Esto no es tan fácil como pensaba -le tomó la mano y lo sorprendió encontrarla fría y temblorosa.

Instintivamente, se la llevó a los labios para besarle la palma. Y lo ayudó saber que Natasha estaba tan nerviosa como él.

-No quiero asustarte.

-Todo esto me asusta -podía sentir el miedo expandiéndose dentro de ella-. A veces la gente dice que pienso demasiado. Quizá sea verdad. Y si lo es, es porque siento mucho. Hubo una época -apartó la mano de la de Spence. Necesitaba ser fuerte por sí misma-. Hubo una época de mi vida -repitió-, en la que permití que alguien decidiera por mí. Y hay errores que se pagan hasta la muerte.

-Esto no es un error -dejó la copa en la mesa para enmarcar su rostro con las

manos.

Natasha le rodeó las muñecas.

-No quiero que lo sea. No puede haber promesas, Spence, porque prefiero no contar con ellas a encontrarme con un puñado de promesas rotas. No necesito ni quiero palabras bonitas. Es demasiado fácil decirlas -lo sujetó con fuerza-. Quiero ser tu amante, pero necesito respeto, no poesía.

-¿Ya has terminado?

-Necesito que me comprendas -insistió Natasha.

-Estoy empezando a hacerlo. Debiste amarlo mucho...

Natasha dejó caer las manos, pero se enderezó antes de responder:

-Sí.

El dolor lo sorprendió. No podía sentirse amenazado por alguien del pasado. El también tenía un pasado. Pero se sentía amenazado, y se sentía herido.

-No me importa quién fuera, y me importa un comino lo que sucedió -era mentira, lo sabía. Una mentira, además, con la que antes o después debería enfrentarse-. Pero no quiero que pienses en él cuando estás conmigo.

-Y no pienso, por lo menos de la forma a la que te refieres.

-No quiero que pienses en él de ninguna manera. Natasha arqueó una ceja.

-No puedes controlar mis pensamientos, ni nada sobre mí.

-Te equivocas -estimulado por los celos, la estrechó en sus brazos. Fue un beso furioso, apremiante, posesivo. Y tentador. Natasha se descubrió tan cerca de la sumisión que se deshizo de su abrazo.

-No quiero ser poseída -el miedo a equivocarse la hacía hablar en tono desafiante.

-¿Tenemos que jugar siempre con tus normas, Natasha?

-Sí, si son justas.

-¿Para quién?

-Para los dos -se presionó las sienes con los dedos un instante-. No deberíamos enfadarnos -dijo más quedamente-. Lo siento -le ofreció un abrazo y una sonrisa-. Me temo que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve con alguien. Y también desde la última vez que deseé estarlo.

Spence tomó su copa y fijó en ella la mirada mientras hacía girar el líquido.

-Contigo me resulta difícil permanecer enfadado.

-Me gustaría pensar que somos amigos. Yo nunca he sido amante de un amigo.

Y él nunca había estado enamorado de una amiga. Aquella fue una dura y aterradora admisión que, además, estaba seguro de no poder pronunciar en voz alta. Quizá si dejaba de comportarse de manera tan torpe, podría demostrárselo.

-Somos amigos -le tomó la mano, rodeando los dedos de Natasha con los suyos-. Los amigos confían el uno en el otro, Natasha.

-Sí.

Spence miró sus manos unidas.

-¿Por qué no...?

Un ruido en la ventana lo interrumpió y le hizo volver la cabeza. Antes de que pudiera moverse, Natasha lo sujetó con fuerza. Spence no tardó ni un segundo en darse cuenta de que no estaba asustada, sino divertida. Se llevó la mano libre a los labios.

-Creo que es una buena idea ser amiga de mi profesor -dijo, alzando la voz y haciéndole a Spence un gesto con la cabeza para que continuara hablando.

-Yo... Ah, me alegro de que Freddie haya encontrado tantos buenos amigos desde que nos vinimos -observó estupefacto que Natasha se ponía a hurgar dentro de un cajón.

-Esta es una ciudad muy hermosa. Por supuesto, como en todas, a veces surgen problemas. ¿Has oído hablar de la mujer que se escapó del manicomio?

-¿De qué manicomio? -ante la mirada impaciente de Natasha, le siguió la corriente-. No, creo que no.

-La policía lo ha mantenido en secreto. Saben que está en esta zona y no quieren que cunda el pánico -Natasha probó la linterna que había sacado y asintió al comprobar que las pilas estaban a pleno rendimiento-. Está completamente loca, ya sabes, y le gusta secuestrar a niños pequeños. Después los tortura de forma horripilante. Las noches de luna llena los sorprende y los agarra de forma terrible. Y antes de que puedan gritar, les aprieta con fuerza la garganta.

Mientras lo decía, giró hacia la sombra que veía en la ventana, se colocó la linterna bajo la barbilla y la encendió.

Los hermanos gritaron a coro. Se oyó un estruendo, después un grito y a continuación unos pasos en carrera.

Incapaz de dejar de reír, Natasha se apoyó en el alféizar de la ventana.

-Eran los hermanos Freedmont -le explicó a Spence cuando consiguió recuperar la respiración-. El año pasado colgaron una rata muerta en la puerta de casa de Annie -se llevó una mano al corazón mientras se asomaba a la ventana. Lo único que consiguió ver fueron dos sombras corriendo calle abajo.

-Creo que este año se han vuelto las tornas.

-Oh, deberías haberles visto las caras -se secó una lágrima-. Creo que no va a volver a latirles el corazón hasta que se sientan a salvo en la cama.

-Este Halloween no lo van a olvidar nunca.

-Todos los niños deberían tener en su vida un susto digno de recordar para siempre -sin dejar de sonreír, se colocó otra vez la linterna bajo la barbilla-. ¿Qué te parece?

-Que ya es demasiado tarde para asustarme -tomó la linterna y la dejó a un lado. Cerró la mano sobre la de Natasha y lo hizo levantarse-. Ya es hora de averiguar cuánto es ilusión y cuánto es realidad.

8

Era real. Dolorosamente real. La sensación de su boca contra la suya no dejó ninguna duda sobre que estaba viva y necesitada. El tiempo, el espacio, ya no significaban nada. Ellos sí que podrían haber sido una ilusión. Pero Spence no. Y

tampoco el deseo. Lo sentía brotar vertiginosamente en su interior con el solo roce de sus labios.

No, no era sencillo. Natasha había sabido desde la primera vez que había saboreado su beso, desde la primera vez que se había permitido acariciarlo, que ocurriera lo que ocurriera, no sería fácil. Pero eso era precisamente lo que ella tenía la absoluta certeza de querer: la simplicidad, un camino sin obstáculos.

Pero no sería posible con él.

Aceptándolo, lo rodeó con los brazos. En aquella noche no habría pasado ni futuro. Solo el momento de abrazar con fuerza y disfrutar.

Respuesta por respuesta, deseo por deseo, se abrazaron. La luz de la lámpara proyectaba sus sombras contra la pared. Estas se irguieron y después se quedaron muy quietas.

Cuando Spence la levantó en brazos, Natasha musitó una protesta. Había dicho que no sería poseída y lo decía en serio. Pero acurrucada contra él no se sentía débil. Se sentía amada. Agradecida, presionó los labios contra el cuello de Spence. Y mientras este la llevaba hacia el dormitorio, se permitió rendirse.

La única luz del dormitorio era la de la luna. Se asomaba a través de la cortina de gasa, suave, queda, como se asomaría un amante por la ventana para encontrar a su amada.

Su amante no dijo nada mientras la dejaba a los pies de la cama. Pero su silencio se lo decía todo.

Spence se había imaginado aquel momento. Parecía imposible, pero era cierto. La imagen había sido clara, nítida. Había visto a Natasha con sus rizos salvajes enmarcando su rostro, con sus ojos oscuros y serenos y su piel resplandeciendo como el oro que llevaba. Y en su imaginación había visto más, mucho más.

Lentamente, le quitó el pañuelo que sujetaba parte de su pelo y lo dejó flotar sigilosamente hasta el suelo. Natasha esperó. Sin apartar los ojos de los suyos, Spence fue soltando uno a uno todos los pañuelos, zafiro, esmeralda, amarillo... hasta que quedaron como una ofrenda de colores a sus pies. Natasha sonrió. Con solo dos dedos, Spence deslizó el vestido de sus hombros y presionó los labios contra la piel que él mismo había dejado al descubierto.

Un suspiro y un estremecimiento. Natasha alargó los brazos hacia él y tuvo que hacer un serio esfuerzo para respirar mientras le quitaba la camisa. Sintió la piel de Spence tensa y suave bajo sus palmas. Podía sentir el temblor de sus músculos cuando deslizaba sobre ellos sus manos. Y cuando posó los ojos en los suyos, pudo ver el fogonazo de furia y pasión que los había oscurecido.

Spence tenía que luchar contra todos sus instintos para no desnudarla inmediatamente, para no desgarrar las barreras que los separaban y tomar todo lo que quería. Natasha no lo detendría. Lo veía en sus ojos, desafiantes y al mismo tiempo todo deseo.

Pero Spence le había prometido algo a Natasha. Y aunque ella decía que no quería promesas, él estaba dispuesto a cumplir su palabra. Natasha tendría todo el

romanticismo que él fuera capaz de darle. Haciendo un esfuerzo sobrehumano para dotarse de paciencia, desató la línea de botones de su espalda. Los labios de Natasha se curvaron en una sonrisa cuando la estrechó contra su pecho. Con movimientos suaves, bajó los pantalones de Spence hasta sus caderas. Y, cuando el vestido de la joven comenzaba a deslizarse hasta el suelo, Spence volvió a abrazarla con fuerza para darle un largo beso.

Natasha se meció. Le parecía ridículo, pero la verdad era que se estaba mareando. Los colores parecían bailar en su cabeza al ritmo de una frenética sinfonía que no era capaz de detener. Sus brazaletes tintinearón cuando Spence le alzó las manos para dibujar un pequeño círculo de besos sobre su muñeca. La tela susurró, más notas para la canción, cuando Spence deslizó el llamativo vestido por sus caderas.

No habría podido creer que pudiera ser tan bella. Pero en aquel momento, estando frente a él con solo una fina camiseta roja y el brillo del oro, le parecía más hermosa de lo que un hombre podía llegar a soportar. Tenía los ojos casi cerrados, pero la cabeza erguida... un gesto de orgullo habitual en ella que le sentaba perfectamente. La luz de la luna la bañaba.

Lentamente, alzó los brazos y los cruzó frente a ella para bajar los tirantes de sus hombros. La tela tembló sobre sus senos, se ciñó un instante a ellos y cayó después hasta sus pies. Entonces fue solo el brillo del oro el que cubría su piel. Excitante, erótico. Natasha esperó, y alzó los brazos nuevamente... hacia él

Piel contra piel; débiles gemidos escapando de su boca. La boca de Spence encontró la hermosa boca de Natasha, enviando impactantes oleadas de placer y dolor a través de ellos. El deseo descubrió el deseo, arrastrándolos más allá de toda razón.

Inevitable. Aquella fue la única palabra nítida en medio del caos mental de Natasha mientras deslizaba las manos sobre él. Una fuerza tan intensa, un deseo tan profundo, podía ser otra cosa, salvo inevitable. Así que Natasha aceptó esa fuerza, aceptó ese deseo con todo su corazón.

Olvidó la paciencia. Llevaba demasiado tiempo negándose su deseo por él. Spence también lo quería todo, todo lo que Natasha era, todo lo que ella tenía. Pero antes de que pudiera demandárselo, Natasha se lo estaba entregando. Cuando ambos se dejaron caer en la cama, las manos de Spence estaban ya buscando ávidamente, para dar y tomar placer.

¿Cómo iba a haber sabido que sería algo tan enorme, tan arrollador? Todo en ella era vívido, intenso, agudo. Su sabor era una embriagadora mezcla a brandy y a miel caliente. Su piel tan suntuosa como el pétalo de una rosa empapada por el rocío nocturno. Su esencia era tan oscura como su propia pasión. Su deseo tan afilado como el borde de una cuchilla.

Natasha se arqueó contra él, ofreciéndole, desafiándolo, gritando de placer mientras Spence buscaba y encontraba sus secretos. El placer lo penetraba mientras sentía el cuerpo pequeño y ágil de Natasha contra el suyo. Fuerte y voluntariosa, rodó sobre él para explotar y explorar hasta que el aire se convirtió en fuego en los pulmones de Spence y su cuerpo estuvo a punto de fundirse. Medio loco, Spence se

tumbó sobre ella, y extendió las sábanas. Cuando volvió a incorporarse, pudo ver la cortina de su pelo flotando como una nube oscura sobre su rostro y el brillo rico y profundo de sus ojos mientras se aferraban a lo suyos. Su respiración estaba tan acelerada como él mismo; el cuerpo de Natasha tan entregado como ella.

Ni antes había encontrado ni jamás encontraría, comprendió Spence, a alguien que encajara tan perfectamente con él. Lo que él necesitaba, lo necesitaba ella. Lo que él deseaba lo deseaba ella. Antes de que Spence pudiera preguntar, ella ya estaba contestando. Por primera vez en su vida, Spence entendía lo que era amar con la mente, el corazón y el alma además de con el cuerpo.

Natasha no pensaba en nada, salvo en él. Cuando la tocaba, se sentía como si fuera la primera vez que alguien lo hacía. Cuando susurraba su nombre, como si fuera la primera vez que lo oía. Cada vez que su boca encontraba sus labios, era como el primer beso... como un beso que hubiera estado esperando y deseando durante toda su vida.

Sus manos se encontraron, palma con palma, sus dedos se enredaban los unos con los otros con avidez, como si fueran movidos por una única voluntad. Se miraron el uno al otro mientras Spence se hundía en ella. Y se hizo una promesa, que ambos sintieron. En un instante de pánico, Natasha sacudió la cabeza. Pero entonces Spence comenzó a moverse dentro de ella, y ella con él.

-Otra vez -fue todo lo que Natasha pudo decir mientras Spence tiraba suavemente de ella-. Spence.

-Otra vez, sí -cubrió su boca, sacándola de su somnolencia para envolverla en una renovada pasión.

La deseaba incluso más que antes, tras saber lo que podía llegar a haber entre ellos, pero con un fuego más estable y menos furioso. En aquella ocasión, aunque el deseo era igualmente agudo, la locura era menos intensa. Spence pudo entonces deleitarse en la sutilidad de sus curvas, la suavidad de sus ángulos y en los suspiros que era capaz de arrancarle con solo acariciarla. Era como hacer el amor con una diosa primitiva, desnuda, pero cubierta de oro. Después de tanto tiempo, por fin pudo saciar su sed, lentamente, sin prisas, tras los primeros tragos glotones.

¿Cómo habría llegado a creer que sabía lo que era amar a un hombre o ser amada por él? Estaba experimentando aquel día placeres que jamás había conocido. Aquello era ser empapada hasta quedar ahíta. Hacía correr las manos sobre él, al tiempo que absorbía las eróticas sensaciones de su lengua, la suavidad de sus dientes, el juego de aquellos dedos tan inteligentes. No, todos ellos eran placeres nuevos, muy nuevos. Y su sabor significaba libertad.

Y mientras la luna se elevaba hasta el cielo, Natasha se alzó con ella.

-Creía que había sido capaz de imaginar lo que sería estar contigo -con la cabeza apoyada en su hombro, Spence deslizaba la mano por su brazo-. Pero ni siquiera se

parecía.

-Y yo pensaba que nunca estaría en esta situación contigo -Natasha sonrió en medio de la oscuridad-. Pero estaba completamente equivocada.

-Gracias a Dios. Natasha...

Natasha sacudió rápidamente la cabeza y posó un dedo en sus labios.

-No digas nada. Es muy fácil dejarse llevar por el romanticismo bajo la luz de la luna -y muy fácil creer todo lo que quisiera decirle, añadió para sí.

Aunque impaciente, Spence consiguió reprimir las palabras que quería decir. Ya había cometido un error en otra ocasión por desear demasiado, por querer ir demasiado rápido. Y estaba decidido a no cometer los mismos errores con Natasha.

-¿Me dejas decirte que ya nunca podré mirar como lo había hecho hasta ahora una cadena de oro?

Riendo suavemente, Natasha le besó en el hombro.

-Sí, puedes decírmelo.

Spence jugueteó con sus brazaletes. ~Y puedo decirte que soy feliz? -Sí.

-¿Y lo eres tú?

Natasha inclinó la cabeza para mirarlo.

-Sí. Más feliz de lo que pensaba que podría llegar a ser. Me haces sentirme...

-sonrió, haciendo un rápido movimiento con los hombros-. Me haces sentirme mágica.

-Esta noche ha sido mágica.

-Tenía miedo -musitó Natasha-. De ti, de esto. De mí -admitió-. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

-También para mí -al ver que se movía nerviosa, tomó una de las cadenas con la mano-. No he estado con nadie desde que murió mi esposa.

-¿La querías mucho? -lo siento, añadió rápidamente mientras cerraba los ojos con fuerza-. No tengo derecho a preguntártelo.

-Sí, claro que lo tienes -apretó los dedos con firmeza-. La amé una vez, o quizá me enamoré de la idea que me había hecho de ella. Pero la idea desapareció mucho antes de que ella muriera.

-Por favor. Esta noche no es noche para hablar del pasado.

Cuando se sentó, Spence lo hizo a su lado y enmarcó su rostro con las manos.

-Quizá no, pero hay cosas que necesito decirte, cosas de las que me gustaría hablar.

-Tan importante es el pasado?

Spence advirtió un deje de desesperación en su voz y deseó poder conocer la razón.

-Yo creo que podría llegar a serlo.

-Lo importante es el presente, el ahora -cerró sus manos sobre las de Spence-. Y ahora quiero ser tu amiga y tu amante.

-Entonces sé ambas cosas.

Haciendo un considerable esfuerzo, Natasha consiguió tranquilizarse.

-Quizá no quiera hablar de otras mujeres mientras estoy en la cama contigo.

Spence sentía que estaba pertrechada y lista para discutir. Con un movimiento que la pilló completamente desprevenida, se inclinó para besar su frente.

-Te dejaré utilizar ese argumento de momento.

-Gracias -acarició el pelo de Spence-. Me gustaría pasar esta noche contigo, toda la noche -sacudió la cabeza con una media sonrisa-. Pero no puedes quedarte.

-Lo sé -le tomó la mano para llevársela a los labios-. Freddie empezaría a hacerme preguntas embarazosas si no estuviera en casa a la hora del desayuno.

-Es una niña muy afortunada.

-No me gusta dejarla de esa forma. Natasha sonrió y lo besó.

-Estoy dispuesta a ser comprensiva, siempre y cuando la otra mujer solo tenga seis años.

-Mañana te veré -se acercó todavía más a ella y profundizó su beso.

-Sí -con un suspiro, Natasha le rodeó el cuello con los brazos-. Una vez más -musitó, arrastrándolo hacia la cama-. Solo una vez más.

Natasha permanecía sentada detrás del escritorio en su abarrotado despacho. Se había levantado temprano para poner al día el aspecto más práctico de su negocio. Ya había actualizado el libro de cuentas y rellenado todas las facturas. Faltaban menos de dos meses para la Navidad y ya había recibido todos los pedidos. Las mercancías ocupaban hasta el último rincón de la habitación. Le gustaba sentirse rodeada de los deseos de los niños y saber que en la mañana de Navidad, lo que en aquel momento estaba almacenado en cajas en su tienda, sería motivo de gritos de asombro y alegría.

Pero también había que ocuparse de cuestiones prácticas. Natasha solo había empezado a pensar en los escaparates, la decoración y los descuentos. Y pronto tendría que decidir si iba a contratar a alguien a tiempo parcial para la temporada de Navidad.

En ese momento, a media mañana, sabiendo que Annie estaba a cargo de la tienda, sacó sus libros de texto y los apuntes. Antes de los negocios, estaban los estudios. Y ella se tomaba las clases muy en serio.

Iban a hacerles un examen sobre el barroco, y pretendía demostrarle a su profesor, y amante, que sabía defenderse perfectamente.

Quizá no fuera tan importante demostrarle que era capaz de comprender y aprender. Pero había habido otros momentos de su vida, momentos que, estaba segura, Spence jamás podría comprender, en los que se había sentido incompetente, incluso estúpida. La pequeña con un incorrecto inglés, la delgada adolescente que pensaba más en el baile que en los libros, la bailarina que luchaba con fuerza para ser capaz de soportar las ofensas durante los ensayos, la joven que había escuchado a su corazón en vez de a su cabeza.

Natasha no era ya ninguna de ellas, y al mismo tiempo, continuaba siendo todas. Necesitaba que Spence respetara su inteligencia, que la viera como a una igual, y no solo como la mujer a la que deseaba.

Estaba siendo una tonta. Con un suspiro, Natasha se recostó en la silla y jugueteó con los pétalos de la rosa roja que tenía en la mesa. O más que una tonta, estaba equivocada. Spence no se parecía en nada a Anthony. Excepto por algunas vagas similitudes físicas, aquellos dos hombres eran prácticamente opuestos. Uno de ellos era un brillante bailarín y el otro un músico brillante, pero Anthony había demostrado ser además egoísta, deshonesto y, al final, cobarde.

Natasha jamás había conocido a un hombre más generoso y amable que Spence. Era honrado y compasivo. ¿O era su corazón el que estaba hablando? Tendría que asegurarse. Pero su corazón, pensó, no tenía una garantía como la de un juguete de cuerda. Cuanto más tiempo pasaba al lado de Spence, más profundamente enamorada se sentía. Tan enamorada, de hecho, que había habido momentos terroríficos en los que había estado a punto de dejar sus temores a un lado y decírselo.

Había ofrecido su corazón a un hombre en otra ocasión, un corazón puro y frágil. Cuando se lo habían devuelto, estaba ya marcado para toda la vida.

No, no había garantías.

¿Cómo podría volver a correr ese riesgo? Incluso sabiendo que lo que estaba viviendo en aquel momento era diferente, muy distinto de todo lo que le había ocurrido cuando era casi una niña de diecisiete años, ¿cómo iba a correr otra vez el riesgo de abrirse a ese tipo de dolor y humillación?

Las cosas estaban mejor tal como estaban, se aseguró. Eran dos adultos, que disfrutaban el uno con el otro. Eran amigos. Sacó la rosa del jarrón y se acarició con ella la mejilla. Era una pena que ella y su amigo dispusieran de tan escasas horas para estar juntos. Había una niña en la que pensar, y también horarios y responsabilidades. Pero en aquellas horas en las que su amigo se convertía en su amante, era capaz de conocer el verdadero sentido de la palabra felicidad.

Obligándose a volver al presente, dejó la rosa en el jarrón e intentó concentrarse en los estudios. Al cabo de cinco minutos, sonó el teléfono.

-Buenos días, La Casa de la Diversión.

-Buenos días, asunto personal.

-¡Mamá!

-¿Estás muy ocupada o tienes un rato para hablar con tu madre?

Natasha se aferró al teléfono con ambas manos, adorando el sonido de la voz de su madre.

-Por supuesto que tengo un rato. Todos los ratos que quieras.

-Estaba extrañada, porque hace ya dos semanas que no me llamas.

-Lo siento -durante dos semanas, Spence había sido el centro de su vida. Pero no podía decirle eso a su madre-. ¿Cómo está papá, bueno, cómo estáis todos?

-Estamos todos estupendamente. A papá le han subido el sueldo.

-Qué bien.

-Y Mikhail ya no sale con esa chica italiana -Nadia dio gracias a Dios en ucraniano y Natasha soltó una carcajada-. Alex, por supuesto, sigue saliendo con un montón de chicas. Un chico listo, mi Alex. Y Rachel solo tiene tiempo para estudiar. ¿Y Natasha

como está?

-Natasha está bien. Como bien y duermo mucho -añadió, antes de que Nadia pudiera preguntárselo.

-Me alegro. ¿Y la tienda?

-Estoy ya preparada para enfrentarme a la campaña de Navidad y espero vender más que el año pasado.

-Quiero que dejes de enviarnos dinero.

-Y yo quiero que dejes de preocuparte por tus hijos.

El suspiro de Nadia hizo sonreír a Natasha. Aquella era una vieja discusión.

-Eres una mujer muy cabezota.

-Como mi madre.

Era completamente cierto, aunque Nadia no estaba dispuesta a admitirlo.

-Ya hablaremos de eso cuando vengas a la cena de Acción de Gracias.

Acción de Gracias, pensó Natasha. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Sujetando el auricular entre la oreja y el hombro, pasó las hojas del calendario. Faltaban menos de dos semanas.

-No puedo discutir con mi madre el día de Acción de Gracias -Natasha tomó nota mentalmente de que debía llamar a la estación-. Llegaré el miércoles por la tarde. Yo llevaré el vino.

-Con que vengas tú ya basta.

-Iré yo con el vino -garabateó una nota. Iba a ser difícil tomarse algún tiempo libre, pero jamás se había perdido, ni se la perdería nunca, una fiesta con la familia-. Tengo ganas de verlos otra vez.

-Quizá puedas traer a algún amigo.

Aquella sugerencia formaba parte ya de la rutina, pero, por primera vez, Natasha vaciló. No, se dijo a sí misma, sacudiendo la cabeza. ¿Por qué iba a querer Spence pasar el día de Acción de Gracias en Brooklyn?

-¿Natasha? -era obvio que la afinada intuición de Nadia le había permitido adivinar el debate mental en el que se había inmerso su hija-. ¿Tienes un amigo?

-Por supuesto, tengo montones de amigos.

-No te hagas la lista con tu madre. ¿Quién es él?

-Él no es nadie -elevó los ojos al cielo cuando Nadia comenzó a atosigarla a preguntas-. De acuerdo, de acuerdo. Es un profesor de la universidad. Es viudo -añadió-, y tiene una hija pequeña. Solo estaba pensando que quizá podrían acompañarme ellos, eso es todo.

-Ah.

-Ese «ah» es muy elocuente, mamá, pero te equivocas. Solo es un amigo y yo le tengo mucho cariño a la niña.

-¿Desde hace cuánto lo conoces?

-Han venido a vivir aquí al final de verano. Yo soy alumna en uno de sus cursos y la niña viene a la tienda de vez en cuando -todo ello era cierto. No era toda la verdad, pero era verdad. Esperaba ser capaz de parecer despreocupada-. Si tengo

oportunidad de verlo, le preguntaré si le gustaría venir.

-La niña puede dormir contigo y con Rachel.

-Sí, si...

-El profesor puede quedarse con la habitación de Alex. Y Alex puede dormir en el sofá. -Es posible que tengan otros planes.

-Pregúntaselo.

-De acuerdo. Si lo veo, se lo preguntaré.

-Invítalo a venir -insistió Nadia-. Y ahora, a trabajar.

-Sí mamá. Te quiero.

Ya estaba hecho, pensó Natasha mientras colgaba el teléfono. Casi podía ver a su madre sentada al lado de la desvencijada mesita del teléfono frotándose las manos.

¿Qué pensaría Spence de su familia? ¿Y qué pensaría su familia de él? ¿Disfrutaría Spence de una cena bulliciosa y familiar? Natasha pensó en la cena que habían compartido, en la elegante mesa y el discreto servicio. En cualquier caso, era posible que ya tuviera otros planes, decidió. Así que no tenía por qué preocuparse.

Veinte minutos después, volvió a sonar el teléfono. Probablemente era su madre, pensó Natasha, dispuesta a hacerle una docena de preguntas sobre su «amigo». Preparada para enfrentarse a ellas, Natasha descolgó el teléfono.

-Buenos días, Casa de la Diversión.

-Natasha.

-¿Spence? -automáticamente miró el reloj-. ¿Por qué no estás en la universidad? ¿Estás enfermo?

-No, no. Estoy en un descanso entre clases. Tengo cerca de una hora libre. Y necesito que vengas.

-¿A tu casa? -había urgencia en la voz de Spence, pero una urgencia que no tenía nada que ver con la tristeza y estaba muy cercana a la emoción-. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

-Tú solo tienes que venir, ¿lo harás? No es algo que te pueda explicar. Tengo que mostrártelo.

-Sí, de acuerdo. ¿Estás seguro de que no estás enfermo?

-No -al oírlo reír, Natasha se relajó-. No, no estoy enfermo. Jamás me he sentido mejor. Date prisa.

-En diez minutos estoy allí.

Natasha se levantó y descolgó su abrigo. Spence parecía diferente. ¿Feliz? No, eufórico, satisfecho. ¿Pero por qué iba a estar eufórico un hombre en medio de la mañana? Quizá estuviera enfermo, volvió a decirse. Se puso los guantes y salió a la tienda.

-Annie, tengo que... -se interrumpió, pestañeó y clavó la mirada en la imagen de Annie siendo sonoramente besada por Terry Maynard-. Yo ... perdón.

-Oh, Tash, Terry solo... Bueno, él... -Annie se sopló el flequillo y sonrió como una tonta-. ¿Te vas?

-Sí, tengo que ver a alguien -se mordió el labio para disimular una sonrisa-. No tardaré más de una hora. ¿Puedes hacerte cargo de todo?

-Claro -Annie se arregló el pelo mientras Terry permanecía a su lado, exhibiendo en el rostro todas las gamas posibles de rojo-. Está siendo una mañana muy tranquila. Tómame todo el tiempo que quieras.

Quizá el mundo hubiera decidido enloquecer aquel día, pensó Natasha mientras corría hacia la calle. Primero llamaba su madre y ya estaba preparándose para sacar a Alex de su cama para cedérsela a un desconocido. Spence le pedía que fuera a su casa a ver algo en medio de la mañana. Y después descubría a Annie y a Terry besándose delante de la caja registradora. En fin, solo podía tratar las cosas de una en una. Y Spence era el primero de la lista.

Subió los escalones de la casa de dos en dos, con la sospecha de que Spence estaba sufriendo un ataque de fiebre. Cuando le abrió la puerta antes de que hubiera llegado hasta ella, se convenció por completo. Los ojos le brillaban con fuerza y estaba sonrojado. Llevaba el jersey arrugado y el nudo de la corbata deshecho.

-Spence, ¿estás...?

Pero antes de que pudiera terminar de decirlo, Spence ya la estaba abrazando y besándola en los labios mientras giraba como un loco.

-Pensaba que no ibas a llegar nunca.

-He venido tan rápido como he podido -instintivamente, posó la mano en su mejilla. El extraño brillo de su mirada la hizo mirarlo con los ojos entrecerrados. No, no era fiebre, decidió. Al menos no de la clase que requería atención médica-. Si me has hecho venir para esto, me las vas a pagar.

-Por... no -contestó con una carcajada-. Aunque es una idea maravillosa. Realmente maravillosa -la besó hasta conseguir que Natasha estuviera de acuerdo con él-. Tengo la sensación de que podría hacer el amor contigo durante horas, días y semanas.

-Supongo que te echarían de menos en clase -musitó Natasha. Intentó recobrar la compostura y retrocedió un instante-. Pareces muy emocionado. ¿Te ha tocado la lotería?

-Mejor aún. Ven -se acordó de la puerta que habían dejado abierta, la cerró y la llevó al estudio-. Siéntate y no digas nada.

Natasha obedeció, pero cuando vio que Spence se acercaba al piano, comenzó a levantarse.

-Spence. Me gustaría oír un concierto, pero...

-No hables -le dijo con impaciencia-, límitate a escuchar.

Y empezó a tocar.

Natasha tardó solo unos segundos en darse cuenta de que aquella pieza no tenía nada que ver con nada de lo que había oído hasta entonces. Con nada de lo que había sido escrito antes. Un escalofrío recorrió su cuerpo y apretó con fuerza las manos sobre el regazo.

Pasión. Cada nota se henchía con ella, se elevaba con ella, desbordaba pasión. Natasha solo era capaz de mirarlo fijamente, de mirar la intensidad de sus ojos y la fluida gracia de los dedos sobre las teclas. La belleza de aquella imagen la conmovió,

clavándose en su corazón y en lo más recóndito de su alma. ¿Cómo era posible que Spence hubiera sido capaz de convertir en música sus más íntimos sentimientos?

A medida que iba pasando el tiempo, sentía cómo se iba precipitando su pulso. No habría podido hablar y apenas podía respirar. Y entonces la música se convirtió en algo triste y fuerte. Y vivo. Cerró los ojos mientras sentía aquella melodía estrechándose contra ella, sin ser consciente de que las lágrimas habían comenzado ya a deslizarse por sus mejillas.

Cuando la música cesó, continuó sentada, callada y muy quieta.

-No tengo que preguntarte qué te ha parecido -murmuró Spence-. Lo estoy viendo.

Natasha se limitó a sacudir la cabeza. No tenía palabras. No había palabras.

-¿Cuándo lo has compuesto?

-Estos últimos días -la emoción de la canción lo había dejado agotado. Se levantó, se acercó hasta ella y le tendió las manos para instarla a levantarse. Cuando sus dedos se encontraron, Natasha pudo sentir la intensidad que Spence había vertido en su música-. He vuelto a componer -se llevó la mano de Natasha a los labios-. Al principio estaba aterrado. Empecé a oírla en mi cabeza, como me ocurría antes. Ha sido como alcanzar el cielo, Natasha. No puedo explicarlo.

-No, no tienes por qué hacerlo. Lo he podido escuchar.

Natasha lo comprendía, pensó Spence. De alguna manera, estaba seguro de que lo haría.

-Pensaba que solo me estaba haciendo ilusiones, o que cuando me sentara allí... -miró hacia el piano-, todo se desvanecería. Pero no se desvaneció. Dios, es como que alguien te devuelva las manos o los ojos.

-Siempre ha estado allí -Natasha alzó las manos hasta su rostro-. Solo estaba descansando.

-No. Has sido tú la que me lo has devuelto. Te lo dije ya en otra ocasión, mi vida ha cambiado desde que te conocí. Pero no sabía cuánto. Todo esto ha sido por ti, Natasha.

-No, ha sido por ti. Solo por ti -lo abrazó y besó sus labios-. Y esto solo es el principio.

-Sí -hundió las manos en su pelo y le hizo inclinar suavemente la cabeza-. Es el principio -la estrechó con firmeza cuando Natasha debería haberlo apartado-. Si has oído lo que acabo de tocar, si lo has comprendido, sabes a qué me refiero. Y sabes también lo que quiero.

-Spence, ahora no deberías decirme nada. Tienes las emociones a flor de piel. Es fácil que confundas lo que te hace sentir la música con otras cosas.

-Eso son tonterías. Lo que pasa es que no quieres oírme decir que te amo.

-No -un escalofrío provocado por el terror recorrió su espalda-. No quiero. Y si yo te importara de verdad, no me lo dirías.

-Me pones en una situación muy difícil.

-Lo siento. Quiero que seas feliz. Y mientras las cosas continúen como hasta

ahora...

-¿Y durante cuánto tiempo podrán continuar como hasta ahora?

-No lo sé. Yo no puedo decir lo que tú estás deseando decirme. Ni siquiera puedo sentir lo mismo que tú -alzó la mirada para encontrarse con sus ojos-. Y desearía poderlo sentir.

-¿Estoy compitiendo contra otro hombre?

-No -rápidamente tomó sus manos-. No. Lo que sentí por... Lo que sentí antes -se corrigió-, fue una fantasía. La fantasía de una niña. Esto es real. Pero no tengo fuerza suficiente para soportarlo.

O fuerza suficiente para entregarse a sus sentimientos, pensó Spence. Sabía que eso le causaba dolor a Natasha. Y quizá por lo intensamente que la deseaba, su impaciencia estaba suponiendo una presión que podría separarlos en vez de unirlos.

-Entonces no te diré que te amo -la besó en la frente-. Y que te necesito en mi vida -besó sus labios suavemente-. Todavía no -entrelazó los dedos con los suyos-. Pero llegará un momento, Natasha, en el que te lo diré. Tú me escucharás. Y serás capaz de contestarme.

-Lo haces sonar como una amenaza.

-No, simplemente es una de esas promesas que no quieres oír -la besó en las mejillas, con tal naturalidad que la confundió-. Ahora tengo que volver al trabajo.

-Yo también -buscó los guantes, pero solo para jugar nerviosa con ellos-. Spence, para mí significa mucho que hayas querido compartir esto conmigo. Sé que es como dar una parte de ti mismo. Estoy muy orgullosa de ti y por ti. Y me alegro de que hayas querido celebrar esto conmigo.

-Ven a cenar conmigo esta noche. Entonces sí que lo celebraremos.

Natasha volvió a sonreírle.

-Me encantaría.

Natasha no compraba champán muy a menudo, pero le parecía lo más apropiado. Necesario incluso. Una botella de vino era poco a cambio de lo que le había ofrecido aquella mañana. Aquella melodía había sido un regalo que Natasha siempre atesoraría. Con ella, Spence le había dado tiempo y le había permitido concebir fugazmente una esperanza.

Quizá Spence la amara. Si de verdad lo creía, podía darse algún tiempo para fortalecer sus sentimientos. Si lo creía, tendría que contárselo todo. Y eso era, incluso más que sus propios sentimientos, lo que todavía la hacía contenerse.

Pero aquella era una noche de celebración.

Llamó a la puerta e intentó sonreírle sobriamente a Vera.

-Buenas noches.

-Señorita.

Con aquel poco comprometido recibimiento, Vera abrió la puerta de par en par. Mantenía su opinión sobre Natasha en completo secreto. Era cierto, aquella mujer hacía feliz al señor y parecía haberle tomado cariño a Freddie. Pero después de aquellos tres años en los que había estado a cargo de ellos, Vera recelaba de

cualquiera con quien tuviera que compartirlos.

-El doctor Kimball está en el estudio con Freddie.

-Gracias. He traído champán.

-Yo lo serviré.

Con un pequeño suspiro, Natasha observó a Vera alejarse. Cuanto más reservada se mantenía el ama de llaves, más decidida estaba ella a ganársela.

Oyó las risas de Freddie cuando se acercaba al estudio, y las de otra niña también, advirtió. Cuando se asomó a la puerta, vio a Freddie y a JoBeth, abrazadas la una a la otra y gritando. ¿Y cómo no iban a gritar?, pensó Natasha con una sonrisa. Spence llevaba un casco ridículo y blandía un tubo de cartón como si fuera un arma.

-Los polizones que encuentro en el barco me sirven para alimentar al Monstruo Beta -les advertía-. Tiene unos dientes gigantes y un aliento apestoso.

-¡No! -con los ojos abiertos como platos y el corazón latiéndole de emoción y terror, buscaba refugio-. No, el Monstruo Beta no.

-Lo que más le gusta son las niñas -con una risa diabólica, agarró a JoBeth, que no dejaba de gritar, bajo el brazo-. A los niños se los traga enteros, pero cuando le doy niñas de comer, las mastica y las mastica.

-¡Qué asco! -exclamó JoBeth, y se tapó la boca con las manos.

-Puedes estar segura -y mientras lo decía, Spence se agachó y levantó a la aterrada Freddie-. Ya podéis ir rezando. Vais a ser el primer plato -y con un amortiguado «ooh», se derrumbó con ellas en el sofá.

-¡Te venceremos! -anunció Freddie, trepando sobre él-. Las Hermanas Mágicas te vencerán.

-Esta vez sí, pero la próxima os ganará el Monstruo Beta -mientras soplaba para apartar el flequillo de sus ojos, vio a Natasha en la puerta-. Hola -Natasha encontró adorable su avergonzada sonrisa-. Soy un pirata espacial.

-Oh, vaya, eso lo explica todo -antes de que hubiera entrado en la habitación, las dos niñas abandonaron al pirata espacial y corrieron hacia ella.

-Siempre lo ganamos -le explicó Freddie-. Siempre, siempre.

-Me alegro de oírlo. No me gustaría que el Monstruo Beta se comiera a nadie.

-Solo se lo inventa -le explicó JoBeth prudentemente-. El doctor Kimball hace que las cosas inventadas parezcan reales.

-Sí, lo sé.

-JoBeth también se va a quedar a cenar. Tú eres la invitada de papá y ella es mi invitada.

-Me parece muy bien -se agachó para besar a Freddie y a JoBeth-. ¿Cómo está tu mamá?

-Va a tener un bebé -JoBeth arrugó la nariz y se encogió de hombros.

-¿Y tú la estás cuidando?

-Ya no tiene náuseas por las mañanas, pero papá dice que se va a poner muy gorda.

Tristemente envidiosa, Freddie corrió hacia ella. -Vamos a mi habitación -le dijo

a JoBeth-, vamos jugar con los gatitos.

-Lavaos la cara y las manos -les dijo Vera, que entraba en ese momento con el champán en la hielera-. Y después bajad a cenar despacio, caminando como señoritas, y no corriendo como elefantes -miró hacia Spence-. La señorita Stanislaski ha traído champán.

-Gracias, Vera -se acordó entonces del ridículo casco que llevaba.

-La cena estará lista dentro de quince minutos -avisó el ama de llaves antes de salir.

-Ahora ya tendrá la certeza de que tengo planes para ti -musitó Natasha-. Está segura de que voy detrás de tu dinero.

Spence descorchó la botella riendo.

-Y tiene razón. Pero también vas detrás de mi cuerpo -el champán burbujeó en las copas.

-Me gusta mucho, sí. Tu cuerpo -aceptó la copa con una sonrisa.

-Entonces quizá te apetezca disfrutar de él más tarde -acercó su copa a la de Natasha-. Freddie me ha retorcido el brazo hasta conseguir que la dejara ir a dormir a casa de JoBeth. Así que no tendré que abandonarte, podré quedarme contigo esta noche. Toda la noche.

Natasha bebió un sorbo de vino, dejando que su sabor explotara en la lengua.

-Sí -contestó. Y le sonrió.

9

Natasha contempló las sombras danzantes que la lámpara proyectaba en las paredes de la habitación. Lentamente, jugueteaban sobre las cortinas, acariciaban la mecedora del rincón y la rosa seca que impulsivamente había metido en una botella vacía de leche y había dejado sobre la cómoda. Su habitación, pensó. Siempre había sido muy suya. Hasta...

Con un medio suspiro, dejó que su mano descansara sobre el corazón de Spence. Ya no había silencio. El viento se había levantado para arrojar una tardía lluvia contra las ventanas. En la calle, el viento y el frío prometían una mañana cubierta de escarcha. Pero Natasha no tenía frío; disfrutaba de un agradable calor en los brazos de Spence.

El silencio que había entre ellos resultaba tan cómodo como había resultado su amor. Acurrucados el uno contra el otro, permanecían muy quietos, satisfechos, dejando que las horas fueran pasando segundo a segundo. Cada uno de ellos celebraba en silencio el no tener que despertar en una cama solitaria.

Spence deslizó la mano por su muslo, por su cadera y entrelazó los dedos con los suyos.

Sonaba una música en el interior de la cabeza de Natasha... la melodía que Spence le había ofrecido aquella mañana. Sabía que recordaría cada nota, cada acorde durante el resto de su vida. Y aquello solo era el principio para Spence, un nuevo comienzo. La idea la encantaba. En los años que tenía por delante, podría escuchar aquella música y recordar el tiempo que habían pasado juntos. Cada vez que la oyera,

podría celebrar aquella unión, incluso aunque la música lo hiciera alejarse de ella.

Pero tenía que preguntárselo.

-¿Volverás a Nueva York?

Spence le besó el pelo suavemente. -¿Por qué?

-Has empezado a componer otra vez -podía imaginárselo en Nueva York, elegantemente vestido, asistiendo al estreno de su propia sinfonía.

-No necesito estar en Nueva York para componer. Y si de verdad comenzara a hacerlo, eso sería razón de más para quedarme aquí.

-Freddie.

-Sí, está Freddie. Y también tú.

Natasha se movió nerviosa bajo las sábanas. Se imaginó a Spence asistiendo a una fiesta particular después del estreno, en el Rainbow Room o en algún club privado. Allí podría bailar con mujeres hermosas.

-El Nueva York en el que tu vivías no se parecía nada al mío.

-Me lo imagino -Spence se preguntó por qué parecía importarle tanto a Natasha-. ¿Alguna vez has pensado en volver?

-A vivir no, pero sí de visita -era una tontería, se dijo, que se pusiera tan nerviosa por culpa de una pregunta tan sencilla-. Mi madre me ha llamado hoy.

-¿Ha surgido algún problema en tu casa?

-No. Solo me ha llamado para recordarme que pronto iba a ser la comida de Acción de Gracias. Casi lo habíamos olvidado. Todos los años celebramos la comida juntos... y comemos como nunca. ¿Irás a tu casa a pasar el día?

-Estoy en mi casa.

-Me refiero a la casa de tu familia -se incorporó para observar su rostro.

-Solo tengo a Freddie. Y a Nina -añadió-. Pero ella siempre va a Waldorf.

-¿Y tus padres? Nunca te he preguntado si todavía tienes padres o dónde viven.

-Están en Cannes -¿o era en Monte Carlo? De pronto se dio cuenta de que no estaba seguro. No tenía mucha relación con ellos.

-¿No volverán a casa a pasar la fiesta?

-Nunca están en Nueva York en invierno.

-Oh -por mucho que lo intentara, Natasha no era capaz de imaginarse una fiesta sin su familia.

-Nunca cenábamos en casa el día de Acción de Gracias. Siempre salíamos, normalmente estábamos viajando -en sus recuerdos de la infancia había más imágenes de ciudades que de personas, más música que palabras-. Cuando me casé con Angela, normalmente salíamos a cenar a un restaurante y después íbamos al teatro.

-Pero... -se obligó a interrumpirse y se quedó en silencio.

-¿Pero qué?

-Cuando tuvisteis a Freddie...

-Nada cambió.

Se tumbó de espaldas, con la mirada clavada en el techo. Habría querido hablarle de su matrimonio, de sí mismo, del hombre que había sido, pero decidió retrasar el

momento. Era demasiado pronto, reflexionó. ¿Cómo podía construir nada cuando todavía no había terminado de limpiar los escombros de su pasado?

-Nunca te he hablado de Angela.

-No tienes por qué hacerlo -sacudió la cabeza otra vez. Ella lo había invitado a dormir en su casa, no a rastrear los fantasmas del pasado.

-Es por mí -se sentó en la cama y estiró el brazo para alcanzar la botella de champán que se habían llevado a la habitación. Llenó dos copas y le tendió una a Natasha.

-No necesito explicaciones, Spence.

-¿Pero estás dispuesta a escucharme? -Sí, si es importante para ti.

Spence tardó un momento en preparar lo que iba a decir.

-Yo tenía veinticinco años cuando la conocí. Estaba en la cima del mundo, en lo que a la música se refería y, para ser sincero, a los veinticinco años no había nada que me importara más. Había pasado toda mi vida viajando, haciendo exactamente lo que me gustaba y teniendo éxito en lo que era más importante para mí. Creo que nadie me negó nunca nada, ni me impidió hacer algo. Cuando la vi, la quise.

Se interrumpió para beber un sorbo de champán y volvió la cabeza. A su lado, Natasha fijaba la mirada en la copa, observando el movimiento de las burbujas.

-Y ella te quiso.

-A su manera. La pena fue que su atracción hacia mí era tan superficial como la mía hacia ella. Y al final resultó ser igualmente destructiva. Yo amaba las cosas hermosas -rio con ironía y volvió a beber-. Y estaba acostumbrado a tenerlas. Ella era exquisita como una muñeca de porcelana. Nos movíamos en los mismos círculos, asistíamos a las mismas fiestas, teníamos los mismos gustos en literatura y música.

Natasha se cambió la copa de mano, deseando que sus palabras no la hicieran sentirse tan triste.

-Es importante tener cosas en común.

-Oh, teníamos muchísimas cosas en común. Ella era tan mimada y consentida como yo, igualmente egoísta y ambiciosa. No creo que compartiéramos ninguna cualidad digna de admiración.

-Eres demasiado duro contigo mismo.

-Entonces no me conocías -y descubrió que agradecía profundamente que así fuera-. Era un joven muy rico que daba todo lo que tenía por supuesto porque siempre lo había tenido. Pero las cosas cambian -musitó.

-Solo las personas que nacen con dinero pueden considerarlo una desventaja.

Spence la miró; la vio sentada, con las piernas cruzadas, agarrando la copa con las dos manos. Su mirada era solemne y directa, y le hizo sonreír para sí.

-Sí, tienes razón. Me pregunto qué habría sucedido si te hubiera conocido cuando tenía veinticinco años -acarició su pelo, pero no profundizó en ese punto-. El caso es que Angela y yo nos casamos, y en menos de un año, antes de que se hubiera secado la tinta de nuestro certificado de matrimonio, ya nos habíamos aburrido el uno del otro.

-¿Por qué?

-Porque en aquel momento éramos demasiado parecidos. Cuando comenzamos a distanciarnos, yo me propuse hacer todo lo posible para arreglar las cosas. Nunca había fracasado en nada. Lo peor de todo era que quería que el matrimonio funcionara, más para satisfacer a mi propio ego que a causa de mis sentimientos hacia ella. Estaba enamorado de la imagen de Ángela y de la imagen que conformábamos juntos.

-Sí -Natasha pensó en sí misma y en sus sentimientos hacia Anthony-. Lo comprendo.

-¿De verdad? -su pregunta fue solo un susurro-. A mí me llevó años comprenderlo. En cualquier caso, en cuanto lo conseguí, hubo otras cosas que tuvimos que considerar.

-Freddie -intervino Natasha otra vez.

-Sí, Freddie. Aunque continuábamos viviendo juntos y, cumplíamos con las formalidades del matrimonio, Angela y yo ya hacíamos vidas separadas. Pero en público y en privado éramos... civilizados. No puedo decirte lo demandante, destructivo y civilizado que puede llegar a ser el matrimonio. Era un fraude, para ambas partes. Y los dos éramos igualmente culpables. Un día llegó a casa furiosa, lívida. Recuerdo cómo se acercó al mueble bar y dejó caer el visón al suelo. Se sirvió una copa, la vació de un trago y la estrelló contra la pared. Y me dijo que estaba embarazada.

Sintiendo la garganta seca, Natasha bebió.

-¿Cómo te sentiste?

-Estupefacto. Estaba impactado. Nunca habíamos pensado en tener un hijo. Ya éramos suficientemente niños, suficientemente mimados nosotros solos. Ángela había tenido muy poco tiempo para pensar en lo que iba a hacer, pero ya tenía una respuesta: viajaría a Europa y abortaría en una clínica privada.

Algo se tensó en el interior de Natasha.

-¿Y era eso lo que tú querías?

Spence deseó, Dios, cómo lo deseó, haber podido contestar con un inequívoco «no».

-Al principio no lo sabía. Mi matrimonio estaba destrozado, jamás había pensado en tener hijos. Me parecía lo más sensato. Pero después, y no estoy seguro de por qué, me puse furioso. Supongo que fue porque una vez más, era el camino más fácil, el más fácil para los dos. Ella solo quería que chasqueara los dedos y la ayudara a... deshacerse de aquel inconveniente.

Natasha apretó la mano en un puño. Spence no podía saber cuánto le estaban doliendo sus palabras. -¿Y qué hiciste?

-Llegué a un acuerdo con ella. Si ella tenía el hijo, le daríamos otra oportunidad a nuestro matrimonio. Si abortaba, yo me divorciaría y me aseguraría de que no pudiera disfrutar de lo que ella consideraba su parte del dinero de los Kimball.

-Porque tú sí querías tener ese hijo.

-No -era duro admitirlo, todavía le costaba hacerlo-. Porque quería que mi vida transcurriera tal como la había imaginado. Porque sabía que si había un aborto, las cosas jamás podrían arreglarse. Y pensaba quizá que, si compartíamos algo así,

podríamos volver a arreglar las cosas entre nosotros.

Natasha permaneció en silencio un momento, absorbiendo sus palabras y viéndolas reflejadas en sus propios recuerdos.

-A veces la gente piensa que un bebé puede arreglar lo que ya está roto.

-Y eso no es cierto -terminó Spence por ella-. Nadie debería hacer una cosa así. Para cuando Freddie nació, yo ya había perdido mi conexión con la música. No podía escribir. Angela tuvo a Freddie y se la pasó a Vera, como si fuera un gatito. Y yo no la traté mucho mejor.

-No -Natasha lo agarró de la muñeca-. Te he visto con ella. Sé cuánto la quieres.

-Ahora. Lo que me dijiste aquel día, en las escaleras de la universidad, sobre que no me la merecía, me dolió porque era verdad -vio que Natasha sacudía la cabeza, pero continuó-. Llegué a un acuerdo con Angela y durante más de un año lo mantuvimos. Yo apenas veía a la niña porque estaba demasiado ocupado acompañando a Angela al ballet o al teatro. Dejé de trabajar por completo. No hacía nada. Jamás atendí a Freddie, ni le di de comer, ni la bañé, ni la cuidé por las noches. A veces, la oía llorar en la otra habitación y me preguntaba que qué era ese ruido. Después lo recordaba.

Spence tomó la botella para llenar otra vez su copa.

-En una ocasión, antes de que Freddie cumpliera dos años, comencé a pensar y me di cuenta de lo que había hecho con mi vida. Y de lo que no había hecho. Me asqueaba. Tenía una hija. Me había costado más de un año darme cuenta de ello. No tenía un matrimonio, ni una esposa ni la música, pero tenía una hija. Decidí que tenía una obligación, una responsabilidad, y ya era hora de que me enfrentara a ella. Así es como pensé en Freddie al principio, cuando comencé a pensar en ella. Como si fuera una obligación -bebió otra vez y sacudió la cabeza-. Era poco mejor que ignorarla. Al final vi, vi realmente, lo hermosa que era esa pequeña y me enamoré de ella. La levanté de la cuna, terriblemente asustado, y la sostuve en brazos. Empezó a llorar, llamando a Vera.

Spence rio al recordarlo y fijó la mirada en la copa.

-Tardó meses en llegar a sentirse cómoda conmigo. Para entonces, yo ya le había pedido a Angela el divorcio. Ella aceptó mi oferta sin pestañear. Cuando le dije que quería quedarme a la niña, me deseó suerte y se largó. Jamás regresó para ver a Freddie, ni una sola vez durante los meses en los que los abogados estuvieron peleando para llegar a un acuerdo. Después me enteré de que había muerto. Un accidente en yate en el Mediterráneo. A veces tengo miedo de que Freddie recuerde cómo era su madre. De que recuerde cómo era yo.

Natasha recordó lo que Freddie le había contado de su madre cuando la había mecido. Dejó la copa a un lado y enmarcó el rostro de Spence entre las manos.

-Los niños perdonan -le dijo-. Es fácil perdonar cuando se quiere a alguien. Es más duro, es mucho más duro, perdonarse a uno mismo. Pero tienes que hacerlo.

-Creo que ya he empezado a hacerlo. Natasha le quitó la copa.

-Quiero hacerte el amor -dijo sencillamente, y lo abrazó.

Una vez apaciguada la pasión, todo era diferente. Más lento, más suave, más rico.

De rodillas en la cama, se encontraron en un beso. Fue una larga y lenta exploración de gustos que ya comenzaba a resultarles inquietantemente familiares. Natasha quería demostrarle lo que significaba para ella, y que lo que estaban compartiendo aquella noche pertenecía a mundos distintos de los que procedían. Natasha quería consolarlo, excitarlo, purificarlo.

Un suspiro, un murmullo, después un lento y líquido gemido. Los sonidos fueron seguidos por una ligera y breve caricia. Deslizó las yemas de los dedos por su piel. Natasha conocía el cuerpo de Spence tan bien como el suyo, conocía cada ángulo, cada plano, cada rincón. Cuando la respiración de Spence se convirtió en un susurro, Natasha rio quedamente. Mientras lo observaba a la luz de las velas, besó su sien, su mejilla, las comisuras de sus labios, su garganta. Lo sentía palpar por ella.

Natasha era más erótica que cualquier fantasía. Su cuerpo se mecía acercándose y alejándose de él, pero sus ojos no se apartaban de los suyos, resplandecientes, conscientes, mientras su pelo caía como un torrente de oscura seda sobre sus hombros desnudos.

Cuando Spence la acarició, deslizando las manos por todo su cuerpo, Natasha echó la cabeza hacia atrás. Pero no había nada de sumisión en su gesto. Era una demanda: estaba pidiendo que le diera placer.

Con un suave gemido, Spence bajó la boca desde los labios de Natasha hasta su garganta y sintió el deseo clavándose como un puño en sus entrañas. Con la boca cada vez más ávida, trazó un camino por su cuerpo, deteniéndose en sus senos henchidos. Podía sentir su corazón, casi saborearlo, mientras lo notaba latir contra sus labios. Natasha hundía las manos en su pelo, se aferraba a él con fuerza mientras se arqueaba.

Antes de que pudiera pensar en alcanzarla, Natasha ya estaba volando sobre las cumbres del placer.

Sin respiración, estremecida, se abrazaba a él. Apenas era capaz de susurrar mientras él la ayudaba a tumbarse en la cama. Intentaba recuperar el control de su cuerpo, pero Spence ya había hecho añicos su voluntad y toda su capacidad de control.

Eso era seducción. Ella no la había pedido, y tampoco la había deseado. Pero en aquel momento la recibía con placer. No podía moverse, no podía protestar. Indefensa, ahogada en su propio placer, le permitía hacer de ella lo que quisiera. Los labios de Spence vagaban libremente sobre su piel empapada en sudor. Sus manos jugaban con ella como si estuvieran afinando hábilmente un instrumento. Natasha sentía cómo se relajaban sus músculos hasta alcanzar una total laxitud.

Su respiración comenzó a agitarse. Oía música. Sinfonías, cantatas, preludios. La debilidad se transformó en fuerza mientras lo abrazaba, deseando sentir su cuerpo contra el suyo.

Lenta, tormentosamente, Spence recorría su cuerpo, dejando un camino de hielo y de fuego, de placer y dolor. Su propio cuerpo se estremecía cuando Natasha se movía debajo de él. Buscó su boca para hundirse en ella y no dejó de besarla cuando Natasha clavó los dedos en sus caderas.

Una y otra vez, Spence los llevaba hasta el límite, pero una vez allí retrocedía, prolongando y multiplicando el placer. El cuello de Natasha era una columna blanca con la que Spence se deleitaba cada vez que la veía elevarse hacia él. Sentía sus brazos a su alrededor como un lazo de seda. Sintió el aliento de Natasha en su mejilla, en su boca, donde cristalizó en su nombre, como si fuera un ruego musitado contra sus labios.

Cuando se deslizó en su interior, incluso el placer se hizo añicos.

Natasha se despertó y sintió el olor del café y el jabón y la gozosa sensación de que alguien le besara el cuello.

-Si no te despiertas -le susurró Spence al oído-, voy a meterme otra vez en la cama contigo.

-De acuerdo -dijo Natasha con un suspiro y se acurrucó contra él.

Spence dirigió una larga y reluciente mirada hacia sus hombros, que asomaban desnudos entre las sábanas.

-Es tentador, pero debo estar en casa dentro de una hora.

-¿Por qué? -Natasha lo buscó con los ojos todavía cerrados.

-Son casi las nueve.

-¿Las nueve? ¿De la mañana? -abrió los ojos inmediatamente y se sentó en la cama. Prudentemente, Spence apartó la taza de café de su alcance-. ¿Cómo pueden ser las nueve?

-Bueno, es algo que suele pasar después de las ocho.

-Pero yo nunca duermo hasta tan tarde -se echó el pelo hacia atrás con ambas manos y consiguió enfocar la mirada-. Estás vestido.

-Desgraciadamente -le confirmó, más reluciente aún al ver cómo las sábanas se deslizaban hasta su cintura-. Llevarán a Freddie a casa a las diez. Me he duchado -alargó el brazo y comenzó a jugar con su pelo-. Iba a despertarte, para ver si querías reunirme conmigo, pero estabas tan profundamente dormida que no he tenido corazón para hacerlo -se inclinó para mordisquearle el labio inferior-. Nunca te había visto dormida.

A Natasha le bastó aquella idea para sentir cómo corría la sangre bajo su piel.

-Deberías haberme despertado.

-Sí -le ofreció la taza de café con una media sonrisa-. Ahora comprendo que he cometido un error. Cuidado con el café -le advirtió-. Está malísimo. Es la primera vez que lo hago.

Sin dejar de mirarlo, Natasha bebió un sorbo e hizo una mueca.

-Realmente, deberías haberme despertado -pero bebió valientemente otro trago, pensando en el gesto tan dulce que había tenido al llevarse a la cama-. ¿Tienes tiempo para desayunar? Puedo preparar algo.

-Me encantaría. Pensaba comprar un donuts en la panadería que está al final de la calle.

-No soy capaz de hacer una repostería como la de la panadería, pero te

prepararé unos huevos -riendo, dejó la taza a un lado-. Y un buen café.

En menos de diez minutos, Natasha, envuelta en una bata roja, estaba friendo lonchas de jamón. A Spence le gustaba verla así, con el pelo revuelto y los ojos todavía somnolientos. Se movía competentemente desde la cocina hasta la encimera, como una mujer acostumbrada a hacer ese tipo de tareas.

Afuera, un cielo apagado y gris empapaba las calles de la fría lluvia de noviembre. Spence oyó pasos en el piso de arriba y después una suave melodía. Era una pieza de jazz, procedente de la radio de los vecinos. Se oía también el chisporroteo del jamón en el fuego y el zumbido del calefactor bajo la ventana. Música matutina, pensó Spence.

-Podría llegar a acostumbrarme a esto -comentó, expresando sus pensamientos en voz alta.

-¿A qué? -Natasha metió dos rebanadas de pan en el tostador.

-A levantarme contigo, a desayunar contigo.

A Natasha le temblaron las manos, como si sus pensamientos acabaran de cambiar repentinamente de rumbo. Después comenzó a trabajar otra vez sin decir nada en absoluto.

-Te ha parecido mal lo que he dicho, ¿verdad?

-No es cuestión de que me haya parecido bien o mal -con movimientos rápidos, le tendió una taza de café.

Empezó a dar media vuelta, pero Spence la agarró de la muñeca. Cuando se obligó a mirarlo, Natasha advirtió que la expresión de sus ojos era muy intensa.

-No quieres que me enamore de ti, Natasha, pero eso no es algo que ninguno de los dos podamos elegir.

-Siempre se puede elegir -contestó ella con recelo-. El problema es que a veces es difícil tomar la decisión correcta, o saber cuál es la correcta.

-Entonces ya no hay nada que hacer. Estoy enamorado de ti.

Vio el cambio que se produjo en su rostro, que de pronto pareció ablandarse; y vio también algo en sus ojos, algo profundo e increíblemente bello. Pero de pronto desapareció.

-Se van a quemar los huevos.

Spence apretó los puños mientras Natasha se volvía hacia la cocina. Lentamente, flexionó los dedos.

-He dicho que te amo y tú te preocupas por los huevos.

-Soy una mujer práctica, Spence. He tenido que aprender a serlo -pero le resultaba difícil pensar, muy difícil, cuando su mente y su corazón tiraban en direcciones contrarias. Preparó los platos con el mismo cuidado con el que habría preparado una cena de estado. Pensando una y otra vez en las palabras que todavía rondaban en su cabeza, los llevó a la mesa y se sentó frente a Spence.

-Hace muy poco que nos conocemos.

-Lo suficiente.

Natasha se humedeció los labios. Lo que percibió en la voz de Spence tenía más

que ver con el dolor que con el enfado. Y no había nada que Natasha deseara menos que hacerle daño.

-Hay cosas sobre mí que no sabes. Cosas que todavía no estoy preparada para contarte.

-No importa.

-Claro que importa -tomó aire-. Hay algo entre nosotros. Sería ridículo intentar negarlo. Pero amor... «Amor» es la palabra más grande del mundo. Si compartimos esa palabra, entonces todo cambiará.

-Sí.

-Y no puedo dejar que las cosas cambien. Te dije desde el primer momento que no habría promesas ni proyectos. No quiero que mi vida cambie, que deje de ser lo que es ahora.

-¿Es porque tengo una hija?

-Sí y no -por primera vez desde que Spence la conocía, los gestos de Natasha expresaban abiertamente sus miedos-. Continuaría queriendo a Freddie aunque te odiara. Por lo que ella es. Quererte a ti solo me sirve para quererla más. Pero tanto para mí como para ti, las cosas cambiarían de forma radical si decidiéramos dar un paso adelante. Y no estoy preparada para asumir la responsabilidad de educar a una niña -escondida tras la mesa, se llevó la mano al estómago-. Pero con Freddie o sin ella, no estoy dispuesta a dar el próximo paso adelante. Lo siento, y te comprendería si no quisieras volver a verme.

Debatiéndose entre la frustración y la furia, Spence se levantó y se acercó a la ventana. La lluvia continuaba cayendo débilmente, empapando las flores del jardín. Natasha había pasado por algo enorme y vital. Y no confiaba todavía en él, Spence lo sabía. Después de todo lo que habían compartido, no confiaba en él. Al menos no lo suficiente.

-Sabes que no puedo dejar de verte, y tampoco dejar de amarte.

Claro que podría dejar de amarla, pensó Natasha, pero descubrió que tenía miedo de decírselo. Era egoísta, terriblemente egoísta, pero quería que Spence la amara.

-Spence, hace tres meses ni siquiera te conocía.

-Entonces estoy precipitando las cosas.

Natasha se encogió de hombros y comenzó a pinchar los huevos.

Spence la estudiaba desde detrás. Observaba sus dedos inquietos desplazarse desde el tenedor a la taza y después desde la taza al tenedor. No estaba precipitando absolutamente nada y ambos lo sabían. Se inclinó contra la ventana, pensando en ello. Algún canalla le había roto el corazón y Natasha tenía miedo de que volvieran a rompérselo otra vez.

Muy bien, pensó. Conseguiría hacerle cambiar de opinión. Con un poco de tiempo y la más sutil forma de presión. La convencería, se prometió a sí mismo. Por primera vez en su vida, no pensaba que nada podía ser más importante que su música. Durante los últimos años, había aprendido a ver las cosas de manera diferente. Su hija era infinitamente más importante, más preciosa y más bella que toda la música del mundo.

Y había aprendido en solo unas semanas que una mujer también podía ser tan importante como su hija, de una forma distinta, sí, pero igualmente importante.

Freddie lo había esperado a él, Dios la bendijera. El podía esperar a Natasha.

-¿Quieres ir al cine?

Natasha se había preparado para enfrentarse a su enfado, así que se limitó a mirarlo confundida por encima del hombro.

-¿Qué?

-He dicho que si te gustaría venir al cine. A ver una película -como si nada hubiera pasado, volvió a sentarse a la mesa-. Le he prometido a Freddie que la llevaría esta tarde al cine.

-Yo... sí -asomó a sus labios una recelosa sonrisa-. Me gustaría ir con vosotros. ¿No estás enfadado conmigo?

-Sí, estoy enfadado -Spence le devolvió la sonrisa mientras comenzaba a comer-. Así que si vienes, tendrás que comprar las palomitas.

-De acuerdo.

-De tamaño grande.

-Ah, ahora comienzo a comprender tu estrategia. Me haces sentirme culpable para que después tenga que gastarme mi dinero contigo.

-Eso es. Y cuando te arruines, tendrás que casarte conmigo. Unos huevos riquísimos -añadió, cuando Natasha lo miró boquiabierta-. Deberías comerte los tuyos antes de que se enfríen.

-Sí -Natasha se aclaró la garganta-. Puesto que me has ofrecido una invitación, yo voy a hacerte otra. Pensaba habértelo dicho ayer por la noche, pero me has tenido muy distraída.

-Lo recuerdo -Spence frotó el pie de Natasha con el suyo-. Resulta muy fácil distraerte, Natasha.

-Quizá. Es sobre la llamada de mi madre y el día de Acción de Gracias. Me dijo que si quería, podía llevar a alguien a casa -miró los huevos con el ceño fruncido-. Pero supongo que tú ya tienes otros planes.

Spence esbozó una sonrisa lenta y satisfecha. Quizá no tuviera que esperar tanto como pensaba.

-¿Me estás invitando a la comida de Acción de Gracias de tu familia?

-En realidad la invitación es de mi madre -precisó-. Siempre hace demasiada comida y tanto a ella como a mi padre les gusta estar bien acompañados. Cuando me lo dijo, pensé en ti y en Freddie.

-Me alegro de saber que piensas en nosotros. Gracias.

-De nada -dijo, enfadada consigo misma por estar alargando tanto lo que debería haber sido una sencilla invitación-. Siempre suelo marcharme el miércoles por la tarde en tren y regreso los viernes por la noche. Como el viernes no hay que trabajar, he pensado que a lo mejor os apetecería venir conmigo.

-¿Tendremos que comer brosch?

Natasha curvó los labios en una sonrisa.

-Podría pedirle a mi madre que lo hiciera -apartó su plato a un lado cuando vio que los ojos de Spence resplandecían-. No quiero que te formes una idea equivocada. Simplemente es una invitación de amiga a amigo.

-Muy bien.

Natasha lo miró con el ceño fruncido.

-Creo que a Freddie le gustará disfrutar de una comida familiar.

-Muy bien otra vez.

Su excesiva complacencia la hizo bufar frustrada.

-Que la comida sea en casa de mis padres no significa que quiera llevarte allí por... -sacudió la mano, mientras buscaba una frase apropiada-, para buscar su aprobación o para presentarte.

-¿Quieres decir que tu padre no va a llevarme a su despacho para preguntarme cuáles son mis intenciones?

-No tenemos despacho -murmuró Natasha-. Y no. Ya soy una mujer adulta -como Spence sonreía de oreja a oreja, lo miró arqueando una ceja-. Aunque quizá se dedique a estudiarte discretamente.

-Me comportaré todo lo bien que pueda.

-¿Entonces vendrás?

Spence se recostó en su asiento, dio un sorbo a su café y sonrió para sí.

-No me lo perdería por nada del mundo.

10

Freddie permanecía sentada en el asiento de atrás, cubierta con una manta hasta la barbilla y abrazada a su muñeca de trapo. Como quería disfrutar de sus propias fantasías mientras viajaba, fingía dormir y la verdad era que se estaba realmente de vez en cuando. El viaje hasta Nueva York era muy largo, pero estaba demasiado emocionada para aburrirse.

Se oía una suave melodía en la radio. Como buena hija de su padre, podía reconocer que se trataba de una pieza de Mozart, pero como niña, le habría gustado que pusieran algo que pudiera cantar. Habían dejado ya a Vera en casa de su hermana, en Manhattan, donde el ama de llaves pensaba quedarse hasta el domingo. Y en ese momento Spence se dirigía en su enorme y silencioso coche hacia Brooklyn.

Para Freddie supuso una pequeña desilusión que no hubieran ido en tren, pero le gustaba acurrucarse y escuchar a su padre y a Natasha mientras hablaban. No prestaba mucha atención a lo que decían. Con oír sus voces era suficiente.

Se sentía casi enferma de emoción ante la idea de conocer a la familia de Natasha y compartir con ella un enorme pavo. Aunque el pavo no le gustaba demasiado, Natasha le había dicho que podría llenarse con la salsa de arándanos y succotash. Ella nunca había comido succotash, pero el nombre le parecía divertido y sabía que estaría bueno. Pero aunque no lo estuviera, aunque no le gustara, estaba decidida a comerse todo, a ser educada y a dejar el plato limpio. JoBeth le había contado que su abuela se

enfadaba cuando no se comía todas las verduras, así que Freddie no iba a correr riesgos.

Sintió un parpadeo de luces sobre sus párpados cerrados. Curvó los labios ligeramente al oír la carcajada de Natasha uniéndose a la risa de su padre. En su imaginación, ya eran una familia. En vez de una muñeca de trapo, Freddie cuidaba atentamente de su hermanita mientras conducían todos hacia casa de los abuelos. Era como la canción, pensó, aunque no sabía si la casa de los abuelos estaría sobre el río. Y además no creía que tuvieran que cruzar ningún bosque.

Su hermanita se llamaba Katie y tenía el pelo negro y rizado como el de Natasha. Cuando Katie lloraba, Freddie era la única que podía consolarla. Katie dormía en una cunita, en la habitación de Freddie, y Freddie siempre se aseguraba de arroparla con su mantita rosa. Los bebés podían constiparse, Freddie lo sabía. Y cuando lo hacían, había que darles las medicinas con un cuentagotas. Y todo el mundo decía que Katie se tomaba mucho mejor las medicinas cuando se las daba Freddie.

Encantada consigo misma, Freddie abrazó a su muñeca.

-Vamos a ver a la abuela -le susurró, y comenzó a tejer una nueva fantasía alrededor de la visita.

El problema era que Freddie no estaba segura de cómo debía fingir que eran sus abuelos. A lo mejor no les gustaban los niños, pensó. O quizá no querían que fueran a verlos. Cuando llegara allí, se sentaría en una silla con las manos cruzadas en el regazo. Así era como decía la tía Nina que se sentaban las señoritas. Freddie odiaba ser una señorita. Pero solo tendría que estar unas horas sentada, sin hablar en voz alta y nunca, nunca, correría por la casa.

Se enfadarían con ella y la mirarían con el ceño fruncido si se le caía algo al suelo. Quizá le gritaran. Le había oído decir a JoBeth que su padre gritaba, especialmente cuando el hermano mayor de JoBeth, que estaba ya en tercer grado, había tomado uno de los palos de golf de su padre y se había puesto a lanzar piedras con ellos en el jardín de su casa. Una de las piedras había roto la ventana de la cocina.

Quizá rompiera ella una ventana sin querer. Entonces Natasha no se casaría con su padre ni se quedaría con ellos. No habría madre ni ninguna hermanita, y su padre dejaría de tocar música por las noches.

Casi paralizada por sus pensamientos, Freddie se encogió en su asiento a medida que el coche reducía la velocidad.

-Sí, gira aquí -al ver su barrio, a Natasha le subió todavía más el ánimo-. Ya casi estamos, a la izquierda. Ahora tendrías que aparcar... mira, ahí -señaló un hueco detrás de la camioneta de su padre. Evidentemente, los Stanislaski habían comentado en el barrio que iban a llegar su hija y unos amigos y habían decidido cooperar.

Allí siempre eran así las cosas, pensó. Los Poffenberger vivían a un lado de la casa y los Anderson al otro desde que Natasha podía recordar. Una familia le llevaba a otra la comida cuando había alguien enfermo y se turnaban par ir a buscar a los niños al colegio. Habían compartido penas y alegrías. Y habían abundado los chismorreos.

Mikhail había estado saliendo con la bonita hija de los Anderson, y años después

había sido el padrino de su boda, cuando la chica se había casado con uno de los amigos de Mikhail. Los padres de Natasha eran los padrinos de uno de los bebés de los Poffenberger.

Quizá esa fuera la razón por la que, cuando Natasha había descubierto que necesitaba un nuevo lugar para empezar una nueva vida, se había decidido por una ciudad que le recordaba a su hogar. Quizá no en su aspecto, pero sí en el tipo de relaciones que se establecían entre la gente.

-¿En qué estás pensando? -le preguntó Spence.

-Solo estaba recordando -volvió la cabeza para sonreírle-. Me alegro de volver -salió a la acera y se estremeció al sentir el aire helado. Después abrió la puerta trasera para que saliera Freddie-. Freddie, ¿estás dormida?

Freddie permanecía encogida, con los ojos abiertos.

-No.

-Ya hemos llegado. Es hora de salir del coche.

Freddie tragó saliva y apretó la muñeca contra su pecho.

-¿Y si no les gusto?

-¿A qué viene esto? -Natasha se agachó a su lado y le apartó el pelo de la cara-. ¿Has estado soñando?

-A lo mejor no les gusto y no quieren que esté allí. A lo mejor creen que soy una peste. Hay muchas personas que piensan que los niños son una peste.

-Entonces hay mucha gente estúpida -dijo Natasha enérgicamente, mientras le abrochaba el abrigo.

-A lo mejor. Pero es posible que yo no les guste.

-¿Y si a ti no te gustan ellos?

Eso era algo que no se le había ocurrido pensar. Freddie se frotó la nariz con el dorso de la mano, considerando lo que acaban de decirle, antes de que Natasha le diera un pañuelo.

-¿Son simpáticos?

-Yo creo que sí. Pero tú misma lo decidirás cuando los conozcas, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

-Señoritas, creo que deberían elegir otro momento para su conversación -Spence permanecía a poca distancia de ellas, ocupándose del equipaje-. ¿Qué está pasando aquí? -preguntó, cuando se reunió con ellas en la acera.

-Es una conversación entre mujeres -contestó Natasha, guiñándole el ojo a Freddie y haciéndola reír.

-Magnífico -Spence comenzó a caminar sobre la acera, siguiendo a Natasha-. No hay nada mejor que soportar un viento glacial mientras se sujetan trescientos kilos de equipaje. ¿Qué llevas ahí, ladrillos?

-Solo algunas cosas que considero esenciales -encantada con él, se volvió y le dio un beso en la mejilla... justo en el momento en el que Nadia abrió la puerta.

-Bien -complacida, Nadia se cruzó de brazos-. Ya le dije a papá que llegarías antes de que terminara Johnny Carson.

-¡Mamá!

Natasha subió corriendo los escalones de la entrada para abrazar a su madre. Aquella era la esencia que siempre recordaba; una deliciosa mezcla a talco y nuez moscada. Y como siempre, el cuerpo fuerte y firme de su madre. El aspecto fuerte de Nadia parecía acentuarse con las arrugas que las risas y las preocupaciones habían dejado en su rostro.

Nadia musitó unas palabras de afecto y besó a Natasha en las mejillas. Al ver a su hija, se veía a sí misma veinte años atrás.

-Venga, no dejes que tus invitados se mueran de frío.

El padre de Natasha apareció en aquel momento en el vestíbulo y la levantó en brazos. No era un hombre alto, pero los años que había pasado trabajando en la construcción habían conferido a sus brazos la dureza del granito. Soltó una carcajada y besó a su hija.

-Menudos modales -declaró Nadia mientras cerraba la puerta-. Yuri, Nadia ha traído invitados.

-Hola -Yuri le tendió su callosa mano a Spence-: Bienvenido.

-Estos son Spence y Freddie Kimball -mientras hacía las presentaciones, Natasha advirtió que Freddie deslizaba la mano en la de su padre.

-Encantados de conoceros -tan cariñosa como siempre, Nadia los besó a los dos-. Quitaos los abrigos y sentaos. Seguro que estáis cansados.

-Agradecemos la invitación -comenzó a decir Spence. Después, sintiendo que Freddie estaba nerviosa, la levantó en brazos y la llevó al comedor.

Era una habitación pequeña, con las paredes empapeladas y unos muebles ya viejos. Pero había tapetes de ganchillo en los brazos de los sillones, la madera resplandecía y había preciosos cojines por doquier. Entre las plantas y chucherías, asomaban las numerosas fotos enmarcadas de la familia.

Un ronco resuello le hizo bajar a Spence la mirada. Había un perro gris en una esquina que empezó a mover la cola cuando vio a Natasha. Haciendo un obvio esfuerzo, se levantó y fue contoneándose hasta ella.

-Sasha -Natasha se agachó para enterrar el rostro en el pelaje del perro. Soltó una carcajada cuando el animal volvió a sentarse y se recostó contra ella-. Sasha es muy viejo -le explicó a Freddie-. Lo que más le gusta es dormir y comer.

-Y beber vodka -señaló Yuri-. Ahora beberemos todos. Excepto tú -añadió, apuntando con el dedo la nariz de Freddie-. Tú tomarás champán, ¿verdad?

Freddie rio suavemente y se mordió el labio. El padre de Natasha no era exactamente como se había imaginado a su abuelo. Yuri no tenía el pelo blanco como la nieve ni una gran barriga. En realidad, tenía el pelo negro y blanco al mismo tiempo, y no tenía ninguna barriga en absoluto. Hablaba de forma divertida, con una voz vibrante y amable. Y olía muy bien, como las cerezas. Y su sonrisa era muy bonita.

-¿Qué es el vodka?

-Una bebida rusa -le contestó Yuri-. Una bebida que se hace de cereales.

Freddie arrugó la nariz.

-Eso suena asqueroso -dijo, e inmediatamente se mordió el labio. Pero cuando Yuri estalló en carcajadas, consiguió esbozar una tímida sonrisa.

-Natasha te habrá contado que a su papá siempre le gusta bromear con las niñas -Nadia le dio un codazo a su marido en las costillas-. Eso es porque en su corazón sigue siendo un niño. ¿Te apetece un chocolate caliente?

Freddie se debatía entre la seguridad de la mano de su padre y una de sus tentaciones favoritas. Y Nadia le estaba sonriendo, no con una de esas sonrisas ridículas con las que los adultos miraban a veces a los niños. La de Nadia era una sonrisa cariñosa como la de Natasha.

-Sí, señora.

Nadia asintió complacida por los buenos modales de la niña.

-A lo mejor prefieres venir conmigo. Te enseñaré a hacer unos merengues enormes.

Olvidando su timidez, Freddie abandonó la mano de Spence para tomar la de Nadia.

-Tengo dos gatos -le dijo orgullosamente mientras se adentraban en la cocina-. Y el día de mi cumpleaños tuve varicela.

-Sentaos, sentaos -les ordenó Yuri, señalando hacia el sofá-. Vamos a tomar una copa.

-¿Dónde están Alex y Rachel? -con un suspiro satisfecho, Natasha se hundió en el sofá.

-Alex se ha ido con su novia al cine. Es una chica muy bonita -dijo Yuri, elevando sus brillantes ojos al cielo-. Y Rachel está en una conferencia. Uno de esos importantes abogados de Washington, D.C. que ha venido a la universidad.

-¿Y cómo está Mikhail?

-Muy ocupado. Está arreglando un apartamento en el Soho -les acercó las copas y brindó con ellos antes de beber-. Así que -le dijo a Spence mientras se sentaba en su sillón favorito-, te dedicas a enseñar música.

-Sí. Natasha es una de mis mejores alumnas de Historia de la Música.

-Es una chica muy inteligente mi Natasha -se recostó en la silla y estudió a Spence sin ninguna discreción, desmintiendo los pronósticos de Natasha-. Así que sois buenos amigos.

-Sí -Natasha reparó incómoda en el brillo de los ojos de su padre-, somos amigos. Spence ha venido a vivir a la ciudad este verano. El y Freddie vivían en Nueva York.

-Vaya, eso sí que es interesante. Así que ha sido cosa del destino.

-Me gusta pensar que sí -se mostró de acuerdo Spence, disfrutando de la conversación-. He tenido la suerte de tener una hija pequeña y de que Natasha sea propietaria de una juguetería terriblemente tentadora. Y, además, ella se matriculó en una de mis clases. De modo que le ha sido imposible evitarme cuando ha empezado a ponerse cabezota.

-Es muy cabezota, sí -confirmó Yuri con tristeza-. Y su madre también. Yo, sin embargo, soy más simpático.

Natasha bufó burlona.

-La cabezonería y la falta de respeto son dos rasgos propios de las mujeres de la familia -Yuri bebió otro trago-. Esa es mi desgracia.

-Quizá algún día yo tenga la suerte de poder decir lo mismo -Spence sonrió por encima del borde del vaso-. Cuando consiga convencer a Natasha de que se case conmigo.

Natasha se levantó al instante, ignorando la sonrisa de su padre.

-Puesto que ya se os ha subido el vodka a la cabeza, iré a ver si a mamá le queda un poco de chocolate para mí.

Yuri se levantó de la silla para alcanzar la botella mientras Natasha desaparecía.

-En fin, dejaremos el chocolate para las mujeres.

Natasha se despertó al amanecer, con Freddie acurrucada en sus brazos. Estaba en la cama en la que había dormido cuando era niña, en la misma habitación en la que ella y su hermana habían pasado incontables horas riendo, hablando y discutiendo. El papel de las paredes era el mismo. Rosas caídas. Cada vez que su madre amenazaba con pintarlo, Rachel y ella protestaban. Sentía algo especial al despertarse rodeada por las mismas paredes que la habían acompañado durante la infancia y a través de la adolescencia.

Volvió la cabeza y pudo ver la oscura melena de su hermana en la cama de al lado. Las sábanas y las mantas estaban todas revueltas. Típico de Rachel, pensó con una sonrisa. Rachel tenía más energía durmiendo que la mayor parte de la gente despierta. Había llegado a casa poco después de la media noche, ardiendo de entusiasmo por la conferencia a la que había asistido, llena de abrazos, besos y preguntas.

Natasha besó a Freddie en el pelo y se separó de ella con cuidado. La niña se acurrucó en las sábanas, haciendo un suave sonido. Natasha se levantó lentamente. Necesitó un momento para recuperar el equilibrio cuando puso los pies en el suelo. Cuatro horas de sueño, decidió, eran motivo suficiente para que cualquiera se mareara al levantarse.

Cuando llegó al piso de abajo, la recibió el aroma del burbujeante café. Aunque en aquel momento no le apetecía, siguió la fragancia hasta la cocina.

-Mamá -Nadia ya estaba trabajando y estiraba con el rodillo un buen pedazo de masa-. Es muy temprano para estar cocinando.

-Oh, nunca es demasiado pronto para empezar a preparar la comida del día de Acción de Gracias. ¿Quieres un café?

Natasha se llevó la mano al estómago.

-No, creo que no. Supongo que ese bulto cubierto de sábanas que hay en el sofá es Alex.

-Sí, llegó muy tarde -Nadia apretó los labios brevemente, con gesto de desaprobación, y se encogió de hombros-. Ya no es un niño.

-No, y tendrás que enfrentarte a ello, mamá, tus hijos ya han crecido. Y tú los

has criado muy bien.

-No tan bien, Alex todavía no ha aprendido a recoger los calcetines -sonrió, esperando en el fondo que su hijo no la privara del último vestigio de la maternidad tan pronto.

-¿Papá y Spence se acostaron muy tarde?

-A papá le encanta hablar con tu amigo. Es un hombre muy agradable -Nadia hizo un círculo de masa y lo colocó en una fuente-. Y muy atractivo.

-Sí -se mostró de acuerdo Natasha, no sin recelo. -Tiene un buen trabajo, es responsable y quiere a su hija.

-Sí -volvió a decir Natasha.

-¿Por qué no te casas con él, si él tiene tantas ganas de casarse?

Natasha imaginaba que llegaría aquel momento. Reprimió un suspiro y se apoyó contra la mesa de la cocina.

-Hay muchos hombres amables, responsables y atractivos, mamá. ¿Debería casarme con todos ellos?

-No hay tantos como crees -sonriendo para sí, Nadia comenzó a preparar una tercera base de masa-. ¿No lo amas? -como Natasha no contestó, la sonrisa de Nadia se ensanchó-. Ah.

-No empieces. Spence y yo solo nos conocemos desde hace dos meses. Hay muchas cosas que él no sabe de mí.

-Cuéntaselas.

-No creo que sea capaz.

Nadia dejó el rodillo para enmarcar el rostro de su hija con dos manos cubiertas de harina. -El no es como el otro.

-No, ya lo sé, pero...

Impaciente, Nadia sacudió la cabeza.

-Continuar guardándote algo que sucedió hace tanto tiempo solo va a servirte para provocarte una enfermedad. Tienes un buen corazón, Tash, confía en él.

-Quiero confiar -abrazó a su madre-. Lo amo mamá, pero todavía me asusta. Y todavía me duele -exhaló un largo suspiro-. Necesito usar la camioneta de papá.

Nadia no preguntó adónde iba. No necesitaba hacerlo.

-Sí, si quieres, puedo acompañarte.

Natasha se limitó a besar a su madre y sacudió la cabeza.

Natasha salió una hora antes de que Spence bajara con ojos cansados las escaleras. Intercambió con el anciano perro gris una miradas de comprensión. Yuri había sido generoso con el vodka la noche anterior, tanto con su invitado como con su mascota. Y en ese momento, Spence se sentía como si estuvieran golpeándolo con una cadena en la cabeza. Moviéndose como un autómatas, encontró la cocina, siguiendo el olor de la masa en el horno y la feliz fragancia del café.

Nadia lo miró, soltó una risotada y señaló la mesa.

-Siéntate -le sirvió una taza de café, fuerte y negro-. Bebe. Voy a prepararte el

desayuno.

Como un hombre agonizante, Spence se aferraba con las dos manos a la taza de café.

-Gracias, no quiero molestar.

Nadia apenas sacudió la mano mientras tomaba una sartén.

-Sé lo que es un hombre con resaca. Seguro que Yuri te hizo tomar demasiado vodka.

-No, me ocupé de tomarlo yo solo -Nadia abrió un frasco de aspirinas y lo dejó encima de la mesa-. Dios la bendiga, señora Stanislaski.

-Nadia. Cuando estabas borracho me llamabas Nadia.

-No recuerdo haberme sentido así desde que estaba en la universidad -comentó mientras sacaba tres aspirinas-. No puedo imaginarme por qué en aquella época me parecía tan divertido -consiguió esbozar una débil sonrisa-. Mmm, hay algo que huele maravillosamente.

-Te encantarán mis pasteles -colocó unas salchichas en la sartén-. Ayer conociste a Alex, ¿verdad?

-Sí -Spence no protestó cuando Nadia le llenó la taza de café por segunda vez-. Ese fue motivo suficiente para seguir bebiendo. Tienes una familia maravillosa, Nadia.

-Estoy orgullosa de ella -rio mientras las salchichas chisporroteaban en la sartén-. Aunque a veces también me preocupan mis hijos. Bueno, tú ya sabes lo que es tener una hija.

-Sí -la miró sonriente, imaginándose el aspecto que tendría Natasha un cuarto de siglo después.

-Natasha es la que vive más lejos. Y la que más me preocupa.

-Es una mujer muy fuerte.

Nadia se limitó a asentir y añadió unos huevos a la sartén.

-¿Eres un hombre paciente, Spence? -Creo que sí.

Nadia lo miró por encima del hombro.

-Pues no seas demasiado paciente.

-Es extraño, Natasha me dijo lo mismo una vez.

Complacida, Nadia puso a tostar una rebanada de pan.

-Es una chica inteligente.

En ese momento se abrió la puerta para dar paso a un moreno, somnoliento y sonriente Alex. -Huele a comida.

Empezaron a caer las primeras nieves, copos pequeños, muy ralos, que se arremolinaban con el viento y se desvanecían antes de llegar al suelo. Había algunas cosas, Natasha lo sabía, bellas y preciadas, de las que se podía disfrutar durante muy poco tiempo.

Estaba sola, de pie, envuelta en un aire frío que no sentía. Excepto por dentro. La luz era gris, pero no deprimente; era imposible que lo fuera con aquellos diminutos copos de nieve danzando frente a ella. No había llevado flores. Nunca lo hacía. Pensaba

que quedarían muy tristes en una tumba tan pequeña.

Azucena. Cerró los ojos, permitiéndose recordar lo que había sentido al sostener aquella pequeña y delicada vida en sus brazos. Su bebé. Milaya. Su pequeña. Aquellos enormes ojos azules, recordó Natasha, aquellas manos exquisitas y diminutas.

Como la flor de la que había tomado su nombre, Azucena, había sido adorable y se había marchitado en muy poco tiempo. Natasha todavía podía ver a Azucena, pequeña, sonrojada y arrugada, con los puñitos cerrados, cuando la enfermera la había posado en sus brazos. Incluso podía sentir todavía el dulce dolor que sentía cuando la niña tiraba suavemente de su pecho. Recordaba la sensación de su piel suave y cálida, el olor a polvos de talco y a colonia, y la tranquilidad de mecerla hasta tarde en la noche sobre el hombro.

Había terminado todo tan rápido, pensó Natasha. Solo unas preciosas semanas. Ni el paso del tiempo ni todos los ruegos permitirían que pudiera llegar a comprenderlo. Aceptarlo quizá, pero jamás lo comprendería.

-Te quiero, Azucena. Siempre te querré -se inclinó para presionar la mano contra la fría hierba. Se levantó, se volvió y se alejó de nuevo caminando entre los luminosos copos de la nieve.

¿Adónde habría ido? Había docenas de lugares a los que podía haber ido, se aseguró Spence. Era una tontería preocuparse. Pero no podía evitarlo. Si su intuición no le fallaba, tenía la certeza de que todos los miembros de la familia de Natasha sabían exactamente dónde estaba, pero se negaban a decírselo.

La casa estaba ya llena de ruidos, de risas y de los olores de aquella comida festiva. Intentó sacudirse la sensación de que, donde fuera que Natasha estuviera, lo necesitaba.

Había muchas cosas que Natasha no le había contado. Era algo que le había quedado claro como el cristal en cuanto había visto las fotografías que estaban en el salón. Natasha, con mallas y zapatillas de ballet, o con una falda de gasa y las puntas. Natasha, con el pelo firmemente recogido y alzada en la cumbre de un gran jet.

Natasha había sido bailarina, evidentemente profesional, pero nunca se lo había dicho.

¿Por qué habría renunciado al ballet? ¿Y por qué había mantenido la que sin duda había sido una parte importante de su vida en secreto?

Al salir de la cocina, Rachel lo vio con una de las fotografías en la mano. Se mantuvo en silencio un momento, estudiándolo. Al igual que a su madre, aprobaba lo que veía. Advertía en él fuerza y delicadeza. Y su hermana se merecía ambas cosas.

-Es una bonita fotografía.

Spence se volvió. Rachel era más alta que Natasha, más esbelta. Llevaba el pelo cortado a capas alrededor del rostro. Un rostro dominado por unos ojos más dorados que castaños.

-¿Cuántos años tenía?

Rachel hundió las manos en los bolsillos de los pantalones mientras cruzaba la

habitación.

-Dieciséis, creo. Entonces ya estaba en el cuerpo de baile. Muy entregada al ballet. Yo siempre he envidiado la gracia de Tash. La verdad es que yo era muy patosa -sonrió y cambió de tema-. Siempre he sido más alta y delgada que los chicos, tenía fama de ir tirando todo con los codos. ¿Dónde está Freddie?

Spence dejó la fotografía en su lugar. Sin decir nada, Rachel le estaba advirtiéndole que si tenía más preguntas que hacer, debería hacérselas a Natasha.

-En el piso de arriba, viendo el desfile con Yuri.

-Mi padre nunca se lo pierde. Creo que nada lo ha desilusionado más en la vida que el darse cuenta de que éramos demasiado grandes para sentarnos en su regazo para ver las carrozas.

Una risa procedente del piso de arriba hizo que ambos se volvieran hacia las escaleras. Se oyeron unas fuertes pisadas. Como un torbellino rosa, Freddie bajó las escaleras para aterrizar en los brazos de Spence.

-Papi, papá hace ruidos de oso. Unos ruidos enormes.

-¿Y te ha frotado con la barba en la mejilla? -quiso saber Rachel.

-Pincha un montón -Freddie rio, dio media vuelta y subió otra vez las escaleras, esperando que Yuri volviera a hacérselo.

-Está pasándoselo en grande -decidió Spence.

-Y también papá. ¿Qué tal la cabeza?

-Mejor, gracias -oyó el motor de una camioneta y miró hacia la ventana.

-Creo que mi madre me necesita -Rachel se metió en la cocina.

Spence permaneció en la puerta, esperándola. Natasha estaba muy pálida, parecía cansada, pero sonrió al verlo.

-Buenos días -deslizó las manos alrededor de la cintura de Spence y lo estrechó con firmeza.

-¿Estás bien?

-Sí -sí, estaba bien, comprendió, desde que lo había abrazado. Sintiendo más fuerte, retrocedió-. Pensaba que dormirías hasta tarde.

-No, hace un rato ya que me he levantado. ¿Dónde estabas?

Natasha se quitó la bufanda.

-Tenía unas cosas que hacer -después de desprenderse del abrigo, lo colgó en el armario-. ¿Dónde está todo el mundo?

-Tu madre y Rachel están en la cocina. Y la última vez que lo vi, Alex estaba hablando por teléfono.

En aquella ocasión, Natasha sonrió abiertamente.

-Seguramente engatusando a alguna chica.

-Eso parecía. Y Freddie está con tu padre, viendo el desfile.

-Y mi padre estará en la gloria -le acarició la mejilla con el dedo- ¿No vas a besarme?

Había necesidad en sus palabras, pensó Spence mientras se inclinaba hacia ella. Una necesidad profunda, privada, que Natasha todavía se negaba a compartir. Sintió

sus labios helados cuando los besó, pero pronto se suavizaron y entraron en calor. Al final los curvó en una sonrisa.

-Eres bueno para mí, Spence.

-Esperaba que llegaras a darte cuenta -le mordisqueó juguetonamente el labio inferior-. ¿Ya te encuentras mejor?

-Sí, mucho mejor. Me alegro de que estés aquí -le apretó la mano-. ¿Qué te parecería tomar un poco del chocolate caliente de mi madre?

Antes de que pudiera contestar, Freddie bajó corriendo las escaleras otra vez, para arrojarle a los brazos de Natasha.

-¡Ya has vuelto!

-Sí, ya he vuelto -Natasha se inclinó para besarla en la frente-. ¿Qué estabas haciendo?

-Estaba viendo el desfile con papá. Sabe hablar como el pato Donald y me deja sentarme encima de él.

-Ya veo -se acercó todavía más a ella y advirtió una ligera fragancia a gominola-. ¿Sigue comiéndose él todas las amarillas?

Freddie rio suavemente mientras dirigía una rápida y recelosa mirada a su padre. Spence tenía una opinión muy diferente a la de Yuri sobre las gominolas.

-Pero no importa. A mí me gustan más las rojas.

-¿Y cuántas rojas te has comido? -le preguntó Spence.

Freddie levantó los hombros y los dejó caer despreocupada. Era un gesto, advirtió Spence con cierta diversión, casi idéntico al de Natasha.

-No muchas. ¿Vas a venir a ver el desfile con nosotros? -tiró de la mano de Natasha-. Está a punto de salir Santa Claus.

-Ahora mismo -ya por costumbre, se agachó para atarle el cordón del zapato-. Y dile a papá que no le diré nada de las gominolas a mamá. Siempre y cuando me deje alguna.

-De acuerdo -respondió Freddie y corrió escaleras arriba.

-Yuri le ha causado una gran impresión -observó Spence.

-Papá causa una gran impresión a todo el mundo -comenzó a incorporarse y sintió que la habitación le daba vueltas. Antes de que pudiera agacharse otra vez, Spence la sujetó.

-¿Qué te pasa?

-Nada -se presionó la cabeza con la mano, esperando que cesara el mareo-. Me he levantado demasiado rápido, eso es todo.

-Estás muy pálida. Venga, siéntate -le pasó el brazo por la cintura, pero Natasha sacudió la cabeza.

-No, estoy bien, de verdad. Solo un poco cansada -aliviada al ver que la habitación había dejado de moverse, le sonrió-. La culpa es de Rachel. Se habría quedado hablando toda la noche si yo no me hubiera quedado dormida.

-¿No has comido nada?

-Pensaba que eras doctor en música -sonrió y le palmeó la mejilla-. No te

preocupes, en cuanto entre en la cocina mi madre se pondrá a darme de comer.

Justo en ese momento, se abrió la puerta de la calle. Spence vio que a Natasha se le iluminaba la cara.

-¡Mikhail! -con una carcajada, se arrojó a los brazos de su hermano.

Mikhail tenía la fisonomía morena y el atractivo de toda la familia. Era el más alto de los hermanos, y se inclinó para abrazar a Natasha con fuerza. Su pelo se rizaba sobre las orejas y su cuello. Llevaba un abrigo ya viejo y unas botas en no mucho mejor estado. Spence observó sus manos, unas manos anchas y bellas y solo tardó unos segundos en comprender que, aunque Natasha adoraba a todos los miembros de su familia, entre los dos hermanos había algo especial.

-Te he echado mucho de menos -Natasha retrocedió lo suficiente para besarlo en las mejillas, y después volvió a abrazarlo-. Te he echado mucho de menos, de verdad.

-¿Entonces por qué no vienes más a menudo? -se separó de ella para mirarla.

No le importó la palidez de sus mejillas, pero como sintió que tenía frías las manos, comprendió que había estado fuera. Y sabía perfectamente dónde había pasado la mañana. Murmuró algo en ucraniano, pero Natasha se limitó a sacudir la cabeza y a estrecharle las manos con fuerza. Con un encogimiento de hombros muy parecido a los de Natasha, Mikhail cambió de tema.

-Mikhail, quiero que conozcas a Spence.

Mientras se quitaba el abrigo, Mikhail estudió atentamente a Spence. Frente a la amistosa aceptación de Alex, o la discreta valoración de Rachel, Spence se vio sometido a una prolongada y fija mirada que hizo evidente que, si Mikhail no lo aprobaba, no vacilaría en decírselo.

-Conozco tu trabajo -dijo por fin-. Es excelente.

-Gracias -Spence le sostuvo la mirada-. Puedo decir lo mismo del tuyo -como Mikhail arqueó una ceja con expresión interrogante, le aclaró:- He visto las figuritas que tallaste para Natasha.

-Ah -apareció en sus labios la sombra de una sonrisa-. A mi hermana siempre le han gustado los cuentos de hadas -se oyó un grito en el piso de arriba, seguido por una estruendosa carcajada.

-Esa es Freddie -le explicó Natasha-. Es la hija de Spence. Le está alegrando el día a papá.

Mikhail deslizó el pulgar en una de las trabillas del pantalón.

-Eres viudo, ¿verdad?

-Exacto.

-Y ahora te dedicas a dar clases en la universidad.

-Sí.

-Mikhail -lo interrumpió Natasha-. Deja de representar el papel de hermano mayor. Yo soy mayor que tú.

-Pero yo soy más alto -y con una rápida y radiante sonrisa, le pasó un brazo por los hombros-. Bueno, dime, ¿qué hay de comer?

Aquello era excesivo, decidió Spence mientras observaba a la familia reunida alrededor de la mesa. El enorme pavo colocado en medio del mantel de ganchillo solo era el principio. Fiel a las costumbres de su país de adopción, Nadia había preparado una comida tradicional americana, en la que no faltaban ni el puré de castañas ni los pasteles de calabaza.

Con los ojos abiertos como platos, Freddie observaba cómo iba llegando fuente tras fuente. La habitación rebosaba de voces y risas, todo el mundo hablaba con todo el mundo. La vajilla estaba conformada por piezas procedentes de diferentes juegos. Sasha permanecía tumbado debajo de la mesa, esperando que alguna mano discreta y dadivosa le proporcionara algún bocado. La niña estaba sentada en una bamboleante silla, encima de la guía telefónica de Nueva York. Y en lo que a ella concernía, aquel era el mejor día de su vida.

Alex y Rachel comenzaron a discutir sobre algún tema de la infancia. Mikhail se unió a ellos para decirles que ambos estaban equivocados. Cuando le pidieron su opinión a Natasha, esta sacudió la cabeza, se volvió y le dijo a Spence algo al oído que lo hizo echarse a reír. Nadia, con las mejillas sonrosadas por el placer de tener reunida a toda la familia, alzó la copa al tiempo que tomaba la mano de Yuri.

-Ya está bien -dijo Yuri, consiguiendo que se hiciera un completo silencio en la mesa-. Después podréis seguir discutiendo sobre quién perdió esa ratita blanca del laboratorio. Ahora hagamos un brindis. Quiero dar las gracias por esta comida que Nadia y mis hijas nos han preparado. Y también a la familia y a los amigos que han venido a disfrutar de ella. Y damos gracias, como lo hicimos durante la primera celebración de Acción de Gracias a la que asistimos en este país, porque somos libres.

-Por la libertad -dijo Mikhail, alzando su copa.

-Por la libertad -afirmó también Yuri. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando miró alrededor de la mesa-. Y por la familia.

11

Aquella noche, con Freddie sentada en su regazo, Spence escuchaba a Yuri mientras este contaba historias de su antiguo país. Aunque el resto del día había sido una ruidosa pelea por tomar la palabra, aquel era un momento tranquilo y relajado. Al otro lado de la habitación, Rachel y Alex se divertían con un juego de mesa. Discutían de vez en cuando, pero sin acaloramientos.

En la esquina, Natasha y Mikhail permanecían sentados, cabeza contra cabeza. Spence oía sus murmullos y se fijaba en cómo, de vez en cuando, se tomaban las manos o se acariciaban la mejilla. Nadia estaba sentada a la mesa, sonriente, y corregía de vez en cuando a su esposo mientras trabajaba en la funda de otro cojín.

-Mujer -Yuri señaló a su esposa con la boquilla de la pipa-, lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

-Lo recuerdas tal como te apetece recordarlo.

-Tak -Yuri se metió la pipa en la boca-. Lo que yo recuerdo sirve además para mejorar la historia.

Cuando Freddie se estiró, Spence se levantó con ella.

-Será mejor que la lleve a la cama.

-Yo lo haré -Nadia dejó su labor a un lado y se levantó.

Musitando palabras cariñosas, tomó a la niña en brazos. Somnolienta y agradecida, Freddie la rodeó con los brazos.

-¿Me mecerás?

-Sí -conmovida, Nadia la besó en el pelo y se dirigió hacia las escaleras-. Te meceré en la silla en la que mecí a mis pequeños.

-¿Y me cantarás?

-Te cantaré una canción que me cantaba mi madre, ¿quieres?

Freddie bostezó y dejó caer la cabeza.

-Tienes una hija preciosa -al igual que Spence, Yuri observaba a la mujer y a la niña subiendo las escaleras-. Tendréis que venir más a menudo.

-Creo que me va a resultar difícil impedírselo.

-Será siempre bienvenida, igual que tú -Yuri soltó una bocanada de humo-, incluso si no te casas con mi hija.

Aquella declaración provocó diez segundos de tenso silencio, hasta que Alex y Rachel se inclinaron de nuevo sobre el juego disimulando sus sonrisas. Yuri no se molestó en disimular la suya cuando Natasha se levantó.

-No hay leche suficiente para mañana por la mañana -decidió de pronto-. Spence, ¿por qué no vienes a comprar un poco de leche conmigo?

-Claro.

Segundos después, salían a la calle con sus abrigo y bufandas. Natasha agradeció sentir aquel aire helado. Por encima de sus cabezas, el cielo estaba despejado y cubierto de estrellas.

-Tu padre no pretendía ponerte en una situación embarazosa -comenzó a decir Spence.

-Claro que lo pretendía.

Spence no se molestó en disimular una risa mientras le pasaba el brazo por los hombros. -Sí, supongo que sí. Me gusta tu familia.

-A mí también. Por lo menos casi siempre.

-Tienes suerte de tenerlos. El ver a Freddie aquí me ha hecho darme cuenta de lo importante que es la familia. Supongo que nunca me he esforzado por estar más cerca de Nina o de mis padres.

-Pero siguen siendo tu familia. A lo mejor en mi familia estamos tan unidos porque cuando llegamos aquí solo nos teníamos a nosotros.

-Es cierto que mi familia nunca tuvo que cruzar montañas en un tren húngaro.

Aquello la hizo reír.

-Rachel siempre ha estado celosa porque ella todavía no había nacido. Cuando era pequeña, se vengaba de nosotros diciéndonos que ella era más americana porque había nacido en Nueva York. Pero no hace mucho tiempo, alguien le dijo que si quería ser abogada, debería ir pensando en cambiarse el apellido -con una nueva carcajada, alzó la mirada hacia Spence-. Se sintió ofendida, y muy ucraniana.

-Es un bonito apellido. Tú podrías mantenerlo profesionalmente después de casarte conmigo.

-No empieces.

-Debe ser la influencia de tu padre -miró la puerta de la tienda, donde habían puesto ya el cartel de «cerrado»-. La tienda está cerrada.

-Lo sé -se volvió hacia él-, solo quería dar un paseo. Y ahora que estamos aquí, en un portal a oscuras, puedo besarte.

-Buena idea -musitó Spence, y bajó la boca hacia sus labios.

Natasha estaba enfadada consigo misma por haberse dormido durante el viaje de vuelta a casa. Se sentía como si hubiera pasado una semana subiendo montañas, en vez de cuarenta y ocho horas en casa de sus padres. Para cuando consiguió despertarse por última vez, estaban cruzando ya la frontera de Maryland y se dirigían hacia Virginia del Oeste.

-Ya está -se enderezó en su asiento y le dirigió a Spence una mirada de disculpa-. No te estoy sirviendo de mucha ayuda.

-No te preocupes, parece que necesitabas descansar.

-He comido demasiado y casi no he dormido -miró al asiento de atrás, donde dormía Freddie respirando ruidosamente-. No te he hecho mucha compañía.

-Todavía puedes repararlo, vente un rato a casa conmigo.

-De acuerdo.

Era lo menos que podía hacer, pensó Natasha: Vera iba a estar fuera hasta el domingo, de modo que podría ayudarlo a acostar a Freddie y a preparar una cena ligera.

Aparcaron en frente de la casa y salieron, llevando las maletas y a la niña entre ellos.

-Yo la acostaré -murmuró Spence-, no tardaré.

Natasha esperó en la cocina, preparando un té y unos sándwiches. Era ridículo, pensó. Natasha no solo estaba agotada, sino que estaba hambrienta. Para cuando Spence bajó, Natasha ya había puesto la mesa de la cocina.

-Está dormida como un tronco -escrutó la mesa con la mirada-, vaya, me has leído el pensamiento.

-Con dos pasajeros inconscientes, no has podido parar para comer nada.

-¿Qué es lo que tenemos?

-Una vieja tradición ucraniana -Natasha echó la silla hacia atrás-. Atún.

-Maravilloso -decidió Spence, tras dar un primer mordisco al sándwich.

Era más que el sándwich. Le gustaba tenerla allí, sentada frente a él, bajo la luz de la cocina mientras la casa permanecía en silencio.

-Supongo que mañana abrirás la tienda.

-Por supuesto. Va a ser una casa de locos desde ahora hasta Navidad. He contratado a un estudiante a tiempo parcial, mañana empezará -levantó la taza y le sonrió por encima del borde de la taza-. Imagínate quién es.

-Melony Trainor -respondió él, nombrando a la estudiante más atractiva y se ganó un empujoncito en el hombro.

-No. Estaría demasiado ocupada coqueteando con los clientes para trabajar. Terry Maynard.

-¿Maynard? ¿De verdad?

-Sí. Quiere utilizar el dinero para comprarse un amortiguador nuevo. Además...

-se interrumpió dramáticamente-, él y Annie están saliendo juntos.

-¿No estás bromeando? -sonrió de oreja a oreja y se recostó contra el respaldo-. Bueno, hay que reconocer que ha rehecho su vida hecha añicos muy rápidamente.

Natasha arqueó una ceja.

-No estaba hecha añicos, solo un poco maltrecha. Desde hace tres semanas, han estado viéndose diariamente.

-Parece que va en serio.

-Eso creo. Annie está preocupada porque cree que es demasiado mayor para él.

-¿Cuántos años le lleva?

Natasha se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

-Oh, es mucho más vieja que él. Casi un año entero.

-Asaltacunas.

Con una carcajada, Natasha se recostó otra vez contra el respaldo de la silla.

-Es bonito verlos juntos. Solo espero que no se olviden de los clientes mientras se miran embelesados el uno al otro -se encogió de hombros y volvió a tomar la taza-. Creo que iré temprano y empezaré a decorar la tienda.

-Al final del día estarás agotada. ¿Por qué no vienes a cenar con nosotros?

Natasha inclinó la cabeza con curiosidad.

-¿Cocinarás tú?

-No -sonrió y se terminó el sándwich-. Pero haré un encargo magnífico. Puedo conseguir una caja entera de pollo o de pizza. Incluso sé cómo hacer que te traigan comida china a casa.

-Dejaré que seas tú el que elija el menú -se levantó para despejar la mesa, pero Spence le tomó la mano.

-Natasha -se levantó y le acarició el pelo con la mano libre-. Quiero darte las gracias por haber compartido conmigo estos dos últimos días. Ha significado mucho para mí.

-Para mí también.

-Pero continuó echando de menos el estar a solas contigo -se inclinó para rozar sus labios-. Sube al dormitorio conmigo. Tengo muchas ganas de que hagamos el amor en mi cama.

Natasha no protestó. Tampoco vaciló. Deslizó el brazo por la cintura de Spence y subió con él.

Spence dejó la lámpara de la mesilla de noche encendida. Natasha pudo ver los colores oscuros y masculinos que había elegido para su habitación. Azul de medianoche

y verde bosque. Un óleo enmarcado dominaba toda una pared. Veía también la silueta de exquisitas antigüedades. La cama era enorme, un generoso espacio privado cubierto por una colcha gruesa y suave. Era un lugar especial, comprendió Natasha, consciente de que Spence no había llevado allí a ninguna otra mujer.

En el espejo que había encima de la cómoda, vio su reflejo mientras permanecían lado a lado; y se vio a sí misma sonreír cuando Spence le acarició la mejilla.

Era un momento para saborear. La fatiga que antes la asaltaba había desaparecido por completo. En ese momento solo sentía el placer de amar y ser amada. Era difícil hablar, pero, cuando lo besó, su corazón habló por ella.

Se desnudaron lentamente el uno al otro.

Natasha le quitó el jersey por encima de la cabeza. Él le desató los botones de la chaqueta y la empujó por sus hombros. Con los ojos fijos en los de Spence,

Natasha fue desabrochándole la camisa. Él le quitó el jersey de algodón, dejando que sus dedos la acariciaran hasta que se lo quitó por completo. Natasha le desató los pantalones. Spence separó los tres corchetes que sujetaban los pantalones de Natasha a su cintura. Con manos ágiles, se desprendieron ambos de las últimas barreras que los separaban.

Moviéndose lentamente, Natasha presionó las manos contra la espalda de Spence. Inclinaron las cabezas para experimentar todo tipo de sensaciones con un largo beso. Fue un puro disfrute. Sus cuerpos ardían, sus bocas buscaban. Parecía todo tan fácil allí...

Sin decir una sola palabra, se separaron los dos de mutuo acuerdo. Spence quitó la colcha, y se metieron juntos en la cama.

En la intimidad no había rival, pensó Natasha. No había nada comparado con aquello. Sus cuerpos se frotaban el uno contra el otro, y las sábanas susurraban con cada uno de sus movimientos. Los gemidos de Natasha contestaban a los murmullos de Spence. El sabor y la fragancia de la piel de Spence le resultaba ya familiar, algo personal. Su caricia, delicada, persuasiva y cada vez más apremiante, era todo lo que Natasha deseaba.

Natasha era, sencillamente, bella. No solo por su cuerpo, o por su hermoso rostro, sino también por su espíritu. Cuando se movía con él, había una armonía mas intensa que la que Spence era capaz de crear con su música. Natasha era su música... su risa, su voz, sus gestos. Pero también sabía que no tenía modo de decírselo. Que solo podía demostrárselo.

Hizo el amor con ella como si fuera la primera y la única vez. Natasha nunca se había sentido más elegante, más grácil. Nunca se había sentido tan fuerte o tan segura.

Cuando Spence se incorporó sobre ella, ella se arqueó para encontrarse con él. Y fue perfecto.

-Me gustaría que te quedaras.

Natasha enterró la cabeza en su cuello.

-No puedo. Freddie podría hacer preguntas por la mañana que no sabría cómo responder.

-Yo tengo una forma muy fácil de responderlas. Le diré la verdad, que te amo.

-No es tan sencillo.

-Es la verdad -se incorporó para mirarla a los ojos. Se habían ensombrecido bajo la luz de la lámpara-. Te amo, Natasha.

-Spence.

-No, no quiero razonamientos ni excusas. Eso pertenece al pasado. Dime que me crees.

Natasha lo miró a los ojos y vio en ellos lo que ya sabía.

-Sí, te creo.

Spence tenía derecho a saberlo todo, se dijo, pero Natasha sentía el sabor del pánico en la boca. -Te amo. Y tengo miedo.

Spence se llevó la mano de Natasha a los labios y le besó los dedos con firmeza.

-¿Por qué?

-Porque ya estuve enamorada en otra ocasión y nada, nada, podría haber terminado peor.

Estaban otra vez aquellas sombras del pasado, pensó Spence con impaciencia. Unas sombras contra las que ni siquiera podía luchar porque no conocía su nombre.

-Ninguno de los dos hemos llegado ilesos hasta aquí, Natasha. Pero tenemos oportunidad de hacer algo nuevo, de hacer algo importante.

Natasha sabía que tenía razón, sentía que tenía razón, pero no era capaz de decírselo.

-Me gustaría estar segura, Spence, pero hay cosas sobre mí que no sabes.

-Que eras bailarina.

Natasha se tensó, se cubrió con las sábanas hasta el pecho y se sentó en la cama.

-Sí, lo fui.

-¿Y por qué no me lo comentaste?

-Porque esa época ya ha terminado.

Spence le apartó el pelo de la cara.

-¿Por qué lo dejaste?

-Tuve que elegir -volvió el dolor, pero solo un instante. Se volvió hacia él y sonrió-. No era tan buena. Oh, sí, tenía un nivel aceptable y, quizá, con el tiempo, podría haber llegado a ser bailarina principal. Quizá... Eso era algo que en otra época deseaba con todas mis fuerzas. Pero desear algo no siempre implica que pueda llegar a suceder.

-¿Me hablarás de ello?

Era una forma de empezar algo que Natasha sabía que tendría que hacer alguna vez.

-No es muy divertido -alzó la mano y la dejó caer sobre las sábanas-. Empecé tarde a bailar, cuando llegamos aquí. A través de la iglesia, mis padres conocieron a Martina Latovia. Muchos años atrás, había sido una importante bailarina soviética,

pero abandonó el país. Llegó a hacerse muy amiga de mi madre y se ofreció a darme clases. Para mí fue algo maravilloso. Como no hablaba bien el inglés, apenas podía hacer amigos. Aquí todo era diferente.

-Puedo imaginármelo.

-Tenía casi ocho años cuando empecé a bailar. Era difícil enseñar a mi cuerpo a moverse como no lo había hecho nunca. Pero trabajé muy duramente. Madame era muy buena conmigo y me animaba constantemente. Mis padres estaban tan orgullosos... -rio con calor-. Papá estaba convencido de que sería la siguiente Pavlova. La primera vez que bailé con zapatillas de punta, mamá lloró. La danza es una obsesión, alegre y dolorosa. Es un mundo diferente, Spence. No puedo explicarlo. Para conocerlo, hay que pertenecer a él.

-No hace falta que lo expliques.

Natasha lo miró.

-No, a ti no -musitó-. Porque tú sabes lo que es la música. Me uní al cuerpo de baile cuando tenía casi dieciséis años. Era maravilloso. Quizá no conocía otros mundos, pero era feliz en aquel.

-¿Y qué ocurrió?

-Había un bailarín -cerró los ojos. Era importante exponerlo todo con mucho cuidado, sin prisas-. Supongo que habrás oído hablar de él, Anthony Marshall.

-Sí -Spence conjuró inmediatamente la imagen de un bailarín rubio y alto, con un cuerpo musculoso e increíblemente grácil-. Lo he visto bailar muchas veces

-Era magnífico. Lo es -se corrigió-. Aunque hace años que no lo veo bailar. Tuvimos una relación. Yo era muy joven, demasiado joven. Y cometí un gran error.

Por fin la sombra tenía un nombre. -Te enamoraste de él.

-Oh, sí. De una forma ingenua e idealista. De la única forma que puede enamorarse una niña de diecisiete años. Y pensaba que también él me amaba. Me lo dijo, con palabras y con hechos. Era encantador, romántico... y yo quería creerlo. Me prometió matrimonio, un futuro juntos, ser su pareja en el mundo de la danza, todo lo que yo estaba deseando oír. Rompió todas sus promesas, y con ellas también mi corazón.

-Por eso ahora no quieres que yo te haga promesas.

-Tú no eres Anthony -murmuró y posó la mano en su mejilla. Sus ojos eran oscuros, bellos, y su voz parecía más exótica con las emociones que en ella se acumulaban-. Créeme, lo sé. Y por eso no os comparo, por lo menos ahora. No soy la misma mujer a la que le bastaban unas cuantas palabras vacías para construir toda clase de sueños.

-No -se inclinó para apoyar la mejilla contra la de Spence-. Durante los meses pasados, he llegado darme cuenta de eso. Y también de que lo que siento por ti no se parece a nada de lo que he sentido antes -había algo más que quería decirle, pero las palabras parecían atascarse en su garganta-. Por favor, no me hagas hablar más. Creo que ya es suficiente.

-Por ahora, pero no me basta con esto. Natasha buscó sus labios. -Solo por

ahora.

¿Cómo era posible?, se preguntó Natasha. ¿Cómo podía ocurrirle algo así cuando estaba comenzando a confiar en sí misma? ¿Cómo iba a enfrentarse a algo tan enorme nuevamente?

Era como regresar al pasado, como tener que empezar otra vez, cuando su vida había cambiado tan drásticamente. Se sentó en la cama, olvidándose ya de su preocupación por la ropa que se iba a poner para ir al trabajo, sobre cómo empezar un día normal. ¿Cómo iban a ser las cosas normales después de aquello? ¿Cómo podía esperar que volvieran a ser normales alguna vez?

Sostenía un pequeño vial en la mano. Había seguido las instrucciones exactamente. Solo era una precaución, se había dicho a sí misma. Pero en el fondo de su corazón conocía la respuesta. Lo había sabido desde que había ido a ver a sus padres dos semanas atrás. Y había estado evitando enfrentarse a la realidad.

No era la gripe la que le provocaba náuseas por las mañanas. No era el exceso de trabajo o el estrés el que la hacía estar tan cansada, ni el motivo de sus repentinos mareos. La sencilla prueba de embarazo que había comprado en la farmacia le demostraba lo que ya sabía y temía.

Estaba embarazada. Había vuelto a quedarse embarazada. La oleada de júbilo fue completamente eclipsada por un miedo profundo que le helaba los huesos.

¿Cómo era posible? Ya no era ninguna niña y había tomado precauciones. Dejando las cuestiones más románticas a un lado, había sido suficientemente pragmática y responsable como para ir a ver al médico y comenzar a tomar la píldora en cuanto se había dado cuenta de que su relación con Spence iba a continuar. Sí, estaba embarazada. Era imposible negarlo.

¿Cómo iba a decírselo? Se cubrió el rostro con las manos y se meció hacia delante y hacia atrás, como si quisiera darse alguna forma de consuelo. ¿Cómo iba a pasar por todo ello otra vez, cuando lo que había ocurrido años atrás todavía estaba dolorosamente grabado en su memoria?

Sabía que Anthony ya no la amaba, si realmente alguna vez la había amado. Pero cuando se había enterado de que llevaba a su hijo en su vientre, se había emocionado. Y estaba convencida de que Anthony compartiría su alegría. Cuando había ido a verlo, casi desbordante de entusiasmo, resplandeciendo de júbilo, la crueldad de Anthony la había destrozado.

A regañadientes, le había dejado entrar en su apartamento, recordó Natasha. Y qué difícil había sido para ella continuar sonriendo cuando había visto una mesa dispuesta para dos, las velas encendidas, la porcelana china... un escenario que a menudo había preparado para ella cuando la amaba. Pero Natasha se había persuadido a sí misma de que no importaba. En cuanto le contara lo que ocurría, todo cambiaría.

Y todo había cambiado.

-¿De qué demonios estás hablando? -recordó la furia con la que había fijado sus

ojos en ella.

-He ido al médico esta mañana. Estoy embarazada de casi dos meses -le había tendido la mano-. Anthony...

-Ese es un truco muy viejo, Tash -había respondido él con indiferencia, pero parecía que estaba temblando. A grandes zancadas, se había acercado a la mesa para servirse una copa de vino.

-No es un truco.

-¿No? ¿Entonces cómo has podido ser tan estúpida? -la había agarrado del brazo para sacudirla. La magnífica melena de Anthony volaba rebelde-. Si te has buscado problemas, no esperes que sea yo el que los arregle.

Aturdida, Natasha había levantado la mano para frotarse el brazo allí donde Anthony la había agarrado. Lo que ocurría era que Anthony no la había entendido, se había dicho a sí misma.

-Voy a tener un hijo. Un hijo tuyo. El médico dice que nacerá en julio.

-Quizá estés embarazada -se había encogido de hombros y había vaciado la copa de vino-. Pero eso no es asunto mío.

-Debería.

Anthony la había mirado entonces con ojos glaciales.

-¿Cómo puedo saber que es mío?

Al oírlo, Natasha había palidecido. Mientras permanecía allí, frente a él, había recordado cómo se había sentido la primera vez que había estado a punto de atropellarla un autobús en su primera excursión a la ciudad de Nueva York.

-Lo sabes, tienes que saberlo.

-Yo no sé nada. Y ahora, si me perdonas, estoy esperando a alguien.

En su desesperación, Natasha lo había agarrado del brazo.

-Anthony, ¿no lo comprendes? Voy a tener un hijo tuyo.

-Un hijo tuyo -la corrigió-. El problema es tuyo. Si quieres que te dé un consejo, deshazte de él.

-Que... -Natasha no era tan joven ni tan ingenua como para no saber lo que le estaba proponiendo-. No puedo hacer eso.

-¿Quieres bailar, Tash? Intenta reanudar las clases después de tomarte nueve meses de descanso para dar a luz a un mocoso, seguro que terminarás renunciando. Madura, Natasha.

-Ya he madurado -había posado la mano en su vientre, con un gesto de protección y defensa-. Y pienso tener este hijo.

-Tú decides -había señalado su copa de vino-. Pero no esperes meterme a mí en ese lío. Tengo una carrera en la que pensar. Creo que será mejor que te vayas -había decidido-. Convince a algún fracasado para que se case contigo y dedícate a ser ama de casa. En cualquier caso, jamás habrías llegado a ser nada más que una bailarina mediocre.

De modo que Natasha había tenido a su hijo, y lo había adorado, durante un breve, breve tiempo. Y de pronto descubría que había otro en camino. No creía que

fuera capaz de soportarlo. Y tampoco se atrevía desearlo cuando sabía lo duro que era perderlo.

Frenética, arrojó la prueba al otro lado de la habitación y comenzó a sacar ropa del armario. Tenía que irse. Tenía que pensar. Se alejaría de allí, se prometió, y presionó los dedos contra los ojos hasta que consiguió tranquilizarse. Antes de marcharse, tenía que decírselo.

Condujo hasta su casa, luchando para tranquilizarse mientras se acercaba en el coche. Como era sábado, los niños jugaban en aceras y jardines. Alguien la llamó al pasar, y ella consiguió saludar con la mano. Vio a Freddie peleando con los gatitos en la hierba.

-iTash! iTash! -Lucy y Desi se escondieron mientras Freddie corría hacia el coche-. ¿Has venido a jugar?

-No, hoy no -consiguió esbozar una sonrisa y besó a la niña en las mejillas-. ¿Está tu padre en casa?

-Está tocando. Desde que llegamos aquí, ha vuelto a tocar. Yo he hecho un dibujo, se lo voy a mandar a papá y a nana.

Natasha se esforzó por mantener la sonrisa en los labios al oír cómo llamaba Freddie a sus padres. -Estoy segura de que los encantará.

-Ven, te lo enseñaré.

-Dentro de un rato. Antes necesito hablar con tu padre, a solas.

A Freddie comenzó a temblarle el labio inferior. -¿Estás enfadada con él?

-No -presionó un dedo contra la nariz de la pequeña-. Ve a buscar a tus gatitos. Hablaré contigo antes de irme.

-De acuerdo.

Más tranquila, Freddie dio media vuelta, lanzando unos gritos con los que lo único que iba a conseguir era que los gatitos continuaran escondidos bajo los arbustos, reflexionó Natasha.

Era mejor no pensar en nada, se dijo mientras llamaba a la puerta de la casa. Después intentaría exponer las cosas lenta y tranquilamente, como una adulta.

-Señorita -Vera abrió la puerta. Su expresión era menos distante que normalmente. La descripción de Freddie del día de Acción de Gracias había conseguido ablandarle el corazón.

-Si no está ocupado, me gustaría ver al doctor Kimball.

-Pase -Vera se descubrió a sí misma frunciendo ligeramente el ceño mientras estudiaba a Natasha-. ¿Está bien, señorita? Está muy pálida.

-Sí, estoy bien. Gracias.

-¿Le apetece tomar un té?

-No, no... no me quedará mucho.

Vera asintió, aunque pensaba en secreto que Natasha tenía el aspecto de un conejillo acorralado.

-Lo encontrará en el estudio de música. Se ha pasado casi toda la noche trabajando.

-Gracias.

Natasha se aferró a su bolso y pasó al vestíbulo. Podía oír la música que Spence estaba tocando, era una pieza muy triste. O quizá fuera su propio humor, pensó, mientras pestañeaba para contener las lágrimas.

Cuando lo vio, recordó la primera vez que había entrado en aquella habitación. Quizá había comenzado a enamorarse de él aquel día, cuando lo había visto allí sentado con la niña en su regazo, rodeados por la luz del sol.

Se quitó los guantes y los retorció nerviosa entre las manos mientras lo observaba. Spence estaba completamente perdido, captor y cautivo al mismo tiempo de la música. Y ella estaba a punto de cambiar su vida. Spence no le había pedido algo así, y ambos sabían que el amor no siempre era suficiente.

-Spence -musitó su nombre cuando la música cesó, pero él no la oyó.

Natasha advirtió la intensidad de su inspiración, al verlo garabatear sobre el pentagrama. No se había afeitado. Aquello la hizo desear sonreír, pero al hacerlo se llenaron sus ojos de lágrimas. Llevaba la camisa arrugada, con los primeros botones desabrochados. El pelo despeinado. Mientras Natasha lo observaba, se pasó la mano por él.

-Spence -repitió Natasha.

Spence alzó la mirada, al principio malhumorado. Después sonrió.

-Hola. No esperaba verte hoy.

-Annie se está ocupando de la tienda -se retorció las manos-. Necesitaba verte.

-Me alegro de que hayas venido -se levantó, aunque la música continuaba sonando en su cabeza-. Por cierto, ¿qué hora es? -miró el reloj con aire ausente-. Es demasiado pronto para invitarte a comer. ¿Te apetece un café?

-No -le bastaba pensar en el café para que se le revolviera el estómago-. No quiero nada. Necesitaba decirte... -cerró las manos en un puño-. No sé cómo... Quiero que sepas que nunca he pretendido... No pretendo obligarte a nada.

Volvían a faltarle las palabras. Spence sacudió la cabeza y caminó hacia ella.

-Si ha ocurrido algo malo, ¿por qué no me lo dices?

-Estoy intentándolo.

Spence le tomó la mano y la condujo hacia el sofá. -Creo que lo mejor es ir directamente al grano.

-Sí -se llevó la mano a la cabeza, que le estaba dando vueltas-. Ya ves, yo...

-advirtió la preocupación en sus ojos y, de pronto, todo se volvió negro. Cuando recuperó la conciencia, estaba sentada en el sofá, con Spence arrodillado a su lado, acariciándole las muñecas.

-Tranquilízate -musitó-. No te muevas. Voy a llamarte al médico.

-No, no hace falta -se incorporó con mucho cuidado-. Estoy bien.

-Y un infierno -sentía su piel fría y húmeda bajo su mano-. Estás helada y pálida como un fantasma. Maldita sea, Natasha, ¿por qué no me has dicho que no estabas bien? Te llevaré al hospital.

-No necesito ir al hospital, y tampoco a un médico -la histeria bullía en su

corazón. Luchó por dominarla y se obligó a hablar:- No estoy enferma, Spence. Estoy embarazada.

12

-¿Qué? -Spence hizo lo único que fue capaz de hacer; en cuclillas, apoyado sobre los talones, fijó en ella la mirada-. ¿Qué has dicho?

Natasha quería ser fuerte. Tenía que serlo. Spence la estaba mirando como si acabara de golpearlo con un instrumento.

-Estoy embarazada.

Spence sacudió la cabeza, intentando llegar a asumirlo.

-¿Estás segura?

-Sí -lo mejor era ser realista, se dijo Natasha. Spence era un hombre civilizado. No habría acusaciones, no habría crueldad-. Esta mañana me he hecho una prueba. Lo sospechaba desde hace un par de semanas, pero...

-Lo sospechabas -apretó las manos en un puño. Natasha no estaba tan furiosa como lo había estado Angela. Pero parecía estar destrozada-. Y no me lo has comentado.

-No he visto la necesidad de hacerlo hasta que no lo he sabido. No quería preocuparte.

-Ya entiendo. ¿Así es como estás tú, Natasha, preocupada?

-Lo que estoy es embarazada -dijo enérgicamente-. Y he pensado que tenías derecho a saberlo. Voy a irme unos días -aunque estaba temblando por dentro, intentaba conservar la calma.

-¿Que te vas? -confundido, temiendo que Natasha pudiera desmayarse otra vez, y furioso, la agarró-. Ahora dame un condenado minuto. Vienes aquí a decirme que estás embarazada y ahora, tranquilamente, me dices que te vas -se sentía como si acabaran de darle un puñetazo en las entrañas-. ¿Adónde?

-Simplemente me voy -oyó su propia voz, brusca e irascible y se llevó la mano a la cabeza-. Lo siento. Creo que no estoy llevando esto como debería. Necesito alejarme de aquí.

-Lo que necesitas es quedarte aquí sentada hasta que hayamos aclarado todo.

-Ya no puedo seguir hablando de esto -sentía una intensa presión en su interior, como la presión de las aguas contra un dique-. No, todavía no. No hasta que... Solo quería que lo supieras antes de irme.

-No vas a ir a ninguna parte -la agarró del brazo para impedir que se levantara-. Y desde luego que vamos a hablar. ¿Qué quieres de mí? ¿Y qué pretendes que diga? «Caramba, Natasha, qué noticia tan interesante. ¿Y cuándo piensas regresar?».

-No quiero nada -en aquella ocasión elevó la voz, incapaz de controlarse. Las pasiones, las tristeza, los miedos se desbordaron al mismo tiempo que sus lágrimas-. Nunca he querido nada de ti. No quería enamorarme de ti, no quería necesitarte. No quería llevar un hijo tuyo en mis entrañas.

-Eso está bastante claro -le apretó el brazo con fuerza y dejó de reprimir su propio genio-. Eso está claro como el cristal. Pero el caso es que llevas a mi hijo dentro

de ti y ahora vas a quedarte aquí para que hablemos de lo que vamos a hacer al respecto.

-Te he dicho que necesito tiempo.

-Ya te he dado tiempo más que suficiente. Al parecer, el destino ha vuelto a tomar las cosas de su mano y tendrás que enfrentarte a él.

-No puedo volver a pasar por todo esto otra vez. No puedo.

-¿Otra vez? ¿De qué estás hablando?

-Tuve un hijo -se apartó para cubrir su rostro con las manos. Todo su cuerpo comenzó a temblar-. Tuve una niña. Oh, Dios mío.

Estupefacto, Spence posó la mano delicadamente en su hombro.

-¿Tienes una hija?

-La tuve -las lágrimas brotaban, calientes y dolorosas, desde el centro de su corazón-. Pero murió.

-Tranquilízate, Natasha. Háblame de ello.

-No puedo. No lo comprenderías. La perdí. Mi bebé. No podría soportar que volviera a ocurrirme otra vez -no era capaz de hablar de lo ocurrido-. Tú no sabes, no puedes saber lo mucho que eso duele.

-No, pero puedo intentar comprenderlo -alargó los brazos hacia ella-. Quiero que me hables de todo ello para poder entenderte.

-¿Y eso qué cambiaría?

-Eso tendremos que verlo. Para ti no es bueno estar ahora tan preocupada.

-No -se pasó la mano por la mejilla-. No es nada bueno estar tan preocupada. Y siento estar comportándome de esta forma.

-No te disculpes. Siéntate. Voy a traerte un té y hablaremos -la condujo hasta una silla y ella no se resistió-. En un minuto estoy aquí.

Tardó menos de un minuto, estaba seguro, pero cuando regresó, Natasha ya se había ido.

Mikhail tallaba un bloque de madera de cerezo y escuchaba una cinta de rock and roll a través de los audífonos. Una música que encajaba perfectamente con el humor que parecía exudar la madera. Fuera lo que fuera lo que había en su interior, y todavía no estaba muy seguro de lo que era, sabía que se trataba de algo joven y lleno de energía. Cada vez que tallaba, escuchaba música, ya fuera de blues, una pieza de Bach o simplemente el silbido constante de los coches que corrían bajo la ventana de su apartamento. Eso le dejaba la mente libre para explorar el medio en el que sus manos trabajaban.

Aquella noche su mente estaba demasiado dispersa y sabía que se estaba demorando. Miró por encima de la mesa de trabajo hacia su abarrotado y desordenado apartamento de solo dos habitaciones. Natasha estaba acurrucada en el sofá que Mikhail había rescatado de la calle el verano anterior. Tenía un libro entre las manos, pero su hermano no creía que hubiera pasado una sola página en veinte minutos. Ella

también se estaba demorando.

Tan enfadado consigo mismo como con ella, se quitó los audífonos. Solo tenía que volverse para estar en la cocina. Sin decir nada, encendió uno de los fuegos de la cocina y preparó un té. Natasha no hizo ningún comentario. Cuando se acercó a ella con dos tazas y las dejó en la mesa, alzó la mirada hacia él.

-Oh. Dyakuyu.

-Ya es hora de que me digas lo que vas a hacer.

-Mikhail...

-Estoy hablando en serio -se dejó caer en un almohadón que había a los pies del sofá-. Llevas aquí cerca de una semana, Tash.

Natasha consiguió esbozar una sonrisa. -¿Ya estás dispuesto a echarme?

-Quizá -pero le tomó la mano y se la acarició suavemente-. No he hecho ninguna pregunta porque sabía que era eso lo que querías. Tampoco les he contado a papá y a mamá que apareciste en mi casa en medio de la noche, pálida y asustada, porque me pediste que no dijera nada.

-Y te lo agradezco.

-Pues deja de agradecermelo -hizo uno de sus gestos habituales, caracterizados casi siempre por su brusquedad-. Y cuéntame todo.

-Ya te expliqué que necesitaba alejarme un poco y no quería que papá y mamá se preocuparan por mí -se encogió de hombros y tomó una de las tazas-. Así que no empieces a preocuparte tú.

-Ya estoy preocupado. Cuéntame lo que ha ocurrido -se inclinó y la tomó por la barbilla-. Tash, cuéntamelo.

-Estoy embarazada -estalló, y dejó la taza de té de nuevo en la mesa.

Mikhail abrió la boca, pero como las palabras se negaban a salir de sus labios se limitó a abrazarla. Tomando aire lentamente, Natasha le devolvió el abrazo.

-¿Estás bien?

-Sí. Fui al médico hace un par de días. Me dijo que estaba bien, que los dos estábamos bien.

Mikhail se separó de ella y estudió su rostro.

-¿El padre es el profesor?

-Sí, es el único hombre que ha habido en mi vida.

La mirada de Mikhail se oscureció.

-Si ese canalla te ha tratado mal...

-No -la sorprendió ser capaz de sonreír, mientras tomaba las manos de Mikhail-. No, no me ha tratado mal.

-Entonces no quiere tener a tu hijo -cuando Natasha bajó la mirada hacia sus manos unidas, Mikhail entrecerró los ojos-. ¿Natasha?

-No lo sé -se separó de él para levantarse y caminar entre los destartalados muebles del apartamento de Mikhail y los bloques de madera y piedra.

-¿Se lo has dicho?

-Por supuesto que se lo he dicho -mientras se movía, juntaba y separaba la

manos. Para intentar tranquilizarse, se detuvo al lado del árbol de Navidad de Mikhail, un arbolito de unos treinta centímetros que Natasha había decorado con papel de colores-.Pero no le di oportunidad de decirme nada después de decírselo. Estaba demasiado afectada.

-No quieres tener ese hijo.

Natasha se volvió y lo miró con los ojos abiertos como platos.

-¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes pensar una cosa así?

-Porque estás aquí, en vez de intentando arreglar las cosas con ese profesor de universidad.

-Necesito tiempo para pensar.

-Creo que piensas demasiado.

No era algo que Natasha no hubiera oído antes. Natasha apretó los labios.

-Esto no es como elegir el color de un vestido. Voy a tener un hijo.

-¿Por qué no te sientas y te tranquilizas?

-No quiero sentarme -comenzó a caminar de nuevo por la habitación, empujando al hacerlo una caja de madera con el pie-. En primer lugar, no pretendía involucrarme emocionalmente con él. Incluso cuando lo hice, cuando él consiguió que fuera imposible no enamorarme, sabía que era importante intentar mantener las distancias. Quería asegurarme de que no volvería a cometer errores. Y ahora... -hizo un gesto de impotencia.

-Spence no es Anthony. Este bebé no es Azucena -cuando se volvió, vio sus ojos rebosantes de emoción y se levantó para acercarse a ella-. Yo también la quería.

-Lo sé.

-No puedes juzgar esto por lo que ocurrió, Tash -la besó delicadamente en las mejillas-. No es justo para ti, ni para tu profesor ni para el bebé.

-No sé qué hacer.

-¿Lo amas?

-Sí, lo amo.

-¿Y él te ama?

-El dice...

Mikhail atrapó sus manos inquietas.

-No me digas lo que él dice, dime lo que sabes.

-Sí, me ama.

-Entonces deja de esconderte y vuelve a casa. Deberías mantener esta conversación con él, no con tu hermano.

Spence se estaba volviendo loco lentamente. Iba cada día al apartamento de Natasha, convencido de que en aquella ocasión le abriría la puerta. Cada vez que no lo hacía, se acercaba a la tienda para presionar a Annie. Apenas había reparado en la decoración navideña de los escaparates, en el gordo y alegre Santa Claus, en los ángeles o en las luces de colores que rodeaban las casas. Y cuando lo hacía, fruncía malhumorado el ceño.

Había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener el espíritu navideño y no defraudar a Freddie. Había comprado un árbol y había pasado horas decorándolo con ella y ayudándola a hacer ristra de palomitas. Había escuchado diligentemente la lista de regalos que su hija quería para Navidad y la había llevado a los grandes almacenes para que se sentara en el regazo de Santa Claus. Pero su corazón no estaba con ella.

Tenía que parar, se dijo a sí mismo, mientras observaba caer la nieve a través de la ventana. Fuera cual fuera la crisis a la que tenía que enfrentarse, o el caos en el que se hubiera convertido su vida, no podía estropearle las navidades a Freddie.

La niña preguntaba todos los días por Natasha. Y eso hacía más difíciles las cosas, porque Spence no tenía respuestas. Había visto a Freddie representando el papel de ángel en el espectáculo que habían organizado en la escuela y había deseado que Natasha estuviera con él.

¿Y qué decir de su futuro hijo? Apenas podía pensar en otra cosa. En ese mismo instante, Natasha podría estar llevando en el vientre la hermanita que

Freddie tanto deseaba. Un bebé, Spence era consciente de ello, al que él ya quería desesperadamente. A menos que... No quería pensar dónde había ido Natasha, qué podría haber hecho. ¿Pero cómo iba a pensar en otra cosa?

Tenía que haber alguna forma de encontrarla. Cuando lo hiciera, le rogaría, le suplicaría, la intimidaría y la amenazaría hasta que Natasha estuviera dispuesta a volver con él.

Había tenido una hija. Aquello lo aturdía. Una hija que había perdido, recordó Spence. ¿Pero cómo? ¿Y cuándo? Su mente estaba abarrotada de preguntas para las que necesitaba una respuesta. Natasha había dicho que lo amaba y sabía que decirlo había sido muy difícil para ella. Aun así, tenía que aprender a confiar en él.

-Papá -Freddie entró bruscamente en el estudio, incapaz de pensar en otra cosa que en los seis días que faltaban para Navidad-. Estamos haciendo galletas.

Spence miró por encima del hombro y vio a Freddie sonriendo, con la boca embadurnada de azúcar verde y roja. Spence la levantó en brazos y la abrazó.

-Te quiero, Freddie.

Freddie rio y lo besó.

-Yo también te quiero. ¿Quieres venir a hacer galletas con nosotras?

-Dentro de un rato. Ahora tengo que salir.

Iba a acercarse a la tienda. Pensaba acorrallar a Annie hasta que le dijera dónde había ido Natasha. Dijera lo que dijera aquella jovencita, Spence no podía creer que Natasha se hubiera marchado sin dejarle a su ayudante un número de teléfono en el que pudiera localizarla.

Freddie comenzó a hacer pucheros mientras jugueteaba con el último botón de la camisa de Spence. -¿Cuándo volverás?

-Pronto -la besó antes de dejarla de nuevo en el suelo-. Y cuando vuelva os ayudaré a hacer galletas. Lo prometo.

Satisfecha, Freddie volvió corriendo con Vera. Sabía que su padre siempre

cumplía sus promesas.

Natasha permanecía frente a la puerta de la casa mientras la nieve caía. Había lucecitas de colores en el tejado y alrededor de los postes del porche. Se preguntaba qué aspecto tendría la casa cuando las encendieran. Vio un enorme Santa Claus en la puerta, con un saco tan cargado de regalos que lo obligaba a doblar el espinazo para arrastrarlo. Recordaba la bruja que habían colocado allí para Halloween. Aquella había sido la primera noche que Spence y ella habían hecho el amor. La noche, estaba segura, en la que había sido concebido su hijo.

Por un instante, estuvo a punto de dar media vuelta, diciéndose a sí misma que debería volver a su apartamento, deshacer las maletas, y recuperar el aliento. Pero eso sería esconderse otra vez. Y ya llevaba demasiado tiempo escondiéndose. Reuniendo valor, llamó a la puerta.

En cuanto la abrió, los ojos de Freddie resplandecieron. Dejó escapar un grito y saltó a los brazos de Natasha.

-¡Has vuelto! ¡Has vuelto! ¡Llevo un montón de tiempo esperándote!

Natasha la estrechó con fuerza en sus brazos, inclinándose hacia delante y hacia atrás. Aquello era lo que Natasha quería, lo que necesitaba, comprendió mientras enterraba el rostro en el pelo de Freddie.

¿Cómo podía haber sido tan tonta?

-Solo han sido unos días.

-Han sido días y días. Tenemos un árbol de Navidad, y luces. Y ya hemos envuelto tu regalo. Lo he comprado yo en las galerías. No vuelvas a irte.

-No -murmuró Natasha-. No me iré nunca más -dejó a Freddie en el suelo y entró en la casa, protegiéndose del frío y la nieve.

-Te perdiste la obra de la escuela. Yo hice de ángel.

-Lo siento.

-Hicimos las coronas en la escuela y nos las hemos quedado, así que puedo hacerte la obra cuando quieras.

-Me encantaría.

Segura de que todo iba a volver a la normalidad, Freddie le tomó la mano.

-Me equivoqué una vez. Pero me acordé de todo. Mikey se olvidó de lo que tenía que decir. Yo dije: «ha nacido un niño en Belén» y «paz en la tierra». Y Gloria al Deo.

Natasha rio por primera vez desde hacía días.

-Me gustaría haberte visto. ¿Lo representarás después para mí?

-De acuerdo. Estamos haciendo galletas -sin soltar la mano de Natasha, comenzó a arrastrarla hacia la cocina.

-¿Tu papá está ayudándote?

-No, ha tenido que salir. Pero ha dicho que volvería pronto y me ayudaría. Me lo ha prometido.

Entre aliviada y desilusionada, Natasha siguió a Freddie a la cocina.

-Vera, Tash ha vuelto.

-Ya veo -Vera apretó los labios. Justo cuando comenzaba a pensar que Natasha podría ser buena para el señor y para la niña, esa mujer se había marchado sin decir una sola palabra. Aun así, estaba dispuesta a cumplir con su deber-: ¿Quiere tomar un café o un té, señorita?

-No, gracias, no quiero molestar.

-Tienes que quedarte -Freddie tiró otra vez de la mano de Natasha-. Hemos hecho un muñeco de nieve, y renos, y Santas -le mostró la que consideraba una de sus mejores creaciones-. Puedes quedarte esta.

-Es preciosa -Natasha miró un muñeco de nieve con coloretes de azúcar roja en el rostro y el borde de su sombrero un tanto magullado.

-¿Vas a llorar? -le preguntó Freddie.

-No -Natasha consiguió contener las lágrimas-. Es que me alegro de haber vuelto a casa.

Justo cuando lo estaba diciendo, se abrió la puerta de la cocina. Natasha soltó el aire que estaba conteniendo cuando entró Spence en la habitación.

Spence no dijo nada. Con la mano todavía en el picaporte, se quedó mirándola fijamente; era como si la hubiera conjurado por medio de sus caóticos sentimientos. Había nieve derritiéndose en su pelo y en los hombros de su abrigo. Sus ojos brillaban llorosos.

-Papá, Tash está en casa -anunció Freddie, y corrió hacia él-. Está haciendo galletas con nosotras.

Vera se quitó rápidamente el delantal. Fueran cuales fueran sus dudas, se eclipsaron en cuanto vio el rostro de Natasha. Vera sabía reconocer a una mujer enamorada cuando la veía.

-Necesitamos harina. Vamos, Freddie, tenemos que ir a comprarla.

-Pero yo quiero...

-Quieres hacer galletas, pero para eso necesitamos harina. Vamos, vete por tu abrigo -y con gran eficiencia, sacó a Freddie de la habitación.

Una vez solos, Spence y Natasha continuaron donde estaban; el momento parecía querer alargarse eternamente. El calor de la cocina estaba mareando a Natasha. Se quitó el abrigo y lo dejó en el respaldo de una silla. Quería hablar con él, razonablemente. Pero no iba a poder hacerlo si se desmayaba a sus pies.

-Spence -su nombre pareció rebotar en las paredes. Tomó aire-. Esperaba que pudiéramos hablar.

-Así que ahora has decidido que hablar puede ser una buena idea.

Natasha comenzó a decir algo, pero cambió de opinión. Cuando oyó el cronómetro de la cocina, se volvió, se puso un guante y sacó las últimas galletas del horno. Se tomó su tiempo en sacarlas de la bandeja.

-Tienes derecho a estar enfadado conmigo. Me he portado muy mal contigo. Pero ahora tengo que pedirte que me escuches, y espero que puedas perdonarme.

Spence la miró en silencio durante largo rato.

-Realmente sabes cómo distender una discusión.

-No he venido aquí a discutir contigo. He tenido tiempo para pensar y me he dado cuenta de que elegí la peor de las formas para decirte que estaba embarazada y después me marché -bajó la mirada hacia sus manos, que entrelazaba nerviosa-. Lo que he hecho no tiene perdón. Solo puedo decirte que tenía miedo y estaba demasiado confundida y emocionada para pensar con claridad.

-Una pregunta -la interrumpió Spence, y esperó hasta que Natasha alzó la cabeza. Necesitaba verle la cara-. ¿Todavía estás embarazada?

-Sí -la estupefacción y confusión inicial se transformó de pronto en comprensión y arrepentimiento-. Oh, Spence, no sabes lo mucho que siento haberte hecho pensar que podría... -pestañeó para apartar las lágrimas, sabiendo que todavía tenía las emociones a flor de piel-. Lo siento, fui a casa de Mikhail, a quedarme unos días con él -soltó aire-. ¿Puedo sentarme?

Spence se limitó a asentir y se acercó a la ventana mientras Natasha se sentaba tras la mesa. Con las manos apoyadas en la encimera, miró hacia la nieve que continuaba cayendo.

-He estado a punto de volverme loco, preguntándome dónde estabas, cómo estabas. Te fuiste en tal estado que temía que pudieras hacer cualquier cosa antes de que hubiéramos tenido oportunidad de hablar.

-Jamás habría hecho lo que estás pensando, Spence. Es nuestro hijo.

-Pero dijiste que no lo querías -se volvió de nuevo hacia ella-. Dijiste que no querías pasar otra vez por todo eso.

-Tenía miedo -admitió Natasha-. Y es cierto, no quería volver a quedarme embarazada. Pero me gustaría contarte todo.

Spence deseaba, terriblemente, acercarse a ella, abrazarla y decirle que nada importaba. Pero como era consciente de la importancia que tenía que hablaran, se acercó a la cocina.

-¿Quieres un café?

-No. El café me da náuseas -sonrió un poco cuando vio a Spence enredándose con la cafetera-. Por favor, ¿quieres sentarte?

-De acuerdo -se sentó frente a ella y extendió las manos-. Adelante.

-Ya te conté que me había enamorado de Anthony cuando estaba en el cuerpo de baile. Tenía solo diecisiete años y comenzamos a salir. Fue mi primer amante. Y el único, hasta que apareciste tú.

-¿Por qué?

Responder a aquella pregunta fue mucho más fácil de lo que Natasha esperaba.

-Porque no había vuelto a enamorarme hasta que te conocí. Pero el amor que siento por ti es muy distinto de las fantasías que despertaba en mí Anthony. Contigo ya no hay sueños de caballeros andantes y princesas. Contigo todo es sólido, real. Cotidiano, rutinario en el sentido más hermoso de la palabra. ¿Lo comprendes?

Spence la miró. La habitación estaba en silencio, aislada por la nieve. Olía a galletas recién hechas y a canela.

-Sí.

-Temía sentir algo tan fuerte por ti o por cualquier otro porque después de lo que nos había ocurrido a Anthony y a mí... -esperó un momento, sorprendida de poder estar hablando sin que la asaltaran el dolor o la tristeza-. Lo creí, creí todo lo que me dijo, todo lo que me prometió. Cuando descubrí que le había hecho las mismas promesas a otras muchas mujeres, me quedé destrozada. Discutimos, y se deshizo de mí como si fuera una niña pesada. Pocas semanas después, descubrí que estaba embarazada. Estaba emocionada. En lo único en lo que podía pensar era en que llevaba un hijo de Anthony en el vientre. Pensaba que cuando él lo supiera, se daría cuenta de que teníamos que estar juntos. Entonces se lo dije.

Spence buscó su mano sin decir una sola palabra.

-Las cosas no ocurrieron tal como me lo imaginaba. Se enfadó. Me dijo unas cosas... bueno, eso ahora no importa -continuó-. El caso es que no me quería, y tampoco quería a ese niño. En esos pocos minutos, maduré años enteros. Anthony no era el hombre que yo habría querido que fuera, pero iba a tener un hijo suyo. Y yo quería ese bebé -tensó los dedos sobre la mano de Spence-. Lo quería desesperadamente.

-¿Y qué hiciste?

-La única cosa que podía hacer. Ya no podía seguir bailando. Así que dejé la compañía y volví a mi casa. Sé que fui una carga para mis padres, pero ellos me ayudaron. Conseguí trabajo en unos grandes almacenes. Vendiendo juguetes -sonrió al decirlo.

-Debió ser muy difícil para ti -intentó imaginársela, adolescente, embarazada, abandonada por el padre de su hijo y luchando para rehacer su vida.

-Sí, lo fue. Y también fue una época maravillosa. Mi cuerpo cambió. Tras los dos primeros meses, en los que me sentía terriblemente frágil, comencé a sentirme fuerte. Tan fuerte, Spence. Por la noche, me tumbaba en la cama y leía libros y libros sobre los bebés y el parto. Y le hacía a mi madre miles de preguntas. Incluso tejí... terriblemente mal, claro -dijo con una tranquila risa-. Mi padre construyó una cuna y mi madre cosió un faldón con flores y lazos rosas. Era precioso -sintió la llegada de las lágrimas y sacudió la cabeza-. ¿Puedo beber un poco de agua?

Spence se levantó, llenó un vaso en el fregadero y lo dejó frente a Natasha.

-Tómate todo el tiempo que necesites, Natasha -sabiendo que ambos lo necesitaban, le acarició el pelo lentamente-. No tienes por qué contármelo todo ahora.

-Necesito hacerlo -bebió lentamente, mientras esperaba a que Spence se sentara otra vez-. La llamé Azucena -murmuró-. Era tan bonita, tan pequeña y tan suave. Hasta entonces no sabía que era posible amar a alguien como se quiere a un niño. Podía pasar horas viéndola dormir, era tan emocionante, tan admirable que esa cosita hubiera salido de mí.

Lágrimas silenciosas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. Sintió la mano de Spence en su espalda.

-Era un verano muy cálido y yo solía sacarla en su cochecito, para que disfrutara del aire y del sol. La gente se paraba a mirarla. Apenas lloraba, y cuando la acunaba y la ponía en mi pecho me miraba con unos ojos enormes. Ya sabes lo que es eso. Tú

tienes a Freddie.

-Lo sé. No hay nada como tener un hijo.

-O como perderlo -dijo Natasha suavemente-. Fue tan rápido. Solo tenía cinco semanas. Una mañana, me levanté sorprendida de que hubiera dormido durante toda la noche. Tenía los senos llenos de leche. La cuna estaba al lado de mi cama. Me incliné para tomarla en brazos. Al principio no lo comprendía, no podía creerlo... -se interrumpió y se llevó la mano a los ojos-. Recuerdo que lloraba y lloraba... Rachel se levantó corriendo, el resto de la familia entró en la habitación y mi madre me quitó a la niña -continuaban cayendo lágrimas por su rostro. Se cubrió la cara con las manos y se permitió llorar como solía hacerlo en privado.

Spence no podía decir nada, no había nada que decir en una situación como aquella. En vez de buscar palabras absurdas, se levantó, se sentó a su lado y la abrazó. Natasha continuaba llorando con apasionada tristeza. Después de un entrecortado sollozo, se volvió y se abrazó a él, aceptando su consuelo.

Spence sentía sus manos convertidas en puños en su espalda. Poco a poco, fue relajándose en los brazos de Spence. Las lágrimas cedieron y con ellas también el dolor, por fin compartido.

-Estoy bien -consiguió decir al final. Se apartó y buscó un pañuelo de papel en el bolso. Spence se lo quitó para secarle él mismo las mejillas-. El médico lo llamó «muerte súbita». Al parecer no hay ninguna razón que lo justifique -cerró los ojos otra vez-. De alguna manera, eso es peor todavía. No saber por qué, no estar seguro de si podría haber hecho algo para remediarlo.

-No -le tomó el rostro con las manos y ella abrió los ojos-. No hagas eso. Escúchame. Solo puedo imaginarme todo por lo que has podido pasar, pero sé que cuando ocurre algo tan terrible, normalmente es imposible evitarlo.

-Me costó mucho llegar a aceptar lo que nunca he llegado a comprender -le tomó las manos-. Al cabo de un tiempo, comencé a vivir otra vez. Volví al trabajo y al final me vine aquí y monté la tienda. Creo que si no hubiera sido por mi familia, habría muerto -se permitió un momento, para dejar que el agua fría humedeciera su garganta seca-. No quería volver a enamorarme de nadie. Y entonces apareciste tú. Y Freddie.

-Los dos te necesitamos, Natasha. Y tú nos necesitas.

-Sí -le tomó la mano y se la llevó a los labios-. Quiero que me comprendas, Spence. Cuando descubrí que estaba embarazada, fue como revivirlo todo. No sabía si iba a sobrevivir si tenía que pasar por todo eso otra vez. Tengo tanto miedo de querer a este bebé. Y, sin embargo, ya lo adoro.

-Ven aquí -la hizo levantarse sin soltarle las manos-. Sé lo mucho que querías a Azucena, y que siempre la amarás y lamentarás su pérdida. Ahora lo sé. Nada puede cambiar lo que ha pasado, pero este es un lugar diferente, una época distinta. Quiero que comprendas que vamos a vivir juntos este embarazo, que estaremos juntos en el parto. Tanto si me quieres como si no.

-Tengo miedo.

-Entonces pasaremos miedo juntos. Y cuando este bebé tenga ocho años y

empiece a montar en bicicleta, seguiremos pasando miedo juntos.

Los labios de Natasha se curvaron en una temblorosa sonrisa.

-Cuando lo dices, casi puedo creerlo.

-Pues créelo -se inclinó para besarla-. Porque es una promesa.

-Ha llegado ya el momento de las promesas -su sonrisa creció-. Te amo -era fácil decirlo. Tan fácil como sentirlo-. ¿Quieres abrazarme?

-Solo con una condición -le secó una lágrima con el pulgar-. Quiero decirle a Freddie que está esperando un hermanito o una hermanita. Creo que va a ser el mejor regalo de Navidad para ella.

-Sí -se sentía más fuerte, más segura-. Se lo diremos juntos.

-De acuerdo. Y ahora tienes cinco días.

-¿Cinco días para qué?

-Cinco días para hacer todos los planes que quieras hacer, para conseguir que venga tu familia, para comprarte un vestido y todo lo que puedas necesitar para la boda.

-Pero...

-Nada de peros -le enmarcó el rostro entre las manos para silenciarla-. Te amo, te deseo. Eres lo mejor que ha ocurrido en mi vida desde el nacimiento de Freddie y no pienso perderte. Vamos a tener un hijo, Natasha -sin dejar de mirarla, posó la mano en su vientre-. Un hijo que deseo. Un hijo al que ya quiero.

Con un gesto de confianza, Natasha dejó descansar su mano en la de Spence.

-Si estás conmigo, no tendré miedo.

-Tenemos una cita aquí, la víspera de Navidad. Quiero despertarme el día de Navidad con mi esposa.

Natasha necesitó apoyarse en sus brazos para no perder el equilibrio.

-¿Así, sin más?

-Así, sin más.

Con una carcajada, Natasha le rodeó el cuello con los brazos y dijo una sola palabra:

-Sí.

Epílogo

La víspera de Navidad era el día más hermoso del año para Natasha. Era una fecha para celebrar el amor y la familia.

La casa estaba en silencio cuando llegó. Se acercó al árbol de Navidad y encendió las luces. Hizo girar a un angelito que colgaba de una rama y se volvió hacia el estudio.

En la mesa, había un reno de papel maché con solo una oreja. Obsequio de la clase de plástica de Freddie. A su lado, descansaba un regordete muñeco de nieve sosteniendo un farolillo entre las manos. En la repisa de la chimenea había un precioso nacimiento de porcelana. Bajo él, colgaban las medias en las que Santa Claus dejaría sus regalos. El fuego crepitaba en el hogar.

Un año atrás, frente a esa misma chimenea, Natasha había prometido amar, honrar y cuidar a su esposo. Habían sido las promesas más fáciles de mantener de

toda su vida. Y desde aquel mismo día, aquella casa se había convertido en su hogar.

Su hogar. Tomó aire, absorbiendo las fragancias del pino y las velas. Era tan maravilloso estar en casa. A última hora de la tarde, los clientes habían abarrotado la juguetería. Pero por fin iba a poder disfrutar de su familia.

-¡Mamá! -Freddie entró corriendo en el salón, con un enorme lazo rojo-. Estás en casa.

-Sí, estoy en casa -riendo, la levantó en brazos y giró con ella.

-Hemos llevado a Vera al aeropuerto para que pueda pasar la Navidad con su hermana, y después hemos estado viendo los aviones. Papá ha dicho que cuando llegaras a casa, cenaríamos y cantaríamos villancicos.

-Y eso es exactamente lo que vamos a hacer -Natasha tomó el enorme lazo que Freddie llevaba entre las manos y se lo colocó a la niña en el hombro-. ¿Esto qué es?

-Estoy envolviendo un regalo, yo sola. Es para ti.

-¿Para mí? ¿Y qué es?

-No puedo decírtelo.

-Oh, sí, claro que puedes. Mira -se sentó con ella en el sofá y comenzó a hacerle cosquillas-. Es muy fácil -dijo mientras Freddie gritaba y se retorció.

-Torturando otra vez a la niña -comentó Spence desde el marco de la puerta.

-¡Papá! -Freddie consiguió liberarse y corrió hacia él-. ¡No se lo he dicho!

-Sabía que podía contar contigo, preciosa. Mira quién se ha despertado -llevaba al bebé en brazos.

-Hola, Brandon -completamente enamorada del pequeño, Freddie le tendió el lazo para que el bebé pudiera jugar con él-. Es muy bonito, como tú.

Brandon Kimball era un bebé de seis meses y mejillas sonrosadas y encantado con el mundo en general. Tomó el lazo con una mano y agarró un mechón de pelo de Freddie con la otra.

Caminando hacia ellos, Natasha le tendió los brazos.

-Qué chico tan grande -murmuró, mientras el bebé la buscaba. Lo estrechó contra ella y le dio un beso en el cuello-. ¡Qué bonito!

-Es igual que su madre -Spence acarició los rizos negros del bebé.

Como si estuviera de acuerdo con lo que su padre acababa de decir, Brandon soltó un feliz gorgoteo. Cuando comenzó a retorcerse, Natasha se agachó para dejarlo en la alfombra.

-Es su primera Navidad -Natasha lo observó abalanzarse para atormentar a uno de los gatos. Lucy se escondió rápidamente debajo del sofá. No era ninguna tonta, pensó Natasha contenta.

-Y nuestro segundo -Spence se volvió hacia Natasha-, y feliz aniversario.

Natasha besó a Spence una vez. Inmediatamente volvió a besarlo.

-¿Alguna vez te he dicho que te quiero?

-Creo que no has vuelto a decírmelo desde que te he llamado esta tarde.

-Ha pasado mucho tiempo desde entonces -le rodeó la cintura con los brazos-. Te quiero. Y quiero darte las gracias por el año más maravilloso de mi vida.

-Absolutamente de nada -miró por encima del hombro y vio que Freddie acababa de evitar que Brandon quitara un adorno de la rama de un árbol-. Pero el que viene va a ser mucho mejor.

-¿Me lo prometes?

Spence sonrió y volvió a besar a Natasha.

-Por supuesto.

Freddie dejó de arrastrarse detrás de Brandon para mirarlos. Al final, tener un hermanito había resultado muy divertido, pero ella continuaba deseando en secreto una hermanita. Sonrió al ver a sus padres abrazados.

Quizá la próxima Navidad.

Nora Roberts - Serie Stanislaski 1 - La música del amor (Harlequín by Mariquiña)